

Hablemos de desigualdad

(sin acostumbrarnos a ella)

Ocho diálogos
para inquietar
al pensamiento
progresista



Karina Batthyány y Nicolás Arata dialogan con

Nadya Araujo Guimarães

Camila Barretto Maia

Boaventura de Sousa Santos

Gioconda Herrera

Jóvenes por el Clima

LASTESIS

Enrique Leff

Nicolás Lynch

Marcio Pochmann

Adriana Puiggrós

Elsie Rockwell

Rita Segato

Darío Sztajnszrajber

Pablo Vommaro

singular

Hablemos de desigualdad (sin acostumbrarnos a ella)

ocho diálogos para inquietar
al pensamiento progresista

Karina Batthyány
Nicolás Arata

dialogan con:

Nadya Araujo Guimarães / Camila Barretto Maia

Boaventura de Sousa Santos / Gioconda Herrera

Jóvenes por el Clima / LASTESIS / Enrique Leff

Nicolás Lynch / Marcio Pochmann / Adriana Puiggrós

Elsie Rockwell / Rita Segato / Darío Sztajnszrajber

Pablo Vommaro

siglo xxi editores, méxico

CERRO DEL AGUA 248, ROMERO DE TERREROS, 04310, CDMX, MÉXICO
www.sigloxxieditores.com.mx

siglo xxi editores, argentina

GUATEMALA 4824, C1425BUP, BUENOS AIRES, ARGENTINA
www.sigloxxieditores.com.ar

anthropos

LEPANT 241-243, 08013, BARCELONA, ESPAÑA
www.anthropos-editorial.com

Hablemos de desigualdad : sin acostumbrarnos a ella : ocho diálogos para inquietar al pensamiento progresista / Nicolás Arata ... [et al.]. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO ; Siglo XXI, 2023.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-813-466-6

1. Desigualdad. 2. Pandemias. 3. Educación. I. Arata, Nicolás.

CDD 305.51

Este libro se realizó con el apoyo de Oxfam. Las opiniones de las y los autores no representan necesariamente las opiniones institucionales

© 2022, Siglo Veintiuno Editores Argentina S.A.

Diseño de cubierta: M. C. & M. R.

ISBN 978-987-813-466-6

Impreso en Arcángel Maggio - División Libros // Lafayette 1695,
Buenos Aires, en el mes de abril de 2022

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina // Made in Argentina

Índice

Presentación	9
Karina Batthyány, Nicolás Arata	
1. Las lecciones de la pandemia (y qué podemos hacer al respecto)	19
Boaventura de Sousa Santos	
2. En torno a una nueva agenda feminista (y por qué el patriarcado se opondrá a ella)	35
Rita Segato, LASTESIS	
3. Ante el colapso ecológico (y por qué debemos comprender el carácter antropogénico de la crisis ambiental)	53
Enrique Leff, Jóvenes por el Clima	
4. El derecho a migrar (y por qué el actual orden global ha contribuido a crear un clima de xenofobia)	79
Gioconda Herrera, Camila Maia	
5. Las deudas pendientes de la educación (y por qué la mercantilización de la educación solo causa más desigualdad)	99
Adriana Puiggrós, Elsie Rockwell	
6. ¿De qué hablamos cuando hablamos de cuidados? (y por qué su invisibilización es fuente de desigualdades)	121
Karina Batthyány, Nadya Araujo Guimarães	

7. Juventudes en un tiempo desquiciado (y por qué debemos repensar que entendemos por la igualdad, la diferencia y lo diverso)	149
Darío Sztajnszrajber, Pablo Vommaro	
8. ¿Democracias en bancarrota? (y por qué los progresismos deben colocar en el centro de sus preocupaciones la defensa de la democracia)	173
Nicolás Lynch, Marcio Pochmann	
Autores y autoras	193

Presentación

Karina Batthyány, Nicolás Arata

Escribimos estas líneas pocos días después de que Gabriel Boric ganara la presidencia de Chile y, tras medio siglo, una coalición de izquierda tenga la oportunidad de gobernar el país que supo presidir Salvador Allende y que sufrió una de las dictaduras más longevas del continente. Se trató –en más de un sentido– de una elección paradigmática. Mientras el frente que lidera Boric incorpora en su agenda cuestiones como la reforma de las administradoras de fondos de pensión (AFP), la creación de un sistema de salud universal, el fortalecimiento de la educación pública y una serie de políticas para hacer frente a la crisis climática, el candidato de ultraderecha postulaba todo lo contrario: la reivindicación del legado de la dictadura de Pinochet, una mayor apertura al mercado, una intención –luego “rectificada”– de eliminar el Ministerio de la Mujer, la subvaloración de la cuestión ambiental y una mirada totalitaria sobre el papel de las ciencias sociales y el pensamiento crítico.

Más allá del resultado alentador para los movimientos y frentes progresistas de la región y del mundo, lo que la elección chilena expuso de un modo dramático es la existencia de dos grandes agendas políticas: una volcada hacia la reconstrucción del tejido social y ambiental con eje en la igualdad, y otra cuya apuesta es profundizar el modelo neoliberal-financiero, responsable de agudizar las desigualdades en todos los ámbitos de la vida en común. Triunfó ampliamente la voz de quienes aspiran a repensar las bases políticas y contratos sociales sobre los que se asienta la sociedad, renovando el optimismo de las

y los que aspiramos a construir proyectos sociales con eje en la reducción de las enormes brechas sociales que produjeron las recetas neoliberales basadas en el ajuste y la austeridad.

El hilo que enhebra los diálogos que reúne este libro plantea preocupaciones afines con las expresadas en los párrafos precedentes: para combatir las desigualdades hace falta consolidar proyectos políticos que partan de reconocer tanto el devenir histórico como el carácter inédito de la crisis que estamos atravesando. Somos conscientes de que nuestra situación actual dista mucho de ser halagüeña: sabemos que entre 2020 y 2021 las desigualdades se exacerbaron. Una muestra fehaciente es el incremento del patrimonio de quienes ostentan las fortunas más grandes del mundo, que ha crecido –tan solo en 2020– un escandaloso 24%.¹ En efecto: la época que nos proponemos pensar está marcada por una desigualdad tan abismal que apenas un puñado de personas acumula más riquezas que el 60% de la población mundial. Oxfam lo detalla con precisión: hacia 2019 –cuando la pandemia aún no se había desatado–, 2153 personas tenían más dinero que el 60% de la población mundial, nada más y nada menos que 4600 millones de personas.² Y, sin embargo, no debe sorprendernos constatar que las raíces de la desigualdad son de larga data, por lo que interpretarlas exige contar con una mirada en clave histórica que contribuya a situar su devenir. En todo caso, lo que la pandemia en tanto acontecimiento radical y marca de época acentuó es “la violencia, el racismo y el estado patriarcal, acelerando la depredación ambiental y obstaculizando una posible paz con justicia y dignidad”.³

1 Véase <elpais.com/economia/2020-12-31/la-pandemia-dispara-las-fortunas-de-los-mas-ricos-del-planeta.html> (consultado: 1/1/2022).

2 Véase <www.oxfam.org/es/informes/tiempo-para-el-cuidado> (consultado: 1/1/2022).

3 J. Preciado Coronado, “Del estallido social al confinamiento del conflicto. Impacto geopolítico de la pandemia del covid-19 en América Latina y el Caribe”, en G. Gutiérrez Cham, S. Herrera Lima

La inusitada gravedad de este tiempo “liminar y ruptórico”⁴ que atravesamos exige redoblar esfuerzos y agudizar el pensamiento, para ser capaces de construir horizontes donde hoy hay abismos. En nuestras conciencias repican las palabras de Enrique Dussel, cuando apunta que debemos hacernos cargo de “una nueva situación histórica, política mundial, cultural, tecnológica, económica y ecológica”.⁵ De ahí que, si algo no busca este libro, es documentar el pesimismo. Más bien, aspira a construir una reflexión colectiva en torno a un conjunto de ideas que contribuyan a pensar de manera situada otros rumbos frente a los desafíos que plantea nuestro presente histórico. Para contribuir a construir ese gran y complejo mapa (necesariamente colectivo), trazar algunas rutas conceptuales y esbozar caminos posibles hacia prácticas transformadoras, hemos convocado a destacados y destacadas colegas de América Latina y el Caribe con el fin de pensar en clave dialogada algunos de los principales focos en los que se produce la desigualdad.

En este libro abordamos las tramas de la desigualdad colocando la mirada sobre algunas dimensiones, con el compromiso de continuar este trabajo en el futuro. Estamos convencidos de que las dimensiones abordadas (migración, educación, género, ambiente, cuidado, juventud, democracia) son asuntos de primer orden en la reflexión colectiva que nos hemos propuesto realizar. Al mismo tiempo, sabemos que el mapa siempre es incompleto, por lo que nos interesa continuar promoviendo diálogos sobre otras problemáticas que no

y J. Kemner (coords.), *Pandemia y crisis: el covid-19 en América Latina*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara y Calas Maria Sibylla Merian Center, 2021, p. 42.

4 A. Bartra, *Llegó el coronavirus y mandó parar. Apuntes desde el encierro: la 4T en el año de la pandemia*, Ciudad de México, Brigada para Leer en Libertad y Fundación Rosa Luxemburgo, 2021, p. 25.

5 E. Dussel, *Hacia una nueva cartilla ético-política*, Ciudad de México, Secretaría de Educación, Formación y Capacitación Política de Morena, 2020, p. 10.

llegaron a tratarse aquí (entre muchas otras, la cuestión de lo rural, el mundo del trabajo y el racismo).

Diálogos en red

Este libro es una reflexión coral sustentada en diálogos que aspiran a pensar las tramas de las desigualdades. Se sitúa en América Latina, continente que carga con el mote de ser el más desigual del planeta. Y, sin embargo (o precisamente por eso), las conversaciones que enhebran estas páginas ofrecen una suerte de tejido colectivo en el que se desmenuzan razones y se alumbran propuestas para la superación de esas desigualdades. Su plataforma no es otra que las ideas y postulados que recuperan y se inscriben en lo mejor de la tradición del pensamiento crítico latinoamericano y caribeño. No se trata de posiciones aisladas o de voces que se alzan en soliloquio: las autoras y los autores de estas conversaciones –inscriptas en geografías, grupos etarios, áreas del conocimiento y espacios de militancia amplios y diversos, pero con más de un punto de común– integran de diferentes maneras y colaboran en esa gran red de trabajo que es Clacso.

En los últimos años, el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales se ha transformado en uno de los principales espacios de conversación pública donde participan –en un mismo pie de igualdad– referentes de los movimientos sociales, de las políticas públicas y del mundo académico. Clacso es, ante todo, una apuesta por la cooperación como estrategia de transformación y el diálogo como práctica del trabajo intelectual, es la convicción de que hacer algo significa hacerlo juntos y juntas. Clacso es –también– una red habitada por el deseo colectivo de transformar nuestra situación histórica dependiente-colonial basada en la firme convicción del rol que está llamado a cumplir el pensamiento social construido colectivamente desde diferentes espacios y tradiciones del pensamiento crítico, dentro y más allá de las academias.

La vocación para el diálogo que han expresado quienes fueron convocados y convocadas a participar de este libro ha permitido coproducir una visión más rica, compleja y ensanchada sobre algunos de los temas que nos convocan. Podemos entender estos diálogos como tejidos en plena producción, como plataformas que aspiran a completarse a partir de los sucesivos diálogos que se entablen con sus potenciales lectores, a partir de los que –sin duda– se generarán conversaciones aún más interesantes.

En cada conversación, en cada intercambio, anida una certeza: el combate contra las desigualdades no se resolverá desde visiones tecnocráticas que confían en una gubernamentalidad algorítmica, sino en decisiones políticas sustentadas en un nuevo tipo de contrato social y ambiental entre el Estado, las ciudadanías y la naturaleza. Sin duda, esta es una premisa que parte de una voluntad política de abandonar la mirada neoliberal para reemplazarla por otros modelos que coloquen en el centro de sus intervenciones la inclusión en la diversidad, la redistribución igualitaria de los bienes, la fraternidad y el cuidado. Entre las tareas arduas que hay por delante, una de ellas consiste en desnaturalizar los fundamentos de la desigualdad. No se trata solamente de exigirles más a los que más tienen. Lo que necesitamos –haciéndonos eco de las palabras de Vijad Prashad– “es una fiscalidad sólida y no ir dándole las gracias a Bill Gates por su donación para la investigación del covid-19”.⁶

Elegimos abrir este libro con un diálogo que es una invitación a pensar, junto con Boaventura de Sousa Santos, las lecciones de la pandemia. Por “lecciones” no sugerimos que el covid-19 sea portador de una intencionalidad pedagógica; más bien se trata de pensar las condiciones que hicieron po-

6 V. Prashad, “El coste de la covid-19 no debe empobrecer a las personas”, en R. Ávila y H. Srećko (eds.), *¡Todo debe cambiar! El mundo después de la covid-19*, Barcelona, Rayo Verde, 2021, p. 18.

sible una pandemia a nivel planetario para comprenderlas, analizarlas y combatirlas. La conversación con Boaventura combina dos temporalidades: la de los acontecimientos históricos que se precipitaron desde que el 7 de enero de 2020 fue identificado oficialmente el virus SARS-CoV-2 (luego covid-19), y un proceso histórico de más largo aliento que se remonta al menos cuarenta años atrás, marcado por la globalización hegemónica neoliberal del capital. Si desde entonces, cada vez que hubo una crisis se agravaron las desigualdades, ¿por qué el tembladeral desatado por el covid-19 sería la excepción? Ante el agravamiento de las brechas sociales –sostiene Boaventura de Sousa Santos–, lejos de quedarnos de brazos cruzados, resulta imprescindible construir visiones alternativas al proyecto neoliberal recuperando los aprendizajes de nuestros errores y ensayos previos, imaginar nuevas formas articuladas de resistencia y defender las democracias tanto dentro de las instituciones como en las calles.

La conversación entre Rita Segato, una de las pensadoras contemporáneas más importantes del feminismo, y LASTESIS, uno de los colectivos feministas más potentes de nuestra región, gira en torno a las tramas de la desigualdad que produce –hasta el hartazgo– la alianza entre capital y patriarcado. Patriarcado es violencia –sentencia Segato–, caracterizándolo como el cimiento sobre el cual se asienta el edificio completo de las desigualdades. De ahí que las luchas contra la sociedad patriarcal hagan peligrar las diversas formas de poder, en especial las del poder económico, bélico y policial. En diálogo, LASTESIS afirman que el feminismo genera una reacción de miedo entre quienes temen perder sus privilegios, por lo que no dudarán en mantener su sistema opresivo, reaccionando de manera agresiva frente a quienes luchan por salir de su lugar de subordinación. “Hay que tener –afirman– una constante vigilancia por parte de los feminismos: luchar por lo que no tenemos, por un lado, y por el otro luchar constantemente por conservar lo que logramos”.

En el siguiente diálogo, Enrique Leff, referente del campo de los estudios ambientales, y Bruno Rodríguez y Tomas Rolandi, de Jóvenes por el Clima, conversan sobre la crisis ambiental y climática. El punto de partida del diálogo llama a identificar un hecho insoslayable: el carácter antropogénico de la crisis ambiental. Una crisis sistémica que –sostiene Leff– ha sido “humanamente causada” y convoca a pensar el régimen ontológico que desató la actual emergencia. Jóvenes por el Clima, uno de los movimientos que expresan las nuevas y originales formas de politicidad juvenil, adoptan una mirada estratégica ante la crisis. Descreen de una salida que no articule en unidad los intereses regionales, instan a fundar otro tipo de racionalidad ambiental basada en una fuerte impronta popular que trascienda la lógica institucional tradicional de los estados y hacen un llamado a ser políticamente creativos y creativas frente a los inéditos desafíos que plantea la cuestión ambiental.

La crisis provocada por el covid-19 agravó las condiciones de las y los migrantes en nuestra región y en el mundo. En una conversación en torno al derecho a la movilidad humana, Gioconda Herrera y Camila Maia esbozan los trazos de un mapa complejo donde, a la par que tienen lugar nuevos flujos migratorios y se pluralizan los sujetos de las migraciones, se fortalece una agenda global antimigratoria, marcada por los países del Norte. Esa agenda –sostiene Camila Maia, del Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS)– no solo se materializa en mayores dificultades y obstáculos para migrar, sino en un incremento de la xenofobia. En sintonía, Gioconda Herrera convoca a trabajar para que la nacionalidad y las condiciones migratorias no se construyan como dimensiones de la desigualdad. Al mismo tiempo, afirma Herrera, los nuevos flujos migratorios tienen que ser entendidos en el largo plazo, reconociendo la complejidad de las movilidades en América Latina, que ni son tan nuevas ni han sido visibilizadas ni exploradas lo suficiente.

La educación en todas sus modalidades y niveles es otra de las dimensiones donde las tramas de la desigualdad se han

ensañado, inhabilitando las posibilidades emancipatorias que promete una educación crítica y creativa. Adriana Puiggrós y Elsie Rockwell, destacadas referentes del pensamiento pedagógico latinoamericano, advierten en una conversación que sobrevuela los principales nudos de la cuestión educativa, la distancia existente entre los discursos y debates que se dan a nivel de la política pública educativa y lo que pasa en las escuelas. Destacan, entre muchos otros temas, la importancia de reclamar que el Estado asuma el rol de principal responsable del conjunto de la educación. Un Estado que, al tiempo que desarrolle una inversión en educación estatal, sea capaz de regular a los viejos y nuevos sectores empresariales de la industria educativa.

Los cuidados han ocupado un lugar central en el marco de la pandemia, aunque en realidad se trate de una problemática de larga data en nuestras sociedades. El diálogo entre Nadya Araujo Guimarães y Karina Batthyány nace de una idea central: el modo en que se han distribuido y naturalizado las tareas de cuidado encubre uno de los nudos centrales de las desigualdades. En ese sentido, Nadya Araujo afirma que la pandemia permitió echar luz sobre el fenómeno del cuidado ante su anterior invisibilidad social. Pero, aunque se han hecho importantes avances en los estudios de cuidado, todavía estamos lejos de traducir esos avances en nuevos sistemas de derechos en nuestros países. Para ello es imprescindible –sostiene Batthyány– instalar la perspectiva de género en la base de cualquier construcción que se impulse en materia de política pública de cuidados.

Darío Sztajnszrajber y Pablo Vommaro conversan sobre la reconfiguración de lo público y lo privado, la normalización y el desquiciamiento en tiempos de covid, y de cómo impactó especialmente entre las juventudes. Sztajnszrajber recuerda que cada una y cada uno somos portadores de una exigencia ética-política que consiste en preguntarnos –en cada época– quiénes son hoy los excluidos, quiénes son hoy los que quedan afuera, siendo capaces de mirar más allá de nuestra

contemporaneidad, que opera iluminado de un modo tan intenso el presente que nos dificulta vislumbrar sus penumbras. Al hacerlo, sostiene Sztajnszrajber– podremos situar la pandemia como un catalizador de las desigualdades que amplificó dinámicas sociales previas. Vommaro nos recuerda que tan importante como señalar que América Latina es un continente donde las desigualdades persisten, lo es destacar que la región es uno de los espacios con mayor diversidad del planeta. Apostado en esta idea, reivindica el desafío de volver a pensar la construcción de una igualdad basada en la diversidad, una igualdad producida desde la diferencia, una igualdad diversa.

El libro concluye con una conversación entre Marcio Pochmann y Nicolás Lynch acerca del rumbo de las democracias y las soberanías en nuestro continente y los peligros que se ciernen sobre ellas. La conversación combina la historia con el presente y un ejercicio prospectivo. “Se está reconfigurando el mapa político en América Latina –afirma Lynch–, en la disputa entre democraduras y democracias mayoritarias, y esto abre un nuevo ciclo en la región”. Para Lynch, hay que rediscutir la cuestión de las soberanías si lo que queremos es promover una concepción de la democracia basada en fundamentos sociales y para las mayorías, basada en la ampliación de derechos. La disputa que está en juego no es menor, recuerda Pochmann: las derechas han desarrollado una renovada conciencia de sus intereses y construido una fuerza política capaz de reagrupar filas en defensa del orden establecido. “Necesitamos –sostiene Marcio Pochmann– hacer un balance acerca de las razones del fracaso político para enfrentar la desigualdad”.

Agradecimientos

Este libro es el resultado de un trabajo colectivo impulsado desde Clacso en un estrecho y permanente diálogo con el equipo de Siglo XXI Argentina. No descubrimos nada cuan-

do decimos que Carlos Díaz es uno de esos pocos editores irreductibles, a los que la difusión del pensamiento crítico latinoamericano le debe tanto. El dedicado y delicado trabajo artesanal de Raquel San Martín hicieron posible que este libro pueda circular entre nosotros y nosotras en una versión inmejorable. Nuestro profundo agradecimiento a ambos.

En el mismo orden de importancia, destacamos el apoyo de Oxfam, institución con la que compartimos el enorme compromiso de hacer frente a la desigualdad en todas sus manifestaciones. De un modo especial, queremos reconocer la coordinación y el apoyo de Carlos Aguilar, extraordinario aliado en estas luchas, para hacer posible esta publicación.

Las y los autores de estas páginas aceptaron la invitación a participar de estos diálogos, compartiendo generosamente su tiempo y sus reflexiones, así como las tareas posteriores de revisión de los textos, aclarando dudas y ampliando ideas. A todos y todas ellas, muchísimas gracias por trabajar en un espíritu de colaboración y cooperación permanente.

Por último, queremos agradecer a todo el equipo que hace cotidianamente Clacso, porque han hecho del compromiso y el trabajo incansable la marca de identidad de una institución tan original como lo es el continente que nos desvela.

1. Las lecciones de la pandemia (y qué podemos hacer al respecto)

Boaventura de Sousa Santos

“Tenemos que seguir luchando dentro de las instituciones pero no podemos confiar en ellas, ese es el drama de nuestros tiempos. La democracia hoy se defiende en las calles.”

Karina Batthyány (KB): Queremos iniciar esta conversación haciendo referencia a *La cruel pedagogía del virus*,⁷ ese pequeño gran libro que escribiste en pleno contexto de la pandemia de covid-19. ¿Qué podrías decirnos en términos de las lecciones, los aprendizajes, que nos ha dejado esta experiencia?

Boaventura de Sousa Santos (BSS): Desde el inicio de la pandemia, utilicé mucho la etimología de la palabra “crisis”. La crisis es algo obviamente problemático porque produce un disturbio en las cosas normales, pero en griego también hace referencia a una oportunidad. Por eso empecé por ver qué enseñanzas podíamos rescatar de la pandemia para poder de alguna manera cambiar un poco las cosas; me refiero a aprendizajes en términos de problemáticas y de teorías también. Más tarde continué con estas ideas en *El futuro comienza ahora. De la pandemia a la utopía*,⁸ un libro más grande y más denso. La primera lección es que empezamos el milenio con la idea de que había dos globalizaciones: una hegemónica, neoliberal, del capital, y otra contrahegemónica, representada por los movimientos sociales que se articulaban interna-

7 B. de Sousa Santos, *La cruel pedagogía del virus*, Buenos Aires, Clacso, 2020.

8 B. de Sousa Santos, *El futuro comienza ahora. De la pandemia a la utopía*, Madrid, Akal, 2021.

cionalmente y que tuvieron un comienzo muy auspicioso en el primer Foro Social Mundial de 2001. En aquel momento todo parecía indicar que íbamos a tener una tensión entre una globalización económica neoliberal, simbolizada por el Foro Económico Mundial que se reunía en Suiza y en Davos, y el Foro Social Mundial que se realizaba en Portugal.

Pero cuando llegó la pandemia, la globalización contrahegemónica había perdido la batalla. La propia idea de que una globalización contrahegemónica era posible fue debilitándose debido a varios factores. Entre ellos distinguiría, por ejemplo, el continuado ataque del neoliberalismo a los derechos sociales de las clases populares y la respuesta represiva del Estado frente a la protesta social que mientras tanto se ampliaba; la guerra global contra el terrorismo protagonizada por los Estados Unidos después de los ataques a las Torres Gemelas de Nueva York el 11 de septiembre de 2001, los obstáculos (prohibición de viajar, rechazo de visas) que se impusieron a la movilidad internacional de activistas y la merma en la financiación internacional de las organizaciones sociales progresistas. También la incapacidad o falta de voluntad política de los organizadores del Foro Social Mundial para transformar ese espacio en un sujeto político global capaz de intervenir en asuntos internacionales relevantes; y el proyecto imperial alimentado por sectores conservadores de los Estados Unidos de invadir el continente con misiones de pastores evangélicos hiperconservadores, sexistas, racistas y sobre todo anticomunistas, aun en la ausencia de cualquier amenaza comunista. Por último, mencionarían también varias formas de bloqueo y vigilancia contrainsurgente dirigidas por los Estados Unidos con la colaboración de la Unión Europea contra los gobiernos populares democráticos que emergieron en el subcontinente en la primera década del 2000, golpes de nuevo tipo en contra de estos gobiernos de los cuales la primera víctima fue Manuel Zelaya en Honduras y la más reciente Dilma Rousseff en Brasil. Para volver a la primera lección de la pandemia, de la que hablaba, diría

que siempre que hay una crisis se agravan las desigualdades. Apareció entonces la idea de que la crisis sanitaria y la pandemia eran “democráticas”, porque el virus atacaba a todas las personas por igual. No fue así. Claro que la situación fue caótica, pero no democrática. Las tasas de mortalidad del virus se concentraron en mayor medida en la gente pobre, negra o indígena. La pandemia puso en evidencia muchas desigualdades. Por ejemplo, con respecto a las mujeres, pues se registró un aumento inmediato de la violencia de género y el femicidio, sobre todo cuando hubo confinamiento y una mujer podía encontrarse en el mismo espacio con su agresor veinticuatro horas al día. Entonces la primera lección es esta: las desigualdades se agravaron con la pandemia de una manera brutal.

La segunda lección es que quedó demostrado que el neoliberalismo es una trampa, una trampa muy eficaz en concentrar riqueza, en transferirla de los pobres y de las clases medias a los ricos. Los más recientes informes de Naciones Unidas muestran un aumento escandaloso de billonarios en Colombia, Perú, Brasil y la Argentina durante la pandemia. Mucha gente se volvió más rica con la pandemia, que fue un negocio para ciertos sectores del capital (economía de plataformas, internet) y para parte de las élites del continente. El neoliberalismo siempre ha dicho que el Estado es corrupto, ineficiente, ineficaz y que todo tiene que ser regulado por el mercado, que es más racional. La verdad es que cuando llegó la pandemia, en medio de una crisis sanitaria, la gente no fue a pedir a los mercados que la protegieran... ¡fue al Estado! Por eso el Estado se volvió muy importante, pero el problema es que también se tornó más visible toda la destrucción que había sufrido durante los últimos cuarenta años. En muchos países, los servicios nacionales de salud habían sido privatizados, y cuando la gente buscó al Estado, este no estaba disponible o no estaba preparado para protegerla. La lección es que el Estado es realmente importante, y lo sería mucho más si las políticas de ajuste fiscal, de austeridad, de privatiza-

ción de la salud y la educación no lo privaran de instrumentos muy eficaces.

La tercera lección es que hay alternativa. Durante los últimos cuarenta años escuchamos que ya no hay una opción distinta al capitalismo, que este es el fin de la historia, que no hay posibilidad socialista ni de otra forma de sociedad, que tendremos que tener esta vida que tenemos y ninguna otra y depender cada vez más del mercado. El confinamiento también permitió que las formas de sociabilidad fueran distintas, mostró cómo las comunidades empobrecidas no fueron solo víctimas, sino que resistieron de una manera maravillosa mediante la solidaridad. Durante la pandemia no vi una sola muestra de solidaridad de ricos hacia pobres. Por ejemplo, cuando en la Argentina se debatió el impuesto a las grandes fortunas hubo un clamor en contra y se trataba solo de un aporte que debían pagar algunas personas por única vez. En otros países pasaron cosas similares. Pero entre las comunidades empobrecidas hubo una solidaridad enorme: pueblos indígenas que se apoyaron, el Movimiento Sin Tierra que distribuyó toneladas de alimentos entre las comunidades, es decir, hubo muestras de que hay alternativas y de que la gente resiste.

Diría que hay una última lección política que es importante. También hemos escuchado mucho la idea neoliberal de que todos los políticos son corruptos, de que no hay diferencia si son de izquierda, de centroizquierda o de derecha. La verdad es que los gobiernos mostraron de lo que eran capaces y en qué eran incapaces. Los gobiernos de derecha, desde el Reino Unido y los Estados Unidos a Brasil, India y Colombia, por ejemplo, dejaron muy claro que para ellos era necesario proteger la economía y la gravedad de la pandemia fue minimizada. Al final quedó demostrado que no protegieron la economía ni tampoco la vida. Por el contrario, los gobiernos de centroizquierda de Europa, como el de Portugal, desde el inicio vieron que era necesario proteger la vida. La pandemia mostró que los gobiernos de derecha no son buenos para

construir ni para proteger. Creo que la política es importante. Muchos dirán que “izquierda y derecha” es una polarización que está desactualizada, que ya no vale. Yo pienso que sí vale. La crisis mostró esa polarización de manera brutal.

Nicolás Arata (NA): En otro de tus libros *–Izquierdas del mundo, ¡únanse!*⁹ planteás el tema de las amenazas a la democracia y el poder de las izquierdas para revertir los procesos de degradación que observamos en nuestras sociedades. ¿Cuáles serían las amenazas más importantes en este momento? Me refiero en especial al papel que están jugando las derechas, esas derechas que se llaman “alternativas”, aunque en realidad muestran nuevos ropajes y logran captar la atención de sectores importantes de la población, sectores indignados, pero con una indignación muy diferente de la que se vivió en torno al movimiento del 11-M en España. ¿Qué te provoca esto?

BSS: Pienso que la gran amenaza hoy es la concentración de la riqueza y del poder económico. En el sistema de democracia liberal en que vivimos, el poder económico es demasiado promiscuo y contaminante del poder político. Así, la concentración de poder económico ha provocado la concentración de poder político de fuerzas antidemocráticas. Hay una incompatibilidad de principios entre la soberanía popular, que es lo que caracteriza a la democracia, y el capitalismo, que es la acumulación sin límites. Desde hace cuarenta años, con el neoliberalismo, se agravaron las desigualdades sociales y con eso también las nuevas y viejas formas de colonialismo y de patriarcado. Los tres modos de dominación siempre están articulados. Esa concentración de riqueza primero atacó a los derechos sociales y económicos, porque eran demasiados

9 B. de Sousa Santos, *Izquierdas del mundo, ¡únanse!*, Buenos Aires, Clacso, 2020.

(derechos del trabajador, ecológicos, colectivos, de indígenas) y ahora está en una fase nueva, de ataque también a los derechos cívicos y políticos por la degradación interna de la democracia liberal. ¿Cómo sucede esto? Por varios mecanismos. El primero es que la democracia liberal nunca se supo defender muy bien de los antidemócratas. Hitler en 1932 ganó las elecciones y recién después vino el golpe. Entonces vimos que siempre la democracia puede morir; de hecho, se sigue eligiendo a antidemócratas, como pasó con Trump en los Estados Unidos, con Modi en India y con Bolsonaro en Brasil. En este contexto de retroceso histórico de la democracia (incluso de la democracia liberal, de baja intensidad), los políticos de extrema derecha que son elegidos no abandonan de manera pacífica el poder cuando pierden las elecciones. Trump alentó la ocupación del Congreso cuando perdió y Bolsonaro sigue amenazando con un golpe si pierde. ¿Qué es un antidemocrático en este momento en el mundo? Es una persona que simboliza a un grupo y que, por vías de la manipulación, de las *fake news*, llega al poder democráticamente pero no lo ejerce democráticamente y no sale democráticamente de él.

La otra razón es que la democracia liberal funciona con cierta división de poderes: judicial, ejecutivo, legislativo. Y hemos asistido a una concentración cada vez más notoria de los ejecutivos. Esto significa que en muchos países del continente los congresos no tienen nada que ver con la realidad de las fuerzas sociales de cada país. Brasil es un caso obviamente dramático en ese sentido. Hemos asistido a un ataque brutal sobre los sistemas de salud, previsión, educación pública y judicial que atenta contra la democracia. Yo he intervenido en muchas acciones judiciales para defender al Movimiento de los Sin Tierra y, debido a la presión popular, durante el período de Lula la Justicia hacía lugar a muchas de esas demandas. Hoy no, hoy solo atiende las demandas de las élites, porque el sistema judicial en Brasil está en el punto en que estaba en los años setenta en Chile. Como sabemos, Salvador Allende

casi no podía gobernar porque el Supremo Tribunal de Chile lo impedía, anulando todas las leyes y los decretos. Lo mismo está pasando hoy en muchas partes del continente. Es decir, no parece haber instrumentos dentro de las democracias para defenderlas porque ni el poder legislativo puede contraponerse al ejecutivo ni el sistema judicial lo hace. Esto significa que realmente se ha generado un malestar muy grande dentro de la vida democrática, lo que me lleva a responder la segunda parte de tu pregunta: ¿por qué estas dinámicas de derecha atraen a muchos sectores?

Claro que no solo las élites votan por estos antidemócratas, es un voto popular. Entonces ¿qué pasa? ¿Por qué la gente se deja seducir por las consignas y las ideas de la extrema derecha? Por muchísimas razones, pero una de las fundamentales, a mi juicio, es que la democracia pasa por una crisis que la pone al borde del caos, por así decir, y de hecho mucha gente que no es fascista, que no es de extrema derecha, está muy disgustada con la política. El Estado les daba un poquito de protección a los más empobrecidos, a los más vulnerables en las primeras décadas del siglo XX, por ejemplo, en América Latina, con gobiernos populares. Y de repente el Estado se volvió más y más represivo y por eso la idea de que es necesario otro sistema, la idea antisistema. Claro que hay que estar en contra de este sistema, que no es bueno, pero ahí es donde está la trampa, porque muchos de los que se dicen antisistema son parte del sistema. Trump no podría ser más parte del sistema: un hombre que tiene una riqueza, una fortuna fabulosa y no paga impuestos. Uno tiene que conocer el sistema y estar bien dentro de él para no pagar impuestos. Bolsonaro fue diputado federal durante más de dos décadas antes de ser presidente. Esta es realmente la trampa. También hay voces silenciadas, los indignados en verdad. Los jóvenes no tienen la misma indignación que en 2011 porque en ese entonces había una creencia más vehemente en la democracia. La consigna en ese momento era “democracia real”, “democracia ya”. Pienso que ahora la gente ya desistió

o de alguna manera está a punto de desistir de luchar dentro de los marcos del sistema democrático. Al poder judicial no se puede acudir para defender buenas causas de los sectores populares, el poder legislativo está totalmente dominado por las élites debido a esta contaminación del poder económico de la que hablábamos, y entonces la sensación es que no queda absolutamente nada, por eso la gente en realidad ya no pide con tanta fuerza la democracia y se siente de alguna manera confinada en el sistema. Los jóvenes piden una oportunidad. Lo que están diciendo es “si el sistema es capitalista, entonces ¿por qué no nos da empleo? ¿Por qué no nos da una oportunidad? ¿Por qué más del 50% de los jóvenes están desempleados en el mundo?”. Claro que el sistema es una trampa, pero existe un cierre ideológico que no permite ver más allá otra alternativa; se creó la idea de que, como no hay alternativa, los mismos que quieren la alternativa no saben cómo formularla y por eso existe esta mezcla que es muy peligrosa y que tiene diferentes expresiones en los distintos continentes. Por ejemplo, en Europa la extrema derecha es antiinmigrante, no está en contra de las políticas sociales, pero quiere que las políticas sociales sean solo “para nosotros”. ¿Quiénes son los europeos? Para la extrema derecha, aun los que nacieron en Europa no pueden considerarse europeos si son hijos de inmigrantes negros, musulmanes o latinoamericanos. Por eso dije antes que el capitalismo nunca existe sin racismo. Así se crea la idea de “para nosotros” y no para ellos, se crean estrategias de exclusión muy duras. Y por eso me parece que mucha gente está diciendo “basta”, como sucedió recientemente en Chile y en Colombia, con colores políticos muy distintos. En Chile se armó una asamblea constituyente paritaria, una propuesta plurinacional, feminista, nacional y popular que puede producir un cambio, aunque podemos discutir hasta qué punto se va a dar. En Colombia, en cambio, el gobierno rechazó construir una alternativa más progresista. Lo que quiere el antisistema es incrementar las policías y los ejércitos para poder reprimir lo que consideran

el enemigo interno. Yo veo eso con mucha preocupación, es parte de una decadencia democrática y una confusión.

KB: Esto que acabás de decir me lleva a preguntarte por las tramas de desigualdades, no solo esas tramas que van engendrando violencias y nuevas formas de autoritarismo, sino también en términos de construir redes, alternativas, articulaciones políticas, sociales y culturales desde las comunidades, los territorios y las instituciones para poder pensar nuevos escenarios. Recién mencionabas las tres principales opresiones a las que nos enfrentamos: el colonialismo, el patriarcado y el neoliberalismo. ¿Cómo hacer frente a estas formas de violencia? Quienes te hemos leído sabemos que, si te pregunto si hay una salida de la crisis, tu respuesta seguramente va a ser que no. Focalicémosnos más en cómo hacemos para superar estas formas de violencia.

BSS: Lo primero que tengo para decir es que no veo que haya una receta homogénea, porque los países son distintos, las construcciones son distintas, pero lo que me preocupa es que las instituciones democráticas han perdido mucha credibilidad. Los gobiernos de derecha destruyeron las instituciones con manipulación económica y el control de los medios y eso lleva a una situación muy compleja: la democracia siempre estuvo alimentada por la fuerza de los trabajadores, de las clases populares, estuvo siempre destinada a crear instituciones de protección. Incluso las huelgas, por ejemplo, estaban reglamentadas, institucionalizadas, organizadas, siempre existió cierto respeto por las instituciones. ¿Qué pasa hoy? Tenemos que seguir luchando dentro de las instituciones pero no podemos confiar en ellas, ese es el drama de nuestros tiempos. La democracia hoy se defiende en las calles. Sucedió en la Argentina, sobre todo con las mujeres; en Chile fue lo mismo; en Perú también con las multitudes que defendieron la victoria electoral de Pedro Castillo; en Colombia, se vio una renovación de la resistencia a un gobierno de excepción re-

presivo, un Estado criminal que actuaba por la noche y mataba por la espalda. Hay resistencias y esas resistencias están en las calles y en las plazas, esto para mí es lo más tajante. Me parece que esto hay que decirlo y que si la gente quiere defender la democracia tiene que prepararse para salir a la calle, por supuesto de manera pacífica porque la represión viene del Estado. Sobre las tramas, diría que es algo que me causa alguna inquietud, una angustia. Para mí fue un avance teórico muy importante el que logramos en las últimas décadas al mostrar que la sociedad no es solo capitalista sino también colonialista y patriarcal. Mostrar que el capitalismo no funciona si no hay trabajo muy mal remunerado y no pago, que es el que los cuerpos racializados y sexualizados producen en gran medida. Por eso mientras haya capitalismo no va a haber una solución para el racismo y para el sexismo. Puede haber victorias, victorias importantes, pero hay que seguir luchando. Y cada lucha también tiene que incluir una lucha anticapitalista, porque si no las cosas no mejoran de manera duradera. Hoy tenemos este drama presente que es la dominación, que actúa de manera articulada, endurece el capitalismo, aumenta el genocidio de los jóvenes negros en Brasil, hace crecer el femicidio, la violencia de género. Lo vemos prácticamente en todos lados a pesar de las victorias del movimiento feminista, del movimiento afro y del movimiento indígena. La violencia sigue articulada y la resistencia está fragmentada, y sabemos que con frecuencia muchos de los movimientos anticapitalistas han sido racistas y sexistas. Basta ver que los partidos socialistas de América Latina durante mucho tiempo fueron completamente racistas contra los indígenas, salvo por supuesto la gran experiencia de José Carlos Mariátegui, que no fue muy seguida por la izquierda en el continente durante mucho tiempo. Y hubo movimientos antirracistas que fueron sexistas y procapitalistas. Como digo: la dominación está articulada, y la resistencia, fragmentada. Sin embargo, hay cosas buenas que van sucediendo. Me parece que lo importante es ver que cuando una lucha se vuelve muy importante, muy fuerte, con

frecuencia hay un impulso para agregar otras luchas a ellas y muchas veces ese impulso se desperdicia, no se quiere que los otros se junten. Hay una lucha feminista exitosa, no se incluye la cuestión negra porque eso puede desalentar a activistas feministas... Interesante es el caso del movimiento de Black Lives Matter en los Estados Unidos en tiempos recientes, que empezó como un movimiento antirracista y anticolonialista pero ha crecido de tal manera, sobre todo después del asesinato de George Floyd, que las feministas norteamericanas participan allí cada vez más y todos los movimientos anticapitalistas, sindicatos, etc., entraron también a la lucha. Es decir, existió la posibilidad de articular luchas. En Chile, las mujeres, las feministas que impulsaron la reforma constitucional, trajeron a la luz, con dificultades y contradicciones, las reivindicaciones de los mapuches, que durante mucho tiempo lucharon aislados. Se decía que la cuestión mapuche no era de la sociedad chilena, sino un tema de indígenas, y se vio que no era así. Eso a mi juicio es una victoria que viene de la articulación de las luchas. Creo que el fracaso del Foro Social Mundial en poder articular luchas a nivel continental y transcontinental no ha permitido más alianzas, más tramas novedosas. Necesitamos realmente de un nuevo Foro Social Mundial, porque el actual está muy debilitado.

NA: Para finalizar, lo que estabas diciendo nos lleva casi de manera natural a pensar en tu caja de herramientas, en las epistemologías del Sur, para tramar y pensar otras realidades. ¿Cuál dirías que es el aporte específico de este enfoque teórico sin dudas muy valioso para la construcción de la agenda del pensamiento social?

BSS: Yo creo que son muchos. Las epistemologías del Sur implican el reconocimiento de las luchas contra el capitalismo, el colonialismo y el patriarcado. Entonces la resistencia pasa a tener una validez epistémica que va al origen de los actores y actoras que están en esta lucha. Estas epistemologías aban-

donan la concepción individualista de los derechos humanos, integran la cuestión de los deberes humanos, permiten que los derechos de la Madre Tierra sean igual de valiosos que los derechos humanos, hacen que los derechos colectivos tengan una ultra prioridad en tiempos de altísimo racismo y colonialismo. Gracias a las epistemologías del Sur fue posible mostrar cómo el capitalismo y el colonialismo existen, porque para mucho pensamiento de izquierda el colonialismo había terminado con las independencias políticas. Estas tres formas de dominación –capitalismo, colonialismo y patriarcado– son igualmente importantes. Una puede ser más urgente que otra en cierto contexto, por eso la distinción entre luchas importantes y urgentes pasó a ser muy estratégica. Eso, debo decir, es algo que no está logrado en el pensamiento político; se confunde mucho la lucha importante con la urgente. Me gustaría aprovechar esta oportunidad para dejar mi reflexión más reciente, casi una autorreflexión sobre mi trabajo teórico. Yo siempre me consideré un intelectual de retaguardia. ¿Qué quiero decir? En primer lugar, que busco que mi trabajo emerja de alguna manera de la energía que surge de los movimientos, reinventado en tiempos recientes por ejemplo con los jóvenes de Cali. Estamos intentando demostrar que otros tipos de ecología de saberes emerge de la lucha, pero esto puede surgir de otras luchas. La lucha para mí no es solo la lucha de las calles, desde luego que es importante, pero la vida en general es lucha. En *El fin del imperio cognitivo*¹⁰ escribí una larga sección sobre qué es la lucha, para no pensar que la lucha son los movimientos sociales, porque si fueran movimientos sociales o partidos no se podría entender lo que pasó en Chile, en Perú o Colombia. Esas movilizaciones no fueron de partidos o de movimientos sociales consolidados, sino de jóvenes o presencias colectivas (que son otras for-

10 B. de Sousa Santos, *El fin del imperio cognitivo. La afirmación de las epistemologías del Sur*, Madrid, Trotta, 2019.

mas) con poca historia de activismo y ninguna de organización política. Mi consejo para todos y todas los que de alguna manera han leído esta perspectiva que estoy profundizando todo el tiempo es que también es necesario ver las previsiones de tu teoría. Es decir, hay que ser muy humilde, porque una teoría puede ser aprovechada por fuerzas antagónicas de las que te gustaría promover. Algunos grupos conservadores, por ejemplo, pensaron que, al validar al conocimiento que no es científico, yo estaba alineándome en las ideas anticencia. Claro que no era así, porque no hay nada anticencia en mi abordaje. Lo que sostengo es que la ciencia es válida, es un conocimiento válido, cuando no es víctima de manipulación ideológica. Pero no es el único válido. Hay otros conocimientos válidos, son los conocimientos feministas, indígenas, campesinos, urbanos o los de la gente que la lucha a diario con sus conocimientos. Ahí realmente quedó claro para mí que era necesario mostrar que no había nada de anticencia ni antirrelativismo. El propósito de las etimologías del Sur es reforzar la lucha anticapitalista, anticolonialista y antipatriarcal; los pastores evangélicos, que pueden tener posiciones en contra de la ciencia, están totalmente a favor del colonialismo, del patriarcado y del capitalismo y no tienen ningún lugar en las etimologías del Sur.

La segunda previsión es más complicada. Como dijimos hace un instante, las epistemologías del Sur nos permiten ver otras dimensiones de la opresión y de la dominación: la dominación racista y la dominación sexista al lado de la dominación capitalista (las tres articuladas) y la idea era crear tramas entre las tres. Lo que sucedió es que, basándose en este enfoque epistémico, algunos movimientos empezaron a pensar que su lucha era más importante que todas las otras. Así tenemos hoy, por ejemplo, cierta corriente feminista radical que afirma que la matriz de la sociedad moderna es la dominación patriarcal y que por eso la lucha antipatriarcal es la más importante, más importante que la lucha anticapitalista o que la lucha antirracista. Algunas corrientes anticoloniales

y antirracistas tuvieron exactamente la misma idea, la matriz de la sociedad moderna tendría en su base el colonialismo o el racismo. Estas no contribuyen a crear instrumentos de unidad o articulación entre las luchas sociales. Al contrario, pueden crear guetos identitarios que van a desunir. Esto lo vimos de manera dramática durante la crisis de Bolivia después del golpe contra Evo Morales y lo hemos visto más recientemente en Ecuador donde la mayoría de izquierda se desunió, perdió las elecciones y en consecuencia fue elegido un gobierno del más puro neoliberalismo. Me parece que hay que tener en consideración que todas las luchas son importantes por igual. Como dije antes, la clave es distinguir entre importancia y urgencia. Y además está claro que se hace necesaria una política de transición. No se puede, por ejemplo, buscar una alternativa en contra del extractivismo de un día para el otro. Hoy no tenemos una teoría de transición para otra sociedad mejor, para esta alternativa civilizatoria. Es un trabajo colectivo que tenemos que hacer y estoy seguro de que Clacso va a contribuir muchísimo para eso.

2. En torno a una nueva agenda feminista (y por qué el patriarcado se opondrá a ella)

Rita Segato, LASTESIS

“La izquierda convencional no entiende la esencia de la cuestión de las mujeres, del patriarcado y del binarismo.”

Rita Segato

“Hay que tener una constante vigilancia por parte de los feminismos: luchar por lo que no tenemos, por un lado, y por el otro luchar constantemente por conservar lo que logramos.”

LASTESIS

Nicolás Arata (NA): Este diálogo abordará el futuro de los feminismos, sus desafíos a nivel internacional y especialmente en América Latina. Nos gustaría centrarnos sobre todo en el tema de la violencia hacia las mujeres, que es una de las principales tramas de la desigualdad en nuestras sociedades, que tiene elementos históricos que lo sostienen pero que se manifiesta hoy en formas particulares. ¿De dónde provienen esas violencias? ¿Cuál es la fuente que las legitima? ¿Sobre qué bases se asienta el orden político patriarcal en su vinculación con esta dimensión de la violencia?

Rita Segato (RS): En primer lugar, como sostengo en *Las estructuras elementales de la violencia*,¹¹ patriarcado es violencia. Es un orden que ha resultado de la violencia en tiempos primordiales de nuestra especie y se reproduce por medio de la violencia hasta hoy... Eso es lo que he llamado “la prehistoria patriarcal de la humanidad”. Lo que el orden político patriarcal asienta es el cimiento, la pedagogía de todas las formas de desigualdad, de expropiación de valor y prestigio, de dominación de una voz sobre las otras. Del orden patriarcal emana la primera lección de desigualdad y de expropiación. El carácter fundante e imprescindible del patriarcado como base en que se apoyan y cuya estructura replican todos los otros

11 R. Segato, *Las estructuras elementales de la violencia*, Buenos Aires, Prometeo, 2010.

órdenes. No podría ser por otra razón: en los últimos diez o doce años ha habido una “reacción asustada” ante el peligro que las mujeres representamos para el orden patriarcal y todas sus réplicas. ¿Por qué? Porque en el orden patriarcal se apoya la desigualdad económica. Se apoyan todas las otras formas de poder y extracción de plusvalía. A veces lo ilustro con aquellos números de circo en los que los acróbatas arman una pirámide invertida: abajo va uno y en los estratos siguientes, progresivamente, se van apilando los otros equilibristas. El patriarcado es el de abajo, si lo retirás de ese lugar, como se dice en portugués, “*se puxamos o tapete*”, si le movemos la alfombra, quitamos el cimiento en el cual se asienta el edificio completo de las desigualdades. Yo creo que los dueños del mundo se han dado cuenta de esto no hace mucho tiempo. Y cuando lo perciben ocurre justamente el cierre de la fase del multiculturalismo, que es la fase que antecedió a la presidencia de Trump y que, con la caída del Muro de Berlín, había sustituido la lucha antisistémica, anticapitalista de los años sesenta y setenta por el distribucionismo multicultural, bienestar económico, poder y prestigio para algunas parcelas de las diferentes “identidades políticas” entendidas como minorías. Ahora, en un abrir y cerrar de ojos, se dan cuenta de que la lucha contra el patriarcado hace peligrar las diversas formas de poder, en especial el poder económico y el poder bélico y policial. Esta amenaza es, por cierto, detectada y ponen en la calle, en una reacción rapidísima, desasosegada y asustada, a un rebaño de gente disponible para una causa y dócil a un empresariado eclesiástico –evangélico y católico– con consignas como “Con mis hijos no te metas” o “Por la familia” y una tergiversación interesada de la categoría analítica “género”, equivocadamente enunciada como “ideología”. Un mismo discurso que se repite en muy corto tiempo de Norte a Sur del continente. Yo leo este fenómeno como la confirmación de que estamos amenazando algo fundamental, que no es solo lo que se presenta como “la lucha de las mujeres contra los hombres”, que es una imagen muy simplificadora de lo

que es el movimiento feminista. No estamos luchando contra los hombres, estamos luchando contra un orden político que es el patriarcado. Es un orden político con sus fuerzas armadas, con su economía propia, con su moral y religión propias. Moral y religión son su vestimenta, como disfraces de lo que está por debajo, que es un orden político desigual, el primero y fundacional. Entonces, ¿de dónde provienen esas violencias? Del mandato de masculinidad, que es una de las piezas centrales del orden político patriarcal, con su persuasión de que correrse de ese mandato de masculinidad significa para los hombres colocar en riesgo su propia humanidad. El hombre está educado o, más que educado, diría formateado, para pensar que si no cumple con el mandato de masculinidad su humanidad queda comprometida. Esa es una esfera de cuestiones muy complejas, muy profundamente entrelazadas.

Sibila/LASTESIS: Rita nos ha inspirado muchísimo en nuestro trabajo, mucho de lo que le escuchamos decir ahora son opiniones que compartimos. En esta reflexión conjunta en torno a lo disruptivos que se vuelven los feminismos, este miedo que generan los feminismos nos parece muy paradójico, porque somos nosotras, nosotres, quienes estamos luchando contra el miedo, ¿no? Contra el miedo de existir, de aparecer, de exigir ciertos derechos muchas veces desde el cuerpo y para el cuerpo. La apropiación del cuerpo realmente es una lucha de resistencia, si consideramos el cuerpo como el primer territorio que habitamos y como el primer territorio que es oprimido por este sistema patriarcal del que habla Rita. Al tratar de erradicar este sistema, que es el fundante de todas estas desigualdades, opresiones y violencia, terminamos generando una reacción de miedo en quienes temen perder sus privilegios, aquellos que han ostentado históricamente a costa de nuestras opresiones y de nuestras violencias. Al luchar contra el miedo nosotras terminamos generando una respuesta que siempre es muy inmediata, acción-reacción, casi química, que sucede enseguida ante las acciones de las perso-

nas feministas en el espacio público, entendiendo el espacio público también de una manera expandida, formado por distintas trincheras de lucha: la casa, la vida cotidiana, la calle, incluso las redes. Para algunas personas, mantener este sistema violento y opresivo se logra a través de una reacción agresiva de castigar a quien sale de su lugar de subordinación, castigarle de todas las maneras posibles, desde el lenguaje hasta la violencia física, la violencia sexual y también la completa deshumanización de quien está luchando por existir y aparecer, como sucede con el femicidio y el transfemicidio. Hemos visto ahí esa necropolítica, esa cartografía que se genera en los cuerpos, un lenguaje de autor sobre los cuerpos deshumanizados que son asesinados de las maneras más terribles. Esa necropolítica nace, como dice Rita, de ese miedo a saber que hay otras subjetividades. La cuestión es ver cómo empezamos a habitar lo femenino y cómo reconstruimos las masculinidades en relación con estas normas establecidas que perpetúan el orden patriarcal. Por ejemplo, en cuanto a la familia, estamos luchando para que se hagan visibles otras constituciones familiares y filiaciones, para decir: “las familias no son de esta única manera”, sino que “también son de esta otra manera y necesitan otras cosas”. A nosotras no nos deja de impactar la desestabilización que generan estas luchas. Incluso cuando ganamos algunos derechos la lucha sigue, porque los podemos perder. Hay que tener una constante vigilancia por parte de los feminismos, de las personas feministas: luchar por lo que no tenemos, por un lado, y por el otro luchar constantemente por conservar lo que logramos. Este sistema fundante de todas las violencias y opresiones es global y transversal, está en todas partes. Si bien aquí lo pensamos desde la perspectiva latinoamericana, opera en pos de mantener las desigualdades que convienen a algunas personas.

Karina Batthyány (KB): Esa necesidad de vigilancia epistemológica permanente por estos mecanismos de acción y reacción que tanto conocemos remite a los avances que ha logra-

do el feminismo y las particularidades que tiene el feminismo latinoamericano. En el marco de esta heterogeneidad que ustedes mismas describían, ¿cuáles podríamos decir hoy que son los rasgos más destacados de la agenda en los feminismos en América Latina y el Caribe? ¿Cómo se articulan, se desprenden, se asocian esos rasgos con otras luchas sociales?

RS: En *Las estructuras elementales de la violencia* hablo de una prehistoria patriarcal de la humanidad, es decir, un tiempo único y de gran profundidad histórica hasta el presente. Ese tiempo único de hecho tiene momentos y lugares mejores y peores, hay sociedades más igualitarias que otras sin duda. Las sociedades comunales son más igualitarias. La modernidad tiene un discurso que oculta el hecho de que la mujer es muchísimo más vulnerable hoy que en las sociedades de estructura comunal no acriolladas, porque el proceso de criollización en nuestros países ha sido tremendamente patriarcal y violento contra las mujeres. La conquista y la criollización son procesos que constituyen sociedades transicionales, como son nuestros pueblos hasta hoy. El acriollamiento es un proceso que conduce a una enorme inseguridad por parte de los hombres. El hombre acriollado va a reafirmar su masculinidad a través de la misoginia, los chistes homofóbicos y ese exceso de violencia contra las mujeres que es característico de nuestro continente. El exceso de violencia contra las mujeres es en nuestra región un efecto de la criollización por la inseguridad de ese sujeto macho que, cuando mira hacia el mundo del patrón o del jefe político, en el polo imperial, blanco, moderno, se emacula y restaura su virilidad frente a su mundo mediante la violencia. En algunos casos lo único con que cuenta para reconfirmarse hombre es la violencia. Es una ecuación perfecta, una reacción en cadena. Con respecto a la violencia no hemos tenido victorias, ni siquiera hemos conseguido amesetarla, es decir, ni mantener los números de la violencia en una posición estable. También ha ocurrido lo que considero una discontinuidad en la historia de la

guerra. En las guerras clásicas, lo que las mujeres sufríamos era un daño colateral como efecto y consecuencia. Pero en las guerras del presente, nuevas formas de la guerra, nosotras somos el campo de batalla y el objetivo bélico. Eso se ve con claridad en las guerras represivas, y también en las guerras en espacios mafializados.

Paula Cometa/LASTESIS: Yo quisiera comentar sobre algunas formas de organización comunitaria que se dan en nuestra región, en países precarizados y de brechas muy fuertes de desigualdad socioeconómica. En Chile, por ejemplo, desde el estallido social de 2019 es aún más visible y transversal la demanda por dignidad, por una vida vivible. Como ejemplo de las formas de resistencia y organización en manos de las mujeres, en 2020 se realizaron ollas comunitarias para personas en situación de calle y para quienes viven en campamentos, que son en general migrantes. En el país no hay un sistema social de vivienda que funcione para los nuevos habitantes y por lo tanto se producen tomas de terrenos en los lugares donde se pueda instalar una bomba de agua, o poner por lo menos un techito. Esas ollas comunes fueron reprimidas de manera muy violenta por la policía, con carros lanzagua y lanzagases, solo por el criterio sanitario de que no se podía juntar cierta cantidad de personas durante la pandemia. Esas mujeres que se organizan para armar ollas comunes y proveer alimentos a las personas de sus comunidades quizás no saben que son feministas, que sus prácticas son feministas y que son de sustento para la comunidad. No son ollas comunes feministas, no se autodenominan así. Son ollas comunes que salen de los sectores más populares y de mujeres comunes y corrientes, y que aun así son reprimidas con violencia. Hay operaciones de violencia que son físicas y se dan en el mundo privado; la violencia doméstica ha sido un tema importante del continente en 2020 dadas las situaciones de confinamiento por la pandemia, pero también hay violencias en el ámbito público y comunitario. Hacia el futuro, la mirada optimista puede tener que ver con

lo que dice Rita, con la acción de las personas más jóvenes que ya se están cuestionando estos niveles de violencia, que comprenden también otras formas de transiciones de identidades de cuerpo hacia otros tipos de identidades que no son solo las de hombre y mujer. Por esas cosas podemos decir: “Gracias por llegar al siglo XXI” y a este momento tan importante para poder configurarnos como sociedad.

RS: Hay algo con LASTESIS ¿no? Algo extraordinario. LASTESIS no tuvieron apoyo de los grandes medios de comunicación globales, pero aparecieron en las redes por todas partes, como un reguero de pólvora que dio la vuelta al mundo, ¡qué impresionante! Y es sorprendente también porque las mujeres del mundo tienen, entre sí, grandes diferencias. Tienen, con certeza, aspiraciones diferentes. Pero lo que queda probado con la velocidad y amplitud expansiva de la performance de LASTESIS es que todas las mujeres del mundo sufren violencia, que la violencia es universal, es global. Son diferentes tipos de violencia porque no todas las sociedades son violadoras o feminicidas, pero todas las mujeres conocen la violencia de género y eso está demostrado por la circulación inmediata y sin cualquier soporte mediático de la performance de LASTESIS: consiguieron expresar un reclamo mundial de las mujeres.

Daffne/LASTESIS: Respecto de la idea de acción-reacción y de la vigilancia feminista que hay que hacer constantemente, pensaba que hay también una vigilancia constante por parte de las personas que ostentan el poder patriarcal. Están los dos frentes vigilantes. Quienes tienen el poder tienen todos los poderes como para reaccionar: el poder político, de toma de decisiones, bélico, la fuerza represora, el económico, pero tienen miedo. En cambio, acá, de este lado, estamos nosotros, nosotres, que no tenemos más que nuestros cuerpos y a nosotras. Es divertido, tragicómico, que ese potencial de tenernos a nosotres mismas conectadas de alguna manera a través del

feminismo y de las luchas sea tan potente y genere miedo a quienes tienen todos los otros poderes.

Sibila/LASTESIS: La idea de colectividad, de generar una colectividad mayor, es transfronteriza, trasciende la frontera del Estado, es una red que estamos tejiendo las feministas en esta lucha, pensando un territorio más amplio para la sociedad y sin anular las luchas locales, porque también existen situaciones puntuales en cada territorio. Pero también tenemos luchas conjuntas y es muy impactante ver cómo nos hemos unido en este movimiento feminista latinoamericano, muchas veces gracias a las redes sociales. Hemos instrumentalizado esos espacios digitales para encontrarnos en una lucha conjunta, una lucha feminista que no considera solo a quienes se definen como mujeres, sino también a una diversidad de subjetividades de las disidencias del sistema de sexo género con quienes compartimos muchas de estas opresiones a nivel territorial latinoamericano. Esta alianza que se ha generado, este gran bloque, esa potencia feminista que también es feminista y disidente, para nosotras ha sido fundamental y es el lugar en el que nos apoyamos para combatir nuestro miedo. Esta idea de colectividad mayor es muy característica del movimiento feminista latinoamericano actual.

NA: Me gustaría analizar el tema de la performance “Un violador en tu camino”,¹² que circuló mundialmente, como dijo

12 “Un violador en tu camino” es una performance participativa de protesta creada para manifestar en contra de las violaciones a los derechos de las mujeres en el contexto de las protestas que se dieron en Chile en 2019. Se interpretó por primera vez en Valparaíso el 20 de noviembre de 2019 y en segundo lugar en Santiago, el 25 de noviembre de ese año. Las imágenes de la performance se viralizaron en redes sociales. Distintos movimientos feministas en varios países la adoptaron y tradujeron para acompañar sus reclamos contra los femicidios y la violencia sexual. [N. del. E.]

Rita, de manera muy rápida, y fue uno de los acontecimientos políticos más disruptivos de la escena contemporánea del feminismo. ¿En diálogo con qué ideas, con qué tradiciones construyeron el texto que dio lugar a esa performance? ¿Cómo surgió?

Daffne/LASTESIS: Nuestro objetivo como colectivo desde hace mucho tiempo es difundir teorías feministas entre la mayor cantidad de gente posible, creemos que es una necesidad urgente para “destruir el patriarcado”, ese es nuestro súper objetivo. En ese marco queríamos trabajar con el tema de la violencia sexual como tesis histórica y llevarlo a otro formato diferente que en general es a través del cuerpo y la performance. Llegamos entonces a los textos de Rita Segato, como *La guerra contra las mujeres*,¹³ en el que específicamente habla del mandato de violación al analizar las cárceles de Brasil. Pusimos en relación esos textos con algunas otras cosas que por ejemplo menciona Virginie Despentes en *Teoría King Kong*¹⁴ con respecto al pacto de silencio de la violación. También analizamos el tema en nuestro contexto, y para eso revisamos todo el material audiovisual que encontramos, para ver por ejemplo cómo los medios de comunicación se refieren a casos emblemáticos de violación, y analizamos las cifras disponibles oficiales y no oficiales, como las de la Red Chilena contra la Violencia, para mostrar la diferencia bien grande de números. Tomamos todos estos textos y buscamos una síntesis para acercar el tema a una audiencia mayor, para hacerlo más pop, en el sentido básico de popularizarlo a través de una canción pop que se te pega, que da vueltas, buscando que

13 R. Segato, *La guerra contra las mujeres*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2016.

14 V. Despentes, *Teoría King Kong*, Buenos Aires, Random House, 2018.

sean esos contenidos los que se queden pegados y den vueltas y que se metan ahí como gusanos cerebrales y cueste sacarlos.

Sibila/LASTESIS: Como dice Daffne, esa canción es el resumen de toda la investigación. Fue un trabajo extenso, que nos llevó muchos meses para lograr ese ejercicio de síntesis.

RS: Les quería preguntar si tienen un método. ¡Porque deberían enseñarlo!

Sibila/LASTESIS: Vamos conversando, leyendo, revisando, reflexionando, lo hacemos todo en conjunto las cuatro, y luego lo vamos “bajando” a otros lenguajes: cómo todo eso se puede resumir en lo visual, en el cuerpo, en lo textil, en la puesta en escena, en la composición, en el diseño escénico de lo que hagamos, en lo coreográfico. Con respecto a la pregunta, sí, lo hemos hecho. Hemos hecho talleres. La denominamos “metodología del *collage*”. Juntamos todos los materiales “bajados” hacia otros lenguajes en un *collage* tridimensional. ¿Por qué? Porque es una estructura que no es jerárquica, al contrario, es una estructura en red, es incluso una estructura rizomática y creemos que de esa manera dialoga con lo que plantean los feminismos sobre anular la verticalidad, la jerarquía, la estructura patriarcal en la que hay algo que es más importante que otra cosa. A partir de un ejercicio de depuración y de bajada hacia otros lenguajes se arma un panorama cada vez más sintético. La canción es lo último que hacemos, al final del final, cuando vamos encontrando la letra y la sonoridad para lograr ese efecto pop del que habla Daffne. La teoría feminista nunca es teoría por sí sola, siempre va de la mano con la denuncia situada, tiene un activismo implícito en ella. Nos parece tan importante difundirla porque finalmente nos permite comprender los fenómenos, ponerles nombres. También tenemos un objetivo pedagógico, porque hay una deuda histórica en torno a las teorías feministas en los curriculums formales de educación. Lo que

nosotras hacemos trata de cubrir muchos frentes de la mejor manera posible a partir de las herramientas que tenemos, con toda humildad. A veces funciona bien, a veces no tanto, pero está ahí este vínculo entre arte y activismo que para nosotras es muy claro. Estamos dando esta lucha feminista también a través de nuestro juicio de artistas, en pos de nuestro objetivo.

RS: En la frase “El violador eres tú” acompañada de un dedo que apunta yo veo todo mi modelo representado. Creo haber escuchado en la lírica de LASTESIS algo que siempre afirmo: que el violador es el sujeto más moral de todos, o sea el policía, el juez, el patriarca. Esa autoridad moral es la misma persona que viola. Cuando fui a escuchar a los violadores en la cárcel uno me dijo: “Yo no violo creyentes”, que en Brasil quiere decir “No violo mujeres evangélicas”. ¿Y por qué no las viola? Porque no necesitan ser disciplinadas. En contra de lo que se piensa, el violador es un disciplinador, un amonestador, y es un moralizador de las mujeres. Y las mujeres somos inmorales desde el Génesis, Eva es frágil moralmente y su castigo y el de su familia es el punto de partida de la civilización judeocristiana. Que ellas lo hayan resumido en cuatro palabras es algo increíble, y las mujeres del mundo entendieron el mensaje, se apropiaron de la performance y la reprodujeron. ¡Lo entendieron! Admiro mucho a LASTESIS por esa capacidad inmensa de síntesis y de captación estética y corporal de una idea. Pero también las admiro porque ustedes han mantenido un bajo perfil. La tentación de acoger la fama que recayó sobre ustedes por el éxito de la performance, su capacidad de irradiación, debe haber sido muy grande, pero ustedes se han preservado y han conseguido seguir siendo quienes son y como son.

KB: Ya hablamos de la pedagogía de la crueldad y su relación con el sistema patriarcal. Me gustaría, Rita, ver la relación de los feminismos con los movimientos políticos progresistas en nuestra región. ¿Dónde están las claves de comprensión o de

incomprensión entre ambos? Hemos visto muchas tensiones que plantean las propias performances de LASTESIS.

RS: La izquierda convencional no entiende la esencia de la cuestión de las mujeres, del patriarcado y del binarismo. El binarismo no reside en la relación entre el hombre y la mujer, en la relación entre un cuerpo de hombre, un cuerpo de mujer. ¿Cuál es entonces la estructura binaria? ¿Cómo nos afecta? La estructura binaria reside en la concepción de que un Sujeto Universal es quien tiene la capacidad y la incumbencia de vocear, enunciar los temas de interés general. En la imaginación colectiva moderna ese sujeto es un hombre blanco, propietario, letrado y dueño de una familia, el *pater familias*. A su lado nos encontramos sus álteres, sus otros, sus defectivos: las mujeres, los indios, los negros, las personas con sexualidades no normativas, quienes tendremos a cargo hablar de los temas de interés particular. El error más grande que hemos cometido las mujeres es aceptar la minoritización. La minoritización retira carácter público y plenamente político a nuestras posiciones y enunciados. Así como a los crímenes que nos victimizan. Y esa exclusión que se deriva de la minoritización afecta la comprensión de “lo político”, binarizando el ágora en temas entendidos como centrales, de interés de todos, y temas que esta estructura minoriza, otrifica y transforma en defectivos con relación al Sujeto Universal. Y esta estructura engañosa de lo que supuestamente es político y público y lo que no lo es, empujada a los espacios parciales o de interés particular de sujetos políticos marcados, minorizados, afecta, a derecha y a izquierda, la comprensión de la política e incluso de la propia democracia.

NA: Con respecto a eso, LASTESIS se preguntan: “¿Qué viene después de la caída del patriarcado?”. Y se responden: “No tenemos idea, lo único que tenemos claro es que ahora debe arder”.

RS: Eso es muy importante porque también hay errores en las concepciones de la utopía, errores en los cuales yo también alguna vez caí. Pensar en una descripción de un futuro obligatorio, compulsivo, ha sido una trampa. Si describimos cómo debe ser el futuro de forma cerrada no podremos evitar nunca caer en alguna forma de autoritarismo. Ese futuro conocido por algunos, diseñado por algunos, vanguardias que van a enseñarle al resto hacia dónde tienen que dirigirse no podrá evitar la concentración de poder y el autoritarismo. Pensar en un horizonte de futuro abierto y las personas en camino hacia un mundo más benigno, más justo, más feliz, para más gente, es el tránsito de una revolución.

KB: En ese sentido de un ejercicio prospectivo, ¿hacia qué futuro ustedes creen que están mirando los feminismos latinoamericanos?

RS: El futuro no puede estar desvinculado del hoy y eso las mujeres lo tenemos mucho más claro que los hombres. No se pueden deteriorar las condiciones de vida hoy en aras de construir un futuro utópico.

Paula Cometa/LASTESIS: Si se consideran importantes movimientos que critican y confrontan hoy contra estructuras estatales altamente patriarcales, como el caso de Polonia, Hungría, Turquía, y si pensamos en América Latina también, vemos que la rearticulación de los territorios a escala global es una verdad. Ante eso siempre es hacia adelante, siempre es con todas las diversidades, siempre es con plena conciencia del respeto por la libertad, que también es un concepto profundamente complejo. Es un futuro que va de la mano con las nuevas generaciones y con estas redes que están atravesando continentes completos con el propósito de destruir esto que nos ha destruido y construido de alguna manera.

Sibila/LASTESIS: El aquí y ahora define la performance. La performance se define por una acción del cuerpo en un espacio de tiempo determinado en el presente. Creemos que en la performance colectiva feminista se juega una potencia política, que se vincula con la otredad, un potencial político distinto, que moviliza lo colectivo y lo político de una manera diferente a como lo hacen las masculinidades hegemónicas, de cómo esas masculinidades se posicionan en el espacio público, de cómo se vinculan con lo político, incluso con la política institucional. Ahí hay una potencia otra que a veces es difícil de comprender y de abordar e incluso de reapropiar. Es difícil que otras personas se apropien de nuestras luchas porque su propia potencia genera una disrupción, una perturbación en el campo de poder. Desde el aquí y ahora, desde nuestros propios cuerpos, desde ese territorio que habitamos hay una potencia política de cambios, de vincularnos de otra manera en el futuro y de posicionar los feminismos. La lucha feminista sin duda forma parte del futuro, nosotras creemos en el potencial transformador de la performance.

RS: A eso yo lo llamo “la politicidad en clave femenina”. Si se mira bien, las marchas de sindicatos y partidos políticos y movimientos sociales en un sentido clásico de la palabra son performances también, pero son performances muy distintas a las marchas de mujeres. Las mujeres marchan con sus cuerpos de una forma distinta: tocándose, abrazándose, vistiéndose de forma iconoclasta. La politización femenina es tópica, no utópica, es decir, prioriza el presente. Yo creo que ustedes representan esa otra politicidad. En las marchas de organizaciones de estructura patriarcal la performance es jerárquica y también bélica. No se danza ni se improvisa. La gestualidad es más medida y sigue moldes tiesos, preconcebidos. Las mujeres estamos transformando la forma de hacer política y también de ocupar políticamente el espacio público: entra el cuerpo, entra la estética, se manifiesta la vincularidad, el afecto, una erótica. Entiendo este cambio como un estallido de

una politicidad que viene de la historia de las mujeres. Para mí hombres y mujeres somos dos historias que se van entrelazando en el tiempo y que han tenido dos escenas: la pública, que es la del hombre y la del Estado, y la escena doméstica, a la que la Modernidad le apagó la politicidad. Yo digo que *maternar es político*, y la amistad también es política. El problema ha sido que con el tránsito a la colonial-modernidad la historia doméstica se privatizó, se encerró entre cuatro paredes y la cocina se hizo íntima. Sin embargo, durante muchísimo tiempo la cocina fue doméstica pero ni privada ni íntima, estuvo atravesada por la presencia de muchas personas, un espacio de la comunidad. En muchos lugares todavía es así y en la cocina se gestiona la vida y se toman decisiones de gran importancia que impactan en el destino colectivo.

Lea/LASTESIS: En nuestro caso, la capacidad de interconexión con personas de toda América Latina ha sido uno de los tesoros más grandes, compartir realidades, compartir ideas sobre el poder, darnos cuenta de que realmente la estructura patriarcal está cayendo en estas formas de colaborar, de mezclar las disciplinas. Creo que en el feminismo el futuro se está tejiendo en el presente. Aunque no nos podamos imaginar cómo va a ser el futuro feminista, este tejido está dejando las bases para un cambio universal y eso yo lo hallo brutalmente poderoso.

3. Ante el colapso ecológico (y por qué debemos comprender el carácter antropogénico de la crisis ambiental)

Enrique Leff, Jóvenes por el Clima

“Es imperativo comprender el carácter antropogénico de la crisis ambiental, y eso conlleva una ruptura en el modo de comprensión del mundo.”

Enrique Leff

“No puede haber una salida a la crisis socioambiental, al colapso climático, sin una articulación en unidad de los intereses regionales, que compartimos por tener una historia común.”

Bruno Rodríguez

“El ambientalismo popular tiene que generar un programa que trascienda la lógica institucional tradicional de los estados. Es por eso que tiene la tarea obligada de ser políticamente creativo.”

Tomás Rolandi

Nicolás Arata (NA): Las palabras, como los datos, siempre están cargadas, por eso queremos comenzar este diálogo conversando sobre cómo se nombra lo que sucede hoy con el clima y el ambiente. Lo primero a lo que atinamos, sin ser expertos en el tema, es a dirigir una mirada de sospecha sobre la noción de cambio climático que circula en no pocos espacios. Creemos que en realidad deberíamos pensar más en términos de “emergencia climática”, sobre todo cuando vemos las escenas dantescas de miles de hectáreas de bosques incendiados o de ciudades asediadas por lluvias imposibles. ¿Podemos pensar estas tragedias cotidianas, y de escala planetaria a la vez, bajo el término “cambio climático”? ¿Qué otro concepto, que otro nombre podemos utilizar para dar cuenta de esta realidad angustiante?

Enrique Leff (EL): Por cierto, la crisis ambiental, la crisis civilizatoria por la cual atraviesa el mundo, convoca a toda la humanidad y a todos los sectores sociales ante el riesgo que corre el futuro de la vida. Es un llamado a toda la humanidad a responsabilizarse ante la vida. Responder a este llamado implica comprender y nombrar de manera correcta a este acontecimiento histórico, para dar cuenta de esta angustiante realidad. Y si tal acontecimiento compromete el futuro de la vida, es seguro que los jóvenes son actores fundamentales; no solo en tanto puedan incidir en las decisiones actuales, sino porque el futuro es de ellos. Pero su protagonismo debe venir de su radicalidad. Los jóvenes deben ser críticos irreverentes

del discurso hegemónico, de aquel que se viste de verde o que simula una pretensión de radicalidad, de preocupación por la ecología, la desigualdad económica y la injusticia social.

Dicho esto, ¿cuáles son las palabras apropiadas para nombrar el acontecimiento histórico por el cual atravesamos? Cuando digo “histórico”, me refiero a que ha sido creado por la historia humana, y nos ha tocado la circunstancia de vivirlo y de posicionarnos ante él para responder al desafío que implica. Me refiero a que el “cambio climático” se inscribe dentro de una comprensión crítica de un acontecimiento histórico de alteración del metabolismo de la vida a escala planetaria. No se trata de un fenómeno estrictamente de carácter geofísico o ecológico. Dicho de otra manera: detrás del modo en que se nombran estos fenómenos se juegan estrategias de poder. El “cambio climático” condensa el carácter multidimensional, multifacético, crítico y confrontacional de una crisis sistémica, de una situación por la cual atraviesa la civilización humana y que ha sido “humanamente causada”. Al enunciar que la alteración del clima es el síntoma de una crisis civilizatoria ya con claridad ponemos el acento en que no se trata de cambios que pueden atribuirse a las circunvalaciones de la Tierra alrededor del Sol, es decir, a una normalidad de carácter físico, biotermodinámico o cósmico que estaría atravesando y contraviniendo fatalmente las circunstancias de la vida en el planeta en este momento, y frente a la cual deberíamos mitigar sus consecuencias y adaptarnos, términos que también están cargados en el sentido de que lo presentan como un proceso ineluctable, donde no nos queda sino responder darwinianamente siguiendo el principio de la supervivencia del más apto. “Adaptarnos” a esa situación le corta mucho las alas al pensamiento crítico y a una praxis transformadora para enfrentar este acontecimiento que es más que un fenómeno natural. La nominación del fenómeno “cambio climático” traza los márgenes de comprensión, las vías donde se ubica la responsabilidad, la mirada, la proyección, el hacia dónde, el qué hacer, que dependen del

diagnóstico correcto del acontecimiento. Esto resulta fundamental dado que los conceptos críticos de la sustentabilidad han sido apropiados, cooptados, desviados y pervertidos por el discurso de la geopolítica del “desarrollo sostenible”, con el propósito de invisibilizar, seducir a la razón y mitigar la angustia del “cambio climático”. Al sustituir “cambio” por “emergencia climática” no solo se subraya que el cambio es una alteración imprevista y crítica (que no es un terremoto de 3 grados, sino de 8 grados Richter); que se trata de una cuestión con visos catastróficos, de una alarma que llama a acudir al rescate o a la protección ante una secuencia de eventos que ponen en riesgo la vida; que convoca a pensar el régimen ontológico que genera tal emergencia. El dilema conceptual no se resuelve así en la opción entre cambio y emergencia climática. De la misma manera que el problema del crecimiento económico no se resuelve con el “decrecimiento”, sino con la deconstrucción de la modernidad insustentable y el tránsito hacia otros mundos posibles, fundados en otra racionalidad, en una racionalidad ambiental. La crisis ambiental no es solo alteración del clima, aunque por cierto ese es uno de sus signos más notorios, hacia el que se ha atraído la atención de la comunidad internacional. La crisis climática no solo conduce a debatir ese fenómeno en sus dimensiones sociales, como la de las desigualdades. Para comprender la complejidad de la cuestión ambiental hay que pensar que no se trata nada más de ajustar el clima, es decir, de detener por ejemplo las emisiones de gases de efecto invernadero; no se trata solo de disminuir desigualdades medidas con un patrón ya uniformizado del valor de la vida. Sobre todo es imperativo comprender el carácter antropogénico de la crisis ambiental, y eso conlleva una ruptura en el modo de comprensión del mundo, de la vida, de lo que es la humanidad, de la intervención de lo humano sobre el orden de la vida. Decir esto es apenas empezar a abrir uno de estos ejes de la diversidad de cuestiones que pueden nombrarse a través de otras palabras, de otras categorías y conceptos, que refieren a lo que en síntesis he llamado

la complejidad de la cuestión ambiental, del régimen ontológico del capital que gobierna al mundo y conduce hacia la degradación de la vida. La crisis ambiental, climática, no solo apela a algunos protagonistas, a algunas mentes lúcidas o a algunos tomadores de decisiones. Es un acontecimiento que llama a toda la humanidad a comprenderlo y a posicionarse ante él. Y a mí me interesa enormemente, más allá de escuchar los discursos de los tomadores de decisiones o de sectores académicos que analizan distintos aspectos de este fenómeno multifacético, cómo la juventud lo está viviendo y cómo logra pensarlo y articularlo, y qué podrá transmitir a las generaciones que siguen en tanto que haya, y habrá seguro, vida que salvar en el planeta; cómo se ponen en juego las vías de sustentabilidad ecológica de la biosfera, pero sobre todo los sentidos existenciales de la vida humana.

Bruno Rodríguez/Jóvenes por el Clima (BR): Me parece muy interesante el interrogante que se plantea porque se refiere a un proceso que se viene desarrollando en los últimos años, que es la resignificación del sentido común sobre la militancia socioambiental en el imaginario colectivo. Cuál es la percepción del público frente al activismo ambiental. Históricamente en la Argentina y en el mundo incluso, la imagen que se difunde sobre el ambientalista tiene que ver con el defensor del patrimonio natural, el conservacionista, el activista que antepone la protección de los ecosistemas a las problemáticas de la realidad social y económica de sus comunidades. Yo creo que la irrupción de la juventud en el escenario de la militancia socioambiental supo romper con esa percepción dominante a partir de los instrumentos que nos provee el pensamiento latinoamericano de la ecología política y que nos preceden en esta construcción de narrativas radicales de la ecología profunda. En primera instancia, creo que para responder a cómo nombrar al fenómeno que hoy nos azota debemos entender esta cuestión, la resignificación de la militancia socioambiental, porque eso nos da

pie a instalar el hecho de que, para la juventud, el cambio climático es equivalente a una catástrofe social sin precedentes. El cambio climático tiene nombre de crisis. A nivel internacional se foguea mucho la idea de que es una crisis que viene a hipotecar nuestro futuro, pero poco se habla de las consecuencias presentes que ya vemos que se materializan sistemáticamente sobre los territorios más afectados por este fenómeno. Esas consecuencias tienen que ver con el ensanchamiento de las brechas económicas, con la profundización de las desigualdades sociales, con la consolidación de los circuitos de la reproducción de la riqueza y, por supuesto, de su concentración. Recordemos que el 1% de la población más rica emite más del doble del dióxido de carbono que la mitad más pobre en todo el mundo. Entonces, estamos hablando de una problemática atravesada por un componente de clase, por un componente de género, por un componente étnico y por supuesto por un componente que hace a las asimetrías geopolíticas entre Norte y Sur. No es el mismo nivel de virulencia el que se manifiesta en los territorios del hemisferio sur cuando vemos que se produce una inundación o avanzan las olas de calor y el que podemos ver en países industriales centrales que tienen condiciones de resiliencia ambiental mucho más solidificadas. Entonces, me parece que, por más colapsista que suene, la narrativa debe hacer referencia a la magnitud del problema, la crisis, la catástrofe, la hecatombe, la debacle. A partir de este análisis, yo creo que el potencial transformador de nuestra generación se profundiza porque ya se nos coloca en un lugar en el que tenemos la obligación de definir las condiciones del mundo del futuro. Y eso necesariamente nos hace partícipes de las transformaciones que hoy, en este presente, se deben llevar adelante.

Con la irrupción de la juventud vimos cómo el cambio climático, la crisis climática y ecológica, nos otorgó la oportunidad de abrir muchísimos debates. Debates vinculados, por ejemplo, a la responsabilidad diferenciada de los distintos estados en el marco de las negociaciones multilaterales que se

dan para actualizar los compromisos de acción climática en materia de mitigación y adaptación. Una demanda histórica como es la lucha por el reconocimiento legítimo de la deuda ecológica contraída con el Norte por el Sur ha cobrado una visibilidad mucho más fuerte que en años anteriores. Y la resignificación también pasa por la visibilización de otros actores sociales a los que históricamente siempre les costó más formar parte del centro del debate por cuestiones identitarias que hacen a las relaciones de poder. Hablo de pueblos originarios, hablo de movimientos campesinos, hablo de trabajadores y trabajadoras organizados y organizadas en la economía popular, hablo del movimiento obrero organizado, hablo de las distintas militancias emergentes que en la actualidad también encabezan la juventud como son los feminismos. Creo que a partir de la intersección de esas luchas sociales se potencia de una manera superlativa la capacidad del ambientalismo popular en la Argentina y en toda América Latina.

NA: Decíamos que la situación de colapso ambiental introdujo nuevas fracturas, nuevas formas de desigualdad en nuestras sociedades. Frente a esto, Enrique, has promovido una racionalidad ambiental en la que el rol del Estado es central para poder establecer una economía sustentable. ¿Es posible que un Estado moldeado en el paradigma neoliberal, como han sido moldeados todos nuestros estados en América Latina, sea capaz de gestar un modelo de desarrollo que regule el mercado y que piense en esa sustentabilidad?

EL: Si debo dar a tu pregunta una respuesta sintética, mi respuesta es no. Estamos ante un acontecimiento crítico extremo que demanda una resignificación, una recomposición del mundo donde pueda proliferar la vida. Estamos viviendo dentro de un régimen ontológico que se ha erigido por encima de las condiciones de la vida; de un régimen totalitario que gobierna al mundo y lo conduce hacia la muerte entrópica del planeta. Más allá de los regímenes políticos au-

tocráticos donde no hay democracia posible, el régimen del capital ha conducido a una crisis civilizatoria. En la lógica de este proceso que induce la muerte de la vida, el concepto de ambiente emerge como la externalidad, como la otredad del logocentrismo de la ciencia, como lo otro de la racionalidad capitalista, como lo no pensable dentro de este régimen ontológico, dentro de este molde y este modelo de comprensión, del modelo económico que ha dado forma al cambio climático al cual se pretende adaptarnos dentro del mismo régimen de racionalidad que lo está ocasionando. Lo que señala la racionalidad ambiental es justamente la necesidad de darle la vuelta al guante, de mirar desde afuera y no solo algo que está circunscripto dentro de un orden controvertible. Se trata de mirar este acontecimiento desde afuera porque afuera está lo que ha olvidado el régimen ontológico y epistemológico de la racionalidad que gobierna al mundo. Ese afuera que llamamos ambiente no es el paisaje, no es el entorno en el cual evolucionan los organismos vivos y tienen que someterse a las condiciones de selección del ambiente. El ambiente es lo impensable desde el régimen de racionalidad que gobierna al mundo y que lo gobierna desencadenando las fuerzas negativas de la vida. Lo que estamos haciendo es matar la vida en el planeta, desorganizarla, destruir la compleja trama ecológica de la biosfera.

La racionalidad ambiental es el sintagma disyuntivo, es la trinchera que desde afuera nos permite mirar de manera crítica el orden del logos, de las ideas, de los paradigmas, de los moldes de racionalidad con los cuales vemos al mundo. Me entusiasma ver que un joven como Bruno tenga la capacidad de incorporar, de decantar, de destilar el discurso que viene del pensamiento social crítico para llevarlo al campo del ambientalismo, de la ecología política. Pero (porque si no hay un pero no hay esperanza...) el tema es cómo se pueden construir esos otros mundos sustentables posibles desde ese "afuera", desde la exterioridad y la otredad del ambiente. La racionalidad ambiental está fundada en tres principios. El pri-

mero es el de la diversidad, de la multiplicidad, que es el principio radical de la vida. La vida es múltiple, es producción, es la evolución creativa de lo múltiple. El mundo en el que vivimos, este mundo globalizado, gira alrededor de un principio unificador, dominante y universalizante, que reduce todo lo existente al valor del mercado. Cuando lo proyectamos al futuro, lo que percibimos es la destrucción de la vida. Pero la aspiración de la vida es ir hacia un mundo donde cobre derecho existencial la diversidad, lo múltiple de la vida, no la reducción a un concepto, y menos aún a un valor económico. El segundo principio es una política de la diferencia; el tercero, una ética de la otredad. Estos tres principios están indisolublemente articulados, lo cual es importante incluso cuando creemos que estamos mirando con toda radicalidad las desigualdades sociales. El derecho a la igualdad no puede pensarse como igualdad de lo mismo; vivimos en un mundo de diversidad y la justicia ambiental reclama el derecho existencial de las diferentes formas de la vida y los diferentes modos de vivir la vida: lo justo en lo múltiple, en lo diferente. La racionalidad ambiental interpela de manera crítica al Estado nación; a un Estado que no solo está moldeado por el capitalismo neoliberal, sino que está colonizado por su mentalidad, por un esquema de comprensión del mundo que deriva después en el conformismo de ubicarse dentro de una realidad que parece incontrovertible: el de un mundo global gobernado por el mercado. Hoy, la ecología política abre un espacio de reflexión y de actuación en el cual el pensamiento de la igualdad se despliega hacia la igualdad de derechos, de los derechos a la existencia de lo múltiple. Las reivindicaciones de género, por ejemplo, no solo feministas, son una muestra muy evidente del derecho de crear, de reivindicar cada quien su identidad de género con todos los colores del arco iris. La política de la diferencia habla también de la instrumentación de una justicia en la cual esa diversidad, esa multiplicidad de lo existente y de lo vivo, puedan convivir. La racionalidad ambiental plantea el dilema de cómo convivir en la diferencia.

¿Cómo se resuelven en el campo de la ecología política los conflictos socioambientales, las confrontaciones de visiones e intereses no solo diferentes sino totalmente contrapuestos? ¿Cómo se dirimen de manera pacífica? Aquí hay un giro también fundamental en la comprensión y el respeto a la vida, porque no estamos reivindicando la violencia como una razón justificada del cambio histórico, de la lucha de clases, tampoco la exacerbación de las contradicciones en los conflictos socioambientales como el camino a la trascendencia histórica hacia un ecosocialismo. Estamos hablando de una transición histórica quizás más difícil que plantea la pregunta de cómo resolver las controversias mientras vamos creando un mundo más acorde con las condiciones de la vida, sin tener que exterminar al otro, al contrincante, lo cual entraña una ética de la vida. Ese es el otro pie fundamental de la racionalidad ambiental: la ética de la otredad, cómo convivir con una otredad que no solo implica la diferencia, sino el no saber del otro, de la otra, del otro que traemos dentro. Rimbaud decía “yo soy otro”. Hay algo otro que yo no comprendo que me habita y determina lo que yo soy, eso que rompe con el esquema cartesiano de “pienso luego soy, pienso luego existo”, esta idea de que, a través de la razón, del intelecto, íbamos a alcanzar un estado del Iluminismo de la razón que nos iba a traer la transparencia del mundo. La crisis ambiental, esta crisis civilizatoria, es una crisis de esa razón, de ese modo de comprensión del mundo, que ha fracasado. Se trata de aprender a convivir con lo que no sabemos, con lo que no podemos llegar siquiera a entender, y aun así vislumbrar las condiciones de la vida y encaminarlas para que sobreviva, para darle sustentabilidad. Entonces, con todo esto me estoy refiriendo a muchas raíces que quizás estaban cubiertas por el follaje, pero que hablan de la tremenda complejidad de dar este giro civilizatorio. Y en efecto tenemos el problema de estos estados, no solo los más totalitarios sino también los que se declaran hasta socialistas o progresistas, que no entienden que la transformación civilizatoria que reclama el mundo de hoy no se refiere solo a

reducir las desigualdades económicas. Ningún gobierno puede pensar en reducir esas desigualdades sin advertir que eso no se puede hacer explotando más el petróleo, los hidrocarburos, lanzando más gases de efecto invernadero a la atmósfera o a través de megaproyectos de desarrollo por encima de las condiciones ecológicas de los territorios, de soluciones de mercado a los desequilibrios ambientales, y de decisiones por encima de la autonomía de las comunidades. Por el contrario, es necesario un cambio de racionalidad en el modo como producimos para que los seres humanos puedan comer lo necesario para sostener sus organismos y desarrollar sus habilidades, sus aspiraciones estéticas, eróticas y existenciales, sus opciones de vida y sus derechos existenciales. Obviamente, estos estados no tienen ni la más remota idea de la radicalidad de lo que entraña este pensamiento para orientar una transformación civilizatoria. Yo no diría estas cosas frente a los gobernantes porque a priori no lo entenderían, no están dispuestos a hacerlo, pero sí esperaría que los y las jóvenes se abrieran a estas ideas, porque son ellos quienes podrán articularlas a través de proyectos, de procesos sociales que encaminen sus reivindicaciones vitales dentro de estos principios de la vida, donde la idea no es solo protestar contra las mineras, contra los transgénicos, algo que por supuesto hay que hacer para evitar que sigan generando los males que generan, sino también para abrir los cursos de la vida hacia esos otros destinos, hacia otros mundos de vida.

NA: Creemos que ustedes como generación son quienes mejor enuncian el problema al que nos estamos enfrentando y que además lo hacen de un modo muy contundente. Dicen “somos la generación que más va a sufrir las consecuencias del abuso ambiental por parte de las grandes corporaciones contaminantes y somos la última que puede hacer algo”. Entonces, ¿cuál es la especificidad de un movimiento juvenil ambientalista, en qué tradiciones y luchas sociales se identifican, y con cuáles de ellas dialogan?

Tomás Rolandi/Jóvenes por el Clima (TR): Creo que, de manera muy sintética, se trata de una mirada que por un lado vuelve su atención hacia el pasado y recoge de ahí tradiciones históricamente representativas para los sectores más postergados en Latinoamérica, pero que además –y con un especial énfasis– mira hacia el futuro, en el sentido de construcción de una alternativa viable en el corto plazo, atendiendo la urgencia de la que venimos hablando. Es un movimiento que en ese sentido tiene similitudes con el feminismo y replica esa doble mirada, que propone un examen crítico de las condiciones culturales, económicas, sociales y políticas que nos trajeron hasta acá y aquellas que debemos implantar en el mundo para alcanzar una salida colectiva. De ningún modo podemos resignarnos a la posnormalidad crecientemente apocalíptica en la que vivimos. El ambientalismo popular tiene el enorme desafío de constituirse como un sujeto político que lleve adelante la lucha en favor de la defensa del medio ambiente y la justicia social al mismo tiempo que atienda a la especificidad del siglo XXI y el nivel de degradación en el que estamos viviendo. Me parece que en ese sentido tiene mucho de novedoso y necesariamente debe generar un programa que trascienda la lógica institucional tradicional de los estados. Es por eso que está obligado a ser políticamente creativo. Es habitual que muchos movimientos sociales, a medida que se van constituyendo o se van instituyendo a través de las lógicas existentes del Estado, vayan perdiendo potencia y originalidad. Creo que uno de los desafíos más importantes que tiene la juventud y el ambientalismo popular es trascender esas instituciones, romper la inercia –en muchos casos la miopía– que las sostiene. Quizás ya no se trate únicamente de desarrollar políticas públicas viables, sostenibles y en verdad transformadoras a través de las instituciones existentes, sino de pensar cómo transformar esas instituciones para que las políticas públicas –las múltiples transiciones que necesitamos– tengan lugar. Esa inversión me parece muy importante. Ninguna de las formas en las que está concebida la repre-

sentación política actual –cuyo rasgo distintivo fundamental es una profunda impotencia– podrá resolver los miedos, por un lado, ni las amenazas reales, por el otro, que genera el enfrentamiento con los límites físicos de nuestro planeta y sus posibles desequilibrios sistémicos.

BR: La hoja de ruta que propone el ambientalismo popular y las distintas expresiones de resistencia socioambiental tienen nombre de transición. Es el detalle de los cambios estructurales que queremos que se materialicen en el corto plazo y que son de proporciones épicas, y tienen que ver con la idea de transición ecosocial. Si hablamos de cambio climático los dos *drivers* más importantes en cuanto a la generación de gases de efecto invernadero los encontramos en el sector energético y en el sistema de producción de alimentos. Las reformas que se deben introducir en esos sectores productivos son realmente monumentales. Cuando hablamos de transición energética no solo hablamos de transformar la producción y el consumo en la energía actual y la fuente que se termina explotando para ese circuito, sino que también hablamos de un cambio muy profundo en la matriz económica de los estados. Y por eso hablamos de transición energética justa, por eso hablamos de la necesidad de incluir a los trabajadores y a las trabajadoras en este proceso de cambios tan profundos. Ni hablar, por ejemplo, si en América Latina nos centramos concretamente en el debate vinculado al modelo productivo basado en la explotación de la tierra. En la Argentina sabemos muy bien que, a raíz de la primarización de nuestra economía, las actividades productivas que son intensivas en recursos naturales mayormente forman parte del sector primario, es decir de la agroindustria. Y no solo podemos ver la depredación ambiental de ese sector en más del 30% de generación de gases de efecto invernadero, sino también en la utilización excesiva y desmedida de recursos naturales en estos procesos: la utilización del agua, la infertilidad que se produce en los suelos y la dificultad futura para la producción de

alimentos. Creo que la idea de transición ecosocial involucra distintos elementos que normalmente se nos pasan por arriba. La pregunta interesante es cuáles son las tradiciones del pasado sobre las que se sostienen estas nuevas narrativas. Los procesos de lucha que reivindican las juventudes argentina y latinoamericana son aquellos emancipatorios y de liberación. En cada proceso de grandes transformaciones estructurales la juventud en la Argentina estuvo a la vanguardia. Lo vimos durante la reforma universitaria a comienzos del siglo XX, durante el Cordobazo a fines de los años sesenta, incluso en el estallido social neoliberal que significó el 2001 y forjó las bases del movimiento piquetero. En todas estas expresiones en la vida política del país se pueden recoger muchísimas herramientas, insumos propios de esas experiencias militantes que se trasladan a la construcción de nuevas militancias políticas, como lo son las expresiones del ambientalismo. Pero por supuesto sin mantenernos en el sendero de la ortodoxia, de sostener todas y cada una de las características que hicieron a esas luchas, sino transitar el sendero la renovación, la resignificación de la propuesta de un nuevo modo de transformar la realidad.

NA: Promovemos mucho la idea de la integración regional y lo hacemos desde numerosos tópicos, entre los que por lo general solemos destacar las dimensiones económicas o políticas, pero son pocas las voces que se alzan para reivindicar una integración que se piense en clave ambiental. ¿Puede Latinoamérica construir una posición común frente a esta crisis ambiental? ¿Qué sentido tiene pensar regionalmente un problema que es global? ¿Cuáles podrían ser algunos de los tópicos de la agenda climática mirada desde nuestra región?

EL: Tradicionalmente América Latina ha sido identificada como lugar de enunciación de algunos discursos y posicionamientos teórico-políticos, sobre todo de carácter económico, sin que ello haya implicado la implementación de estrategias

de integración como un bloque regional unificado. Tal ha sido el caso del pensamiento cepalino sobre la dependencia y, aunque seguimos siendo parte de un Tercer Mundo, de una periferia, surgió un pensamiento crítico en el ámbito de la política económica. Mas en la realidad se cuestiona si realmente podemos pensar América Latina como un bloque cuando han surgido gobiernos con banderas, estrategias y políticas no solo diferenciadas, sino muy contrastadas, unas más neoliberales y otras más progresistas, unas más a la izquierda y otras mucho más de derecha, unas más democráticas y otras más autoritarias y dictatoriales, a lo largo de toda la historia poscolonial e independiente de las naciones. El intento de Hugo Chávez de formar un bloque progresista de izquierda antiimperialista (el ALBA) fue el caso más reciente. La pregunta es si en el caso del ambientalismo se puede pensar en términos de un bloque, de un pensamiento y estrategias comunes. Déjame decir esto: una cosa es cómo se enfocan en la práctica las respuestas gubernamentales frente al cambio climático, qué se hace en cuanto a política concreta y real. Todos los gobiernos que han generado sus espacios ambientales, sus secretarías o ministerios de medio ambiente van instrumentando con ciertas variantes sus respuestas para el cumplimiento de los Principios de la Agenda 21 o de las Metas del Milenio, de los Acuerdos de París, de todos esos acuerdos internacionales a los que se adhiere, de esas directrices que no son vinculantes. Ese es un ámbito, el de la intervención del Estado, de los gobiernos, donde con sus variantes van respondiendo dentro del marco del discurso y los condicionamientos de la geopolítica del desarrollo sostenible, sin que ello implique un acuerdo o una estrategia adoptada como un bloque de estados independientes. Pero hay otra mirada sobre la originalidad y el carácter del pensamiento ambiental latinoamericano, sobre la comprensión de la crisis ambiental y sus vías de resolución, del pensamiento vinculado a los movimientos socioambientales, sobre las perspectivas abiertas por la ecología política latinoamericana. En ese sentido nosotros

reinvidicamos hace muchos años la idea de un pensamiento ambiental latinoamericano, sin que ello implique que todos los intelectuales, académicos y activistas del ambientalismo se inscriban en una teoría única y una praxis común. Pues lo que caracteriza al ambientalismo es justamente su diversidad, como la vida misma.

Esto me remite a un paréntesis histórico y anecdótico. Hacia principios de los años ochenta surgió un grupo latinoamericano de los primeros pensadores, científicos e investigadores ambientalistas, del cual una buena parte eran argentinos. Entre ellos se destacan personalidades emblemáticas y fundamentales, como Rolando García, Jorge Morelo, Gilberto Gallopin, Héctor Sejenovich, Hebe Vessuri, Pablo Gutman, Roberto Fernández, Mario Roviroso. A lo largo de muy frecuentes reuniones y seminarios, de encuentros y diálogos creativos, de reflexiones pausadas y profundas, fuimos plasmando ideas, afinando el pensamiento, abriendo la cabeza para responder al desafío de pensar la crisis ambiental. Tal esfuerzo común dio como resultado un primer libro colectivo que fue fundamental para el pensamiento ambiental latinoamericano, publicado bajo el título de *Los problemas del conocimiento y la perspectiva ambiental del desarrollo*, que tuvo su primera edición en 1986.¹⁵ Ahí nos atrevimos por primera vez a hablar de un pensamiento ambiental latinoamericano, y creo que es una herencia que ha atravesado los años y ha llegado hoy al campo de la ecología política. Es decir, hay una perspectiva de análisis y comprensión de la cuestión ambiental, de principios epistemológicos, condiciones ecológicas y culturales, de procesos políticos y sociales, que se piensan con mayor lucidez y radicalidad desde América Latina. Y me atrevo a creer que los autores de la ecología política a nivel internacional no dudarían en reconocer que es así. Entonces, con

15 E. Leff (coord.), *Los problemas del conocimiento y la perspectiva ambiental del desarrollo*, México, Siglo XXI, 2000.

todas las diferencias que pueda haber en cuanto al grado de organización de los movimientos sociales o las respuestas a las problemáticas puntuales, que tienen que ver con las diferencias de los regímenes gubernamentales en los distintos países, hay un campo de la ecología política latinoamericana inscripta y reconocida como un pensamiento regional, aun con sus diferencias. Hay un marco general que compartimos de percepción y de construcción del pensamiento y de la praxis del ambientalismo crítico. Aprecio mucho que allí se inscriba el activismo socioambiental de la juventud latinoamericana. En ese sentido, la respuesta de los jóvenes latinoamericanos no puede ser nada más reclamarle a los gobiernos o a la generación de sus padres o abuelos su irresponsabilidad ante el mundo que les estamos legando. La respuesta tiene que ser desde su propio compromiso, desde su propia creatividad, y es ahí donde yo veo que la riqueza y el potencial de la ecología política latinoamericana no solo se está arraigando a través de los movimientos populares, sociales, de los pueblos de la tierra, de las comunidades tradicionales, indígenas, campesinas, sino que se está transmitiendo también en el alma, el corazón, el pensamiento y el compromiso de nuestra juventud. Y, por experiencia lo digo, ahí los vientos del Sur atraen y se van filtrando en un activismo muy prometedor para esa transición histórica que hoy en día es condición de la salvación de la vida en el planeta.

BR: Creo que la necesidad de luchar por el reconocimiento legítimo de la deuda ecológica contraída por el Norte con el Sur es una arista sumamente importante y trascendental para los países de la región, que puede abonar a la pavimentación de la unidad regional. No puede haber, de ninguna manera, una salida a la crisis socioambiental, al colapso climático, sin una articulación en unidad de los intereses regionales, que compartimos por tener una historia común. La historia de América Latina es una historia de cinco siglos de saqueo. Al tener una historia compartida es completamente ilógico ac-

tuar de manera disgregada. Los compromisos ambientales que asumen nuestros países para transformar patrones de producción y de consumo no van a generar un cambio profundo en la escala global de la crisis climática si las transformaciones más radicales no se concretan en los países industriales que históricamente aportaron más a la situación crítica. Entonces, el pedido tiene que devenir sí o sí en una expresión regional, y siempre que América Latina tuvo acercamientos a esa utopía de unidad plena las conquistas sociales que se generaron fueron de gran trascendencia. Los ciclos populares latinoamericanos, a los cuales critico muchísimo por su falta de incorporación de las problemáticas ambientales en las agendas de expansión de derechos sociales, actuaron en unidad y lograron cambios materiales realmente profundos y ostensibles. Si hablamos en particular de ecología política, de compromisos ambientales, de acción climática, esa unidad se tiene que profundizar, porque contiene en su genealogía las luchas de la resistencia contra los embates coloniales que encabezaron los pueblos originarios de América Latina, y las resistencias territoriales que hoy se encuentran enfrentando a los agentes foráneos que quieren implementar proyectos extractivos que destruyen por completo a nuestros ecosistemas. Lo vemos en la Argentina, por ejemplo, con los distintos casos de las resistencias frente a la megaminería, donde la complicidad de los gobiernos locales también abona a esa lógica de la colonialidad del poder, que es una lógica que necesariamente tenemos que romper.

NA: Enrique, has sostenido que la problemática ambiental emerge como modo de crisis de civilización de la cultura occidental, de la racionalidad moderna, de la economía del mundo globalizado. En esa dirección, ¿cómo se desmonta una crisis que está tan entramada en el modelo de sociedad en el que vivimos?

EL: Hay que decirlo muy sintéticamente: esta crisis es del pensamiento. La crisis ambiental muestra la dificultad del ser humano para comprender y comprenderse dentro de las condiciones de la vida. La degradación ambiental no es un fenómeno propiamente ecológico, aunque se manifiesta a través de procesos biotermodinámicos. La destrucción ecológica del planeta a la cual está asociado el cambio climático ha sido inducida por el modo de incompreensión de la vida, por los modos de ser y vivir dentro de la vida que han sido colonizados por el pensamiento occidental, metafísico, científico. Desmontar esa historia de la metafísica implica deconstruir el pensamiento hegemónico. Pero esa deconstrucción hermenéutica tenemos que llevarla varios pasos adelante del pensamiento crítico europeo que ha abordado la deconstrucción del pensamiento. No se trata nada más de ver cómo ha venido operando el pensamiento como voluntad de poder y de dominio sobre la vida, y dónde están sus fallas. Hay que analizarlo desde la perspectiva de la descolonización del pensamiento y a través de un pensamiento creativo a partir de otros principios que permitan verlo desde afuera, desde la otredad que he evocado, para incluir también lo propio de las tradiciones de las culturas aborígenes, de las culturas indígenas de nuestro territorio, de lo que ha legado el propio pensamiento crítico latinoamericano y del Sur. Hay un compromiso, una responsabilidad, una condición esencial que no podemos esquivar y que es nuestra responsabilidad ante el pensamiento. No se puede actuar contra el cambio climático o contra la crisis civilizatoria sin pensar. Hay que pensar las estrategias de transición. Esto no se hace desenvainando la lanza y combatiendo en las calles y protestando, aunque eso sea una parte fundamental de las manifestaciones populares contra el estado de cosas del mundo. Hay que pensar. Hay que resignificar, hay que reconstruir la comprensión de la vida, sobre todo, de la vida social y de la convivencia con la naturaleza. Desde esa manera de repensar las condiciones de la vida y de la convivencia social podremos dar el paso, cruzar

el puente hacia ese otro lado, hacia el futuro de los mundos de vida posibles.

NA: En numerosos países de América Latina contamos con marcos legales actualizados con relación al cuidado del ambiente y la naturaleza. Sin embargo, su cumplimiento deja muchísimo que desear. ¿Cuáles son las deudas de una política pública ambiental en la Argentina y en la región?

BR: La Ley de Cambio Climático fue aprobada en 2019 por la Cámara de Diputados y la Cámara de Senadores en la Argentina. Es la ley que establece presupuestos mínimos para las acciones de mitigación y adaptación del cambio climático, y sienta las bases institucionales de esta discusión en el Estado. Puedo hablar de su falta absoluta de implementación efectiva. Se aprobó justo después de haber logrado que la Argentina fuera declarada en emergencia climática y ecológica, el primer país en América Latina en avanzar en esta dirección y el cuarto a nivel mundial en julio de ese año. Esta ley es autoría de un luchador incansable de la militancia socioambiental argentina que fue Fernando Pino Solanas. Me parece que su reivindicación es simbólica sobre todo porque no es una ley que venga a cambiar de manera rotunda las condiciones sobre las que se discute la política pública socioambiental. Es una ley que sienta bases institucionales. De todos modos, tiene un articulado muy interesante con respecto a la participación de la sociedad civil en la auditoría de los procesos de implementación de estas políticas. Se establece que deben participar pueblos originarios, referentes de estos sectores, referentes de la academia, de la ciencia climática, de la ciencia nacional, jóvenes e integrantes de las organizaciones independientes de la sociedad civil con trayectoria marcada en el trabajo socioambiental. Es una ley muy interesante pero todavía estamos impulsando su correcta implementación porque cambiamos de gobierno pero lamentablemente la calidad de la ejecución de las políticas públicas sigue siendo muy baja.

TR: Los argumentos en contra tienen que ver con asociar la regulación o la prohibición de ciertas prácticas con el subdesarrollo o la imposibilidad de crecimiento de la economía tal cual la conocemos. Se vincula, de un modo falaz, la insuficiencia del desarrollo argentino con el exceso de protección legislativa sobre los bienes comunes.

NA: ¿Qué escenarios de futuro podemos promover de cara a un tiempo por venir que, sin correr nos ni medio centímetro de la gravedad que sabemos que nos acosa, pueda ofrecer una mirada comprometida con una vida mejor?

EL: El futuro es siempre enigmático. Empezaste esta charla diciendo que las palabras están cargadas, pero también lo están las inercias de la historia. El régimen ontológico y los regímenes gubernamentales que gobiernan este mundo están muy inclinados, casi doblegados, por esa historia. Es decir, que la sustentabilidad del capital incluya la sustentabilidad de la vida suena como un despropósito, como un imposible. Se habla de transiciones energéticas, de energías limpias, de defender la democracia, de defender los derechos de los pueblos; hay legislaciones, normas y principios muy generales para conducir al mundo hacia la sustentabilidad de la vida, incluso si los acuerdos internacionales fueran vinculantes y fueran adoptados de manera mayoritaria por los gobiernos del orbe, pero la implementación de esos principios deja mucho que desear. La sustentabilidad ecológica y la justicia ambiental están muy lejos del punto mínimo en el cual podríamos aspirar a una civilización fundada en las condiciones de la vida y en la dignidad de la vida humana. Ante esto, ¿cómo mirar el futuro? Cuando nos dicen desde las altas esferas de la toma de decisiones que a la humanidad le quedan diez años para contener el cambio climático suena casi como una burla o una muestra de ignorancia. La transición hacia la sustentabilidad no va a suceder dentro de los dispositivos cognitivos de la racionalidad instrumental del capital. No cabe la ecología ahí, no cabe

suficiente ecología. No hay manera de armonizar la sustentabilidad ecológica con la sustentabilidad de la reproducción ampliada del capital, para decirlo en términos sintéticos y conceptuales. Entonces, ¿dónde está el punto más crítico de esta crisis civilizatoria? Creo que la crisis en el campo de la ecología política se manifiesta en conflictos territoriales. El planeta como objeto de apropiación del capital o los territorios de vida de lo que llamo “los pueblos de la tierra”. Y pongo el acento en los pueblos de la tierra y no en la ciudadanía planetaria porque creo que es ahí, en los territorios rurales de estos pueblos, donde es posible generar una transformación en el modo de apropiación y transformación de la naturaleza de manera sustentable. Creo que el giro hacia la sustentabilidad debe arraigar en un principio fundamental, que es el de los derechos humanos. Pero no los derechos humanos genéricos, sino en los derechos de los pueblos a sus territorios de vida, su derecho existencial, su derecho a reconstituir sus territorios de vida. Considero que es ahí donde deberíamos enfocar nuestras mayores energías, en la defensa de esos espacios, en vincularnos a sus procesos de emancipación y de resistencia; en no creer que nosotros somos los protagonistas salvadores del planeta a través de nuestro pensamiento, nuestro actuar, sino de concentrar esa acción en esos pueblos que al reapropiarse de su patrimonio biocultural pueden mostrar al mundo la capacidad de la humanidad para vivir, para habitar el planeta en las condiciones ecológicas, termodinámicas, simbólicas, culturales de la diversidad de la vida. Si hay que concentrar la mirada y trazar la esperanza en algún sentido, yo la colocaría en esta perspectiva de una apuesta por la vida.

BR: Creo que la agenda a futuro en la Argentina y en América Latina está muy vinculada a la capacidad que tengamos los jóvenes y los distintos movimientos socioambientales de condicionar las hojas de ruta que redactan nuestros tomadores de decisiones. Específicamente en el caso argentino creo que el desafío más importante es el de influir en los procesos de

negociación de la deuda externa con el reclamo por el reconocimiento de la deuda ecológica. Quiero ser muy insistente con esto. El cambio climático, la crisis climática y ecológica, también son factores elementales para dirimir cómo la Argentina se va a insertar geopolíticamente, y creo que la deuda ecológica es una herramienta para explotar en ese sentido, para hacer que nuestra inserción geopolítica defienda la soberanía sobre nuestro patrimonio natural sin que esto signifique una licencia para autodestruirnos. Muchos de los gobiernos populares del ciclo latinoamericano, en las Cumbres Internacionales de Cambio Climático, solían esbozar una defensa muy fuerte de los derechos de la soberanía, pero hacia adentro se profundizó el aspecto extractivo de sus modelos productivos. Por eso me parece que ahora, en la Argentina, está cambiando de alguna manera esa narrativa que incluso condiciona al gobierno a ser un poco más agresivo a la hora de plantear este tipo de cuestionamientos a los países centrales, a los países que conforman los directorios de los organismos de crédito internacional que hoy son nuestros acreedores financieros, pero que en realidad son nuestros deudores ambientales y nos conceden la categoría de acreedores ambientales a nosotros.

TR: A modo de cierre, lo fundamental, y creo que se vincula con lo que empezamos hablando, es tomar lo ambiental, la naturaleza e incluso el planeta como un terreno de disputa, atendiendo a las tramas de desigualdades y de diversidad de intereses que lo atraviesan. No borrando su historia, en particular en Latinoamérica, atendiendo justamente a la inserción geopolítica, pero tomando a lo ambiental y a la lucha por la defensa de nuestros territorios como un eje vertebrador de la definición de las políticas públicas y no como algo externo que es necesario adosar a todas las medidas que se tomen. En otras palabras, la cuestión ambiental no está al final del recorrido sino al principio. Y me parece que, de cara al futuro, es fundamental tener eso en cuenta y que eso sea un factor

decisivo tanto en el pensamiento de las nuevas matrices energéticas, de los nuevos patrones de consumo, de los nuevos imaginarios sociales y culturales. Esa inversión del lugar que ocupa lo ambiental es uno de los desafíos más importantes que tiene la juventud en términos de construcción política hacia adelante. Eso me parece crucial.

4. El derecho a migrar (y por qué el actual orden global ha contribuido a crear un clima de xenofobia)

Gioconda Herrera, Camila Maia

“Riesgo *versus* seguridad individual parece ser una nueva forma de desigualdad que está cruzada muchas veces por la condición migrante.”

Gioconda Herrera

“En sociedades sin un horizonte o un ideal igualitario, con problemas sociales graves, siempre va a haber grupos a los que se acusa y se atribuye la culpa.”

Camila Maia

Nicolás Arata (NA): La primera pregunta que nos gustaría formularles tiene que ver con una cuestión que en los últimos años ha marcado de manera muy fuerte no solo la agenda de los organismos de derechos humanos sino también la agenda de las ciencias sociales, y es la creciente complejización de las dinámicas migratorias en América Latina y el Caribe. Si bien la región estuvo signada históricamente por una tendencia a la migración hacia Europa y los Estados Unidos, según los especialistas en las últimas décadas comenzó a convertirse en un espacio de tránsito y de recepción de flujos migratorios intrarregionales y globales. Este nuevo fenómeno coexiste con, y al mismo tiempo está afectado por, un incremento de políticas migratorias restrictivas que imponen muchas veces costos y requisitos imposibles de cumplir para los visados, la securitización y militarización de las fronteras y el consecuente aumento de deportaciones, tensiones y retornos forzados, la multiplicación de centros de detención y también rebrotes sociales de xenofobia y racismo. ¿Se puede caracterizar el momento histórico que vivimos como un tiempo especialmente marcado por una posición general antiinmigratoria? En ese sentido, ¿qué papel jugaron los estados latinoamericanos en los últimos años alrededor de estas cuestiones?

Gioconda Herrera (GH): En primer lugar, creo que es importante caracterizar el momento migratorio que vive América Latina en un plazo más largo. América Latina ha sido una re-

gión de inmigración y no solo de emigración; esa memoria es importante en el momento actual en el que vemos otra vez procesos de inmigración muy importantes y sobre todo masivos: estoy hablando de la salida de centroamericanxs a los Estados Unidos, de la migración venezolana hacia toda Sudamérica pero también de los éxodos haitianos y de la migración cubana. Esos nuevos flujos migratorios tienen que ser entendidos en ese largo plazo. La complejidad de las movilidades en América Latina no es tan nueva, sino que no ha sido visibilizada ni explorada lo suficiente. Creo que vivimos en un momento histórico en el que hay que analizar la coyuntura articulada a esa memoria de múltiples movilidades y no solo en relación con la tradicional migración sur-norte que, por otra parte, es sobre la que más han escrito y más han analizado las ciencias sociales latinoamericanas. En términos de conocimiento, esa migración ha dominado el panorama en América Latina sin que la realidad haya sido efectivamente solo esa. ¿Cuál ha sido el rol de los estados? Hasta hace cinco o seis años, sobre todo los estados sudamericanos habían trabajado, de una u otra manera, en una agenda aperturista, orientada por el derecho a la movilidad de las personas y los derechos humanos, sobre todo al interior de la región. Desde 2016, en coincidencia con el incremento de los flujos migratorios, varios estados han establecido políticas restrictivas mucho más acentuadas, en parte mucho más alineadas con la agenda global que definitivamente sí es una agenda antimigratoria, que es la agenda del Norte. En otras palabras, Centroamérica siempre se alineó con mucha más fuerza con las políticas del Norte, pero existía cierta distancia, una diferencia de las políticas sudamericanas, que en este momento se ha quebrado. No podemos decir que están totalmente alineadas a las políticas restrictivas del Norte, creo que hay resistencias que es importante mirar, pero sin lugar a dudas los estados han contribuido a fortalecer ese orden global mucho más restrictivo y eso por supuesto que ha contribuido a crear un clima de xenofobia.

Camila Maia (CM): Coincido plenamente, sobre todo con la última parte de la respuesta, no como experta en migración ni desde un punto de vista sociológico sino desde la práctica de una organización de derechos humanos que tiene esa agenda desde los años noventa en la Argentina y que a partir de 2012 empezó a desarrollar una actividad más regional. Estoy de acuerdo con la diferencia que marca Gioconda en la manera en que se encaraba este tema en Sudamérica, donde se llegó a promover un cambio de paradigma al adoptar leyes de migración con perspectiva de derechos humanos. Eso empezó por la ley argentina, en 2004, después la uruguaya, en 2008, y trabajamos para llevar algunos ejes de esa ley a Brasil y a Chile en 2014, sin mucho éxito en este último caso. Sin embargo, desde ese momento, cuando empieza el flujo de migración venezolana, comenzamos a ver cambios en el discurso político y en la política, y el inicio de un período de fuertes contradicciones, en el que las políticas restrictivas conviven con leyes con sentido progresista. Brasil, por ejemplo, reformó su ley de migración, que era de la dictadura, en un proceso largo. La discusión tomó fuerza en 2014 y se arrastró hasta 2017, cuando entró en vigencia una nueva ley de migraciones mucho más orientada a los derechos humanos. Pero ya en 2017 había un ambiente político de pleno crecimiento de la ultraderecha. Eso, curiosamente, no afectó tanto a la migración en un primer momento, no se dio un aumento claro de la xenofobia en la misma medida en que sí hubo odio político, de género, racial. Pero lo cierto es que este avance legislativo se produjo en un momento de fuerte retroceso a nivel político y existen graves contradicciones entre la ley y las prácticas estatales. En la Argentina también sigue vigente una ley de avanzada, pero algunos sectores políticos en los últimos años han vinculado la inseguridad con la migración, o han utilizado la idea de que no es posible ofrecer derechos a todos; en las provincias del norte aparecieron los discursos que dicen que “los bolivianos vienen a usar nuestros servicios de salud” en un sentido contrario al trabajo que hicimos du-

rante los años noventa y principios de los dos mil para intentar cambiar esa mirada sobre la migración. El escenario es preocupante no solo para nuestra región porque la idea con la que trabajábamos desde la sociedad civil, retomando lo que decía Gioconda, era exportar hacia el norte un paradigma sudamericano sobre la migración. Veíamos que las políticas de los Estados Unidos estaban siendo exportadas hacia abajo, replicadas incluso a través de acuerdos formales entre estados como México y los países de Centroamérica. Entonces trabajábamos políticamente con la idea de exportar hacia arriba el paradigma reflejado en la ley de migración argentina. Era un paradigma contrario o distinto que ya estaba puesto en práctica y probado con algunos datos que nos permitían sostener que garantizar derechos y regularizar a las personas no aumenta los flujos migratorios, entre otros mitos que se habían ido desarmando, sino que al contrario crea una sociedad más integrada, más segura. Yo no diría que en los últimos años esto se desarmó por completo, porque hay muchas estructuras todavía vigentes y algunos retrocesos pudieron ser cuestionados dentro de esos marcos. En la Argentina el ejemplo más claro es el del DNU 70, que había dictado Mauricio Macri en 2017, y que ahora se derogó por considerarse inconstitucional, que aumentaba la posibilidad de detención o expulsión de las personas migrantes. Pero diría que en este momento esas contradicciones se ampliaron y conviven en Sudamérica, aunque puestas en tensión de manera muy fuerte.

Karina Batthyány (KB): En el libro *Migración*,¹⁶ de la colección “Palabras clave”, en la que trabaja el equipo de Clacso y que tiene como propósito poner el acento en algunos conceptos fundamentales de las ciencias sociales con un espíritu de divulgación, Handerson Joseph y Iréri Ceja, dos queridos

16 I. Ceja, S. Álvarez Velasco y U. D. Berg (coords.), *Migración*, Buenos Aires, Clacso, 2021.

colegas, narran un hecho estremecedor. En agosto de 2015, seis haitianos que conversaban fuera de la iglesia de la Misión Paz, en San Pablo, fueron baleados por un grupo de personas que pasaron en un auto y gritaron: “Haitianos, ustedes roban nuestros empleos”. Los migrantes heridos acudieron a dos unidades de salud y en las dos les negaron la atención, una violencia duplicada que parecería tener como elemento común el odio al migrante. Antes decíamos que el endurecimiento de las regulaciones migratorias de alguna manera también retroalimentó o exacerbó brotes de xenofobia, de racismo y de aporofobia en nuestras sociedades. ¿Qué discurso, qué imaginarios creen ustedes que contribuyen a este clima de hostilidad hacia los migrantes? ¿Creen que ese discurso puede ser encapsulado en un sector de la derecha latinoamericana, o la configuración social de esas expresiones es más amplia, es más difusa y, por lo tanto, hay que estar más atentos a esas dinámicas, a esas expresiones?

GH: Si miramos Europa, vemos que el discurso xenófobo le ha dado votos a la derecha, por supuesto, pero también hay ciertos sectores de la izquierda que han levantado un discurso más bien nacionalista y antiinmigrante muchas veces. Lo que vemos en América Latina, sobre todo frente a la migración haitiana y venezolana en algunos países, es el uso del discurso xenófobo en campañas políticas y esa es una cuestión que no habíamos visto antes en América del Sur y me parece tremendamente grave. Por ejemplo, el uso que se ha hecho en campañas políticas en Perú, en Colombia o en Ecuador de la “venezolanización” de los países para generar temor ante esas inmigraciones. La xenofobia da votos, y eso es terrible. Eso es lo grave, una cultura política excluyente se alimenta muy fácilmente de xenofobia y en ese sentido creo que estamos viviendo un momento muy complejo. Eso nos lleva a la idea de que los estados han contribuido a crear y asentar imaginarios muy fuertes en contra de los extranjeros, de los migrantes, en varios de nuestros países. Por ejemplo, al plan-

tear una vinculación directa entre inseguridad y migración. De eso podemos dar muchísimos ejemplos. En el caso ecuatoriano el propio presidente de la República, Lenin Moreno, hizo una condena explícita a los extranjeros que desató una ola de xenofobia en una pequeña ciudad del país en enero de 2019. Sin embargo, creo que no son solo los estados o los gobernantes los que actúan así y que tenemos que prestar muchísima atención a las dinámicas sociales. Los ejemplos que das muestran esa enorme brecha que Camila ya mencionó de alguna manera entre estados que cuentan con legislaciones que supuestamente condenan la xenofobia, les reconocen a los migrantes acceso a ciertos derechos, y lo que de hecho sucede tanto en los servicios públicos como a nivel social, donde no se hacen efectivos esos derechos. Creo que es un problema serio en muchos de nuestros países. Bolivia y Ecuador tienen constituciones que reconocen de manera explícita los derechos de los migrantes con leyes que también son bastante abiertas y tienen una orientación en derechos humanos pero, por otro lado, los estados actúan con decretos ejecutivos, con instrumentos coyunturales, y no aplicando su ley. Eso crea inestabilidad, situaciones jurídicas precarias. En otro nivel, hay sociedades que son tremendamente hostiles y xenófobas, que son sociedades desiguales. Si pensamos en los países andinos, tenemos una construcción histórica anclada en el racismo frente a la población afro y a la población indígena, y es producto de nuestro colonialismo interno. Entonces, en sociedades con historias de exclusión tan marcadas y de construcción de “otros” subalternizados, no es difícil que se instalen imaginarios xenófobos. La xenofobia es prima hermana del racismo.

CM: Coincido con lo que dice Gioconda: en sociedades estructuralmente desiguales, donde operan mecanismos de exclusión, de señalamiento, se buscan culpables a problemas que son muy graves (la desigualdad, la exclusión, la pobreza, la falta de empleo, los malos servicios), y las personas migran-

tes ocupan esos lugares. Son sociedades que ya tienen una dinámica de racismo y de odio. Mencionaste un caso de Brasil en 2015, en pleno caldo de cultivo de lo que fue el golpe a Dilma Rousseff, al que siguió el período de Temer en la presidencia y un poco después la elección de Bolsonaro. No es casualidad que eso suceda en pleno centro de San Pablo contra migrantes afrodescendientes y haitianos. Es una sociedad muy violenta y muy racista que está viviendo ese tipo de tensiones. A mí me gusta pensar estructuralmente y es muy interesante ver cómo los migrantes van ocupando esos lugares según las coyunturas. Primero fueron los haitianos, ahora son los venezolanos. Venezuela fue un país que recibía migrantes, ahora es un país que tiene un flujo hacia afuera de migrantes. Yo tuve una experiencia en este sentido en Perú, que es un país de salida de migrantes. Tenemos una cantidad de migrantes peruanos importante en la Argentina y en Brasil, personas que estaban siempre en una situación muy irregular, hiperprecaria. En Perú hablé con autoridades que se referían a los inmigrantes venezolanos en ese país de una manera muy despectiva, diciendo por ejemplo que “pueden hacer los trabajos que los peruanos no hacen”. Hablan desde un discurso de la inclusión, pero se ve enseguida que el lugar en el que están poniendo a esa comunidad es completamente subalterno. Uno piensa entonces que los roles pueden cambiar, que hoy en Perú son los venezolanos los que están en esa misma posición en la que se ubicó a los peruanos tradicionalmente en los países vecinos. Eso da cuenta de algo que es estructural para mí, como decía Gioconda: sociedades sin un horizonte o un ideal igualitario con problemas sociales graves, donde siempre va a haber grupos a los que se acusa y se atribuye la culpa. Ahí sí creo que el Estado tiene un rol, aunque sea el rol de la omisión. No se puede aprobar una constitución o una ley y creer que en una sociedad tan desigual los migrantes van a ser incluidos de manera natural, que no van a suceder hechos de violencia, que el racismo se va a desarmar. No se exigen políticas muy activas para la migración en todos nues-

tros países, y esa es una omisión súper importante. Y también existen contradicciones: legisladores o algún gobierno local o provincial que sí adhieren directamente a discursos criminalizantes o autoridades policiales que criminalizan en sus actuaciones cotidianas y eso es también construcción de un imaginario desde el Estado.

NA: Esta pregunta va dirigida en primer lugar a Gioconda, que ha trabajado muchísimo estos temas. La configuración de nuevas subjetividades migrantes, lejos de ser un fenómeno estático y unidimensional, no solo se explica por la variable económica sino por una idea más general y esencial de buscar vidas que merezcan ser vividas. Entendemos que hay una configuración histórica que, como señalaban ustedes antes, ha ido transformándose, aunque con líneas de continuidad, a lo largo del tiempo. Algunos de los estudios a los que accedimos dicen que entre las décadas de 1970 y 1980 del siglo pasado la histórica migración predominantemente masculina dejó lugar a un proceso de feminización de las migraciones, que coexiste con un aumento de la migración de grupos étnicos, por motivos profesionales o de sobrevivencia. ¿Cuáles son los rasgos salientes de los actuales movimientos migratorios? ¿Quiénes son hoy los migrantes, cómo se organizan y cuáles son sus principales luchas?

GH: Creo que la palabra clave es pluralización de las migraciones. Yo no sé si hay una complejización ahí; hay nuevos y viejos sujetos que antes no eran visibles. Mirar con una lente de género las migraciones no solo favoreció a una visibilización de las mujeres migrantes como autoras esenciales en la economía del cuidado, en ciertos nichos laborales, y a visibilizar la reproducción social transnacional, la forma en que se reproduce la vida en manos de mujeres migrantes, sino que puso en evidencia que no solo hay hombres y mujeres, sino una pluralidad de actores, es decir, ayudó a abrir esa “ventanita” de la diversidad de sujetos migrantes y de luchas migran-

tes. Los pueblos indígenas han sido pueblos móviles desde hace muchos años, simplemente no nos habíamos percatado de las tensiones que vivieron con la creación de las fronteras nacionales que atravesaron sus territorios y afectaron sus formas de vida. El pueblo wayú entre Colombia y Venezuela, por ejemplo, y numerosas poblaciones indígenas, han visto atravesados sus territorios ancestrales por las fronteras nacionales. Ahora los pueblos indígenas son también actores importantes de procesos migratorios hacia los Estados Unidos y Europa. En los Estados Unidos hay nuevas comunidades de indígenas provenientes de varios países andinos, kichwa cañaris, otavalos, aimaras, que antes no existían y que tienen sus propias luchas, distintas de las de sus connacionales ecuatorianos o bolivianos. Asimismo están los pueblos maya y k'iche de Guatemala. Por otro lado, el tema de los jóvenes, niños y niñas como nuevos sujetos de la migración, de la llamada migración no acompañada, es también un fenómeno específico y una lucha importante. Estamos viendo la centralidad que tiene, por ejemplo, en la frontera entre México y los Estados Unidos, esa cantidad de jóvenes, incluso de adolescentes, que son otro tipo de sujetos migrantes también importantes. ¿Quiénes son los nuevos migrantes? Pues eso, son las mujeres, son los jóvenes, los indígenas, creo que es importante reconocer esa diversidad de subjetividades y sus luchas concretas. ¿A qué se enfrentan? Pues al no reconocimiento de esa heterogeneidad, a restricciones mucho más fuertes, a una violencia social cada vez más intensa que en cambio los homogeneiza. Creo que hay una homogeneización en la actualidad en América del Sur frente a la creciente precarización a la que se ha visto enfrentada la migración. Toda esa diversidad entra como en un embudo y salen pues sujetos precarizados, sujetos de la sobrevivencia, sujetos de desigualdades extremas; todas sus capacidades, su capital cultural, su experiencia, su humanidad, en otras palabras, desaparecen, y se vuelven estos sujetos homogéneos de la sobrevivencia. Creo que esa paradoja es la que hay que tener muy en cuenta. No hay nuevos

actores ni tienen un perfil único, sino más bien todo lo contrario: hay fuerzas que tienden hacia la homogeneización de perfiles cada vez más diversos y más empobrecidos, como en el caso de la migración haitiana, venezolana y hondureña en nuestro continente.

CM: Quisiera hacer un comentario no solo desde el estudio de los flujos migratorios, sino desde la práctica de la garantía de derechos. En Buenos Aires observamos una superposición entre el movimiento de personas migrantes y otros movimientos locales, como por ejemplo el de las trabajadoras sexuales. La humanidad perdida o negada desde lo macro, como decía Gioconda, se retoma desde lo micro, a través de algunos espacios de resistencia que saben trabajar o entienden la interseccionalidad entre exclusiones. Las mujeres trabajadoras sexuales han defendido en la práctica los derechos de las mujeres migrantes. Los operativos territoriales hechos desde movimientos sociales durante la pandemia para otorgar el documento nacional de identidad, o para entregar alimentos, es decir, para contrarrestar situaciones muy dramáticas, los hicieron estas mujeres organizadas que no distinguen entre mujeres migrantes y no migrantes.

KB: Gioconda, retomando lo que decía Camila, “interseccionalidad” es un concepto clave en la intervención que hacías.

GH: Sí, definitivamente. Creo que no podemos hablar del enfoque de género ni del enfoque de racialización separados, sino como dimensiones que se potencian y es clave entender la migración como parte de las mismas construcciones a las que nos referíamos antes, de un racismo interno, de un racismo estructural, de desigualdades de género estructurales también. La migración viene a ser parte de esas interseccionalidades. No solo es la idea de que las mujeres migrantes o los hombres migrantes son también racializados, excluidos desde otras dimensiones, sino que el hecho de ser

migrante es parte de la desigualdad. Es decir, el hecho de ser un o una migrante en un país determinado tiene a veces una carga de desigualdad igual o mayor que ser afro, ser indígena, ser mujer o ser niña, mujer y afro. En otras palabras, es parte de esos ensamblajes de desigualdad. Es importante reconocer a la migración como una dimensión más de una desigualdad interseccional, lo que lleva a discusiones sobre ciudadanía. ¿Por qué en el mundo contemporáneo el lugar de nacimiento todavía determina mi acceso a derechos básicos y mi capacidad de movimiento? Es decir, una cosa es nacer en Suecia, y otra, en Ecuador; el hecho de nacer en uno u otro lugar determina la capacidad de movilidad, el acceso a una educación superior pública de calidad o a mecanismos de protección social, es decir, determina la vida y el futuro de las personas. Las oportunidades ya no están solo determinadas por la clase social u otros factores, sino incluso por el lugar de nacimiento. Es una imagen que a mí me sirve mucho para reivindicar la necesidad de trabajar para que la nacionalidad y la condición migratoria no se construyan en dimensiones de desigualdad. La regularización de la población migrante no solo tiene que ocurrir porque a los estados les debe importar saber quién vive y quién no vive en su territorio, es decir, como una forma de control y de disciplinamiento de las poblaciones, sino que tiene que contribuir a combatir esa desigualdad y garantizar el acceso a derechos. Lo que quiero señalar es que la migración es una dimensión de desigualdad y que la interseccionalidad tiene que tomar en cuenta cada vez más al sujeto y su condición migrante. ¿Por qué? Porque eso nos lleva al tema de la importancia de la ciudadanía, de manera mucho más directa de lo que solemos concebirlo. En general, entendemos la ciudadanía como ese proceso acumulativo de derechos civiles, políticos, económicos, sociales, ahora sexuales y reproductivos. Pero en la condición migrante “o eres o no eres”; es una exclusión radical. No ser ciudadano o ciudadana es una exclusión drástica que tiene implicancias sobre la desigualdad. Mi punto es

que la condición migrante es una condición de desigualdad radical para algunas personas.

KB: Dos preguntas más, una a cada una. Para Camila, decíamos al comienzo que nuestra región supo construir, en el inicio de este siglo, un proyecto de integración que se plasmó en diferentes estrategias, instituciones y proyectos políticos. Hoy todo parece indicar que vivimos un momento crepuscular en ese sentido, con la Unasur disuelta, el Mercosur tironeado o en disputa, con una Celac que apenas está remontando, y teñido todo eso por el papel injerencista y parcializado de la OEA. A esto podríamos sumarle la pérdida de un imaginario político que hable de una misma región. Desde una perspectiva política, ¿cómo afecta este estado de fragmentación la movilidad de personas dentro del continente?

CM: Dado que la migración es en su gran mayoría intrarregional, las políticas migratorias, sobre todo en Sudamérica, estuvieron muy vinculadas a los procesos de integración regional. Lo primero que se resolvió aplicar en la Argentina, en Brasil, en Uruguay, ante los contingentes de personas en situación irregular, invisibles socialmente, invisibles para el Estado y excluidas de cualquier política por no tener ni siquiera un documento de identidad, fue el acuerdo regional de residencia del Mercosur. Este acuerdo permite otorgar una residencia, temporal o permanente, a ciudadanos de países del bloque sin ningún requisito, solo se piden antecedentes penales. Ese acuerdo se sigue aplicando y sigue siendo la manera más fácil de acceder a una residencia en América del Sur. Leí que la Comunidad Andina de Naciones aprobó algún acuerdo muy parecido a este, con el extra de que además otorgaría derecho al voto a las personas migrantes. Eso sí sería un paso novedoso y creo que es la clave para hablar de ciudadanía como decía Gioconda, porque era el derecho que faltaba, el derecho que aun las constituciones más abiertas en términos de garantías de derechos sociales todavía siguen negando. Podés

tener todo, acceso a la salud, vivir, trabajar, pero no podés votar. Y si no pueden votar les migrantes, en la dinámica de las democracias liberales no constituyen un sector de la sociedad para el que deben gobernar las autoridades electas. Otra situación que refleja los cruces entre integración regional y migración es la del principal flujo migratorio actual, que es el de Venezuela. La cuestión de Venezuela fue abordada en los últimos años por el Grupo Lima, que era un grupo regional pero sin institucionalidad y de algunos estados, no de todos. Este ámbito trajo una condena muy fuerte a Venezuela y todo lo que pasaba ahí que no estaba reflejada al mismo tiempo en una política para los migrantes que salían de ese país. Decían: “¡Pobres venezolanos!”. Pero cuando tuvieron que lidiar con el problema social de esas personas concretas en sus países respondieron de forma muy heterogénea, con visas a las que era imposible acceder, temporales, excluyentes. Me parece clave lo que decía Gioconda sobre la precariedad de las políticas, con políticas cambiantes, aunque anunciadas con mucho ruido. Los permisos duraban unos meses, cambiaban, nadie sabía qué derechos los protegían, eran solo para esa nacionalidad y para los otros migrantes no había una política. Entonces en el fondo no son políticas de inclusión, son como parches, cosas que se van haciendo para responder a la coyuntura y que en realidad no tienen ninguna intención de dar una respuesta estructural profunda al problema de esas personas. Por otra parte, Colombia hizo un plan enorme de regularización de migrantes venezolanos, que abarcó a más de un millón de personas, que es algo inédito contra lo cual es muy difícil hablar porque de veras es un programa permanente, pensado justamente para sustituir a la cantidad de programas temporales que tenían. Pero aunque es muy abarcador, con un discurso de inclusión y acceso a derechos, pide una cantidad enorme de datos personales y biométricos que no se entiende por qué serían necesarios para otorgar derecho a la salud o a la educación. Es muy ambiguo y tiene tintes parecidos a las políticas del Norte, en las que no se sabe si la

regularización es una política de acceso a derechos o si en realidad es una política de control, o una estructura que puede servir para ambas cosas. Es una gran novedad en la región.

GH: Creo que este ejemplo es muy importante porque en él vemos las dos cosas, una política supuestamente inclusiva como una visión de largo plazo, pero al mismo tiempo también de control. Creo que esa es la lógica que se nos viene, que vamos a enfrentar y que tenemos que entender.

NA: Detrás o por debajo de las historias migrantes se construye una trama de desigualdades que combina motivos económicos, xenófobos, políticos, religiosos, entre otras dimensiones. ¿Se volvieron más complejas las razones por las que un ser humano migra? ¿Cómo ha cambiado la comprensión de estas realidades desde el campo de las ciencias sociales? ¿Qué interpretaciones o miradas pueden aportar para la comprensión de las nuevas movilidades transfronterizas?

GH: Creo que podríamos ensayar al menos tres cuestiones. La primera es que la migración puede ser una lente estratégica para entender la forma muchas veces paradójica en la que se aplican las políticas y se consigue o no la realización de derechos. La segunda, desde la sociología política, es que la migración también puede ser una lente estratégica para analizar qué está sucediendo con las culturas políticas de nuestros países. Lo que mencionamos antes, los discursos xenófobos en las campañas, no solo nos importa a las personas que trabajamos o estudiamos las migraciones o trabajamos con migrantes, sino que es parte constitutiva de la cultura política en nuestros países, y las migraciones permiten captar o no la presencia, el resurgimiento, de políticas nacionalistas o, por el contrario, de políticas globalizantes que son también racistas y excluyentes. Una tercera dimensión es que las migraciones también son estratégicas para entender la localización de la globalización de América Latina. Yo sé que la migración

intrarregional es muy importante, pero no hay que dejar de pensar que muchas personas salen expulsadas de nuestros países también. Seguimos siendo un continente articulado a circuitos de mercado de trabajo globales y estos son también una lente para entender la globalización. En ese sentido, por ejemplo, los estudios de género y migración han hecho un aporte fundamental al mostrar cómo, desde los trabajos de cuidado, se contribuye a la globalización de la reproducción social, a la transnacionalización de esa reproducción social. Allí hay una comprensión de la globalización distinta de aquella que se centra más en la producción o en los flujos financieros. Creo que ahí hay tres contribuciones que tenemos que seguir explorando y tendiendo esos puentes para un diálogo más integral de las ciencias sociales, dejar esta idea de la especialización y tratar de pensar de manera más integral estos temas. Ahora, respecto de la complejización de los motivos por los cuales salen las personas de sus países, sí, pienso que necesitamos hacer una profunda reflexión sobre la pertinencia y el uso de ciertas categorías excluyentes como migrante/refugiado o migrante laboral/migrante forzado y permanecer atentos a las causas estructurales que determinan las expulsiones de personas o la multiplicación de las formas de movilidad.

KB: La última pregunta es más abierta a la imaginación, a la perspectiva, precisamente a poder despegarnos del aquí y ahora y tratar de proyectar para adelante: ¿hacia dónde creen que van las transformaciones en el ámbito de las migraciones en nuestra región? ¿Cómo avizoran que puede ser el futuro de las migraciones?

CM: Es una pregunta extremadamente difícil. La pandemia nos puso frente a situaciones complejas y la cuestión es ¿cuán excepcionales son? ¿Vamos a volver a la situación inmediatamente anterior o no? Hemos visto fronteras cerradas y restricciones en todos lados. Migrar, viajar, cruzar fronteras se

convirtió en un privilegio como hace mucho no veíamos. Solo personas muy privilegiadas en lo económico, con la capacidad de protegerse, vacunadas o con la posibilidad de hacerse cuantos tests quisieran y tener una casa para aislarse pudieron acceder a hacerlo. De otra manera, movilizarse se transformó en algo muy peligroso, pero lo siguieron haciendo personas en estado de extrema necesidad y en situaciones muy riesgosas. En ese sentido, un fenómeno del que hablamos poco pero nos preocupa es el incremento de la militarización de las fronteras en Sudamérica, algo que nos parece nuevo en la subregión. Durante la pandemia hubo casos que no habíamos conocido antes de personas ahogadas cruzando ríos, o sea, situaciones muy parecidas a las dinámicas del Mediterráneo, pero en países sudamericanos. Las preguntas que se plantean ahora son sobre pasaportes sanitarios, sobre cómo vamos a abrir excepciones o no en fronteras terrestres, si el despliegue inédito de fuerzas de seguridad y fuerzas armadas va a continuar y por cuánto tiempo. Esto se cruza con las preguntas sobre el fin de la pandemia, pero no solamente, porque las estructuras del Estado se instalan y no se desinstalan tan fácil. Tengo muchas más preguntas que respuestas y diría que es un momento extraño, muy particular.

GH: Yo creo que es muy importante pensar en estos procesos de exacerbación de nacionalismos que hemos vivido recientemente con la pandemia. Como decía Camila, pensar hasta qué punto se va a desinstalar o no esto una vez que ya pasen los controles sobre la seguridad sanitaria y gane la necesidad de los flujos comerciales que siempre está ahí en tensión. La pandemia sí ha cambiado la forma en que los estados miran las migraciones. Yo soy más escéptica frente a los procesos de integración regional, precisamente por ese nacionalismo exacerbado con el que se ha actuado durante la pandemia, con cierre de fronteras y controles sanitarios. Hay también otros autores que están hablando de nuevos clivajes de desigualdad entre riesgo y seguridad individual. Camila lo mencionó de

alguna manera: personas que corren riesgos versus personas que tienen garantizada la seguridad individual, los trabajadores móviles versus los que no pueden movilizarse. Riesgo *versus* seguridad individual parece ser una nueva forma de desigualdad que está cruzada muchas veces por la condición migrante. Claro que esta idea de contagio tiene su historia. Han existido varios procesos en los cuales las pandemias han significado de inmediato controles del Estado, no me sorprendería que ahora, con esta pandemia, se refuercen estos controles. Creo que en ese sentido es un panorama oscuro, de muchas más restricciones, mucha más espectacularización del control de los estados frente a la persona migrante, porque además de todas esas dimensiones ahora está la idea del contagio que atraviesa fronteras. Por ejemplo, esto se vio en el despliegue militar, en la militarización de la frontera peruana con Ecuador para evitar que pasaran los migrantes venezolanos. Como parte de la emergencia sanitaria, se colocaron tanques en la frontera para impedir el paso de los caminantes venezolanos de Ecuador a Perú. Son hechos que no se habían visto, lo imaginábamos con Trump y la irracionalidad absoluta del muro entre los Estados Unidos y México, pero aquí se produjo casi de forma natural, sin muchas protestas. Creo que la pandemia cambió muchísimo el orden de las cosas y creo que a futuro va a afectar la situación de los y las migrantes y sobre todo la percepción que tienen los estados, las poblaciones y las sociedades de ellos. En ese sentido, nos esperan momentos de lucha muy importantes.

5. Las deudas pendientes de la educación (y por qué la mercantilización de la educación solo causa más desigualdad)

Adriana Puiggrós, Elsie Rockwell

“Para mí, la escuela es presencial o no es escuela.”

Elsie Rockwell

“No creo que tenga que haber un monopolio de la educación por parte del Estado, sí creo que el Estado debe ser el principal responsable del conjunto de la educación y que debe invertir en educación estatal.”

Adriana Puiggrós

Nicolás Arata (NA): La pandemia de covid-19 puede pensarse como un parteaguas en la historia de la educación por su carácter inédito, por los efectos que causó, pero también por los debates que instaló entre nosotros. Curiosamente, y a propósito de esos debates, la derecha o algunos sectores de ella en nuestros países reivindicaron la importancia de la educación presencial, a veces a cualquier costo, mientras los gobiernos progresistas que históricamente han defendido la escuela estuvieron más preocupados por ensayar dispositivos para sostener la educación en el marco de las cuarentenas. ¿Creen que esas transformaciones que produjo la pandemia cambiaron de lugar las piezas del debate pedagógico latinoamericano? Y en ese sentido, ¿cuáles consideran ustedes que son los principales debates educativos que van a quedar instalados en el período del posaislamiento o de la pospandemia?

Adriana Puiggrós (AP): Creo que, más que ser la que provocó el cambio de lugar de los componentes de la escena educativa, la situación de pandemia hizo dos cosas. Una fue poner en evidencia que había problemas de la vida real que la escuela no había asumido; otra fue revelar que la situación de desorganización del sistema educativo de este tiempo se dio sobre determinadas bases económico-sociales. América Latina es el continente más desigual del mundo, y sobre esa desigualdad fue que se produjo la pandemia. Para hacer un análisis de la situación, que es muy compleja, no basta con sacar una foto-

grafía, sino que hay que indagar en las profundidades sociales y en una línea histórica. Es decir, ¿qué es lo que heredó la pandemia? Hay que pensarlo en términos potenciales.

Elsie Rockwell (ER): Yo siempre he planteado, y creo que ahora es más pertinente que nunca, que existe una tremenda distancia entre el discurso y los debates que se dan a nivel de la política pública educativa y lo que pasa en las escuelas. Si escuchamos en mi país, México, lo que transcurre en las redes sociales entre maestros, se pueden detectar debates mucho más interesantes, incluso cuando se expresan por memes. Tengo una colega, Esther Tapia, que está trabajando sobre los memes y lo que implican en ese sentido, porque sale una orden determinada de la administración educativa y en unos minutos hay memes en las redes, no sé si en el Cono Sur ocurre eso, pero acá sí.

Por otro lado, hay que recordar la heterogeneidad de América Latina. Entre países, la organización educativa y las políticas han sido muy diferentes a pesar de la historia que nos une. El regreso a las aulas también será –ya ha sido– de grupos tremendamente heterogéneos. Durante la pandemia, los que tenían la ilusión, que ha sido explícita por parte de los empresarios de la industria educativa durante muchos años, de reemplazar la escuela por medios digitales, vieron la posibilidad de que se les cumpliera. Muchísimos maestros hicieron el esfuerzo por aprender y pagaron el costo de tener que trabajar en línea, asegurar su conexión a internet, comprar un teléfono inteligente. En cuanto se empezó a hablar de un “modelo híbrido” en México, enseguida circuló una caricatura de una maestra tratando de manejar al mismo tiempo un salón de clase con treinta niños y también un pizarrón, un celular, un iPad y una computadora, todo con las dos manos y los dos pies. Entonces, ¿qué va a ser esta hibridez? ¿Qué lugar va a tener la tecnología en el aula? ¿Cómo se recuperará realmente la presencialidad del proceso educativo? Se han abierto muchos debates sobre qué es la escuela y qué va a ser en

el futuro. Ante la heterogeneidad creciente, y la desigualdad que genera la estructura escolar graduada, insisto en que tenemos que repensar por completo la experiencia conocida como multigrado, que de hecho es el carácter heterogéneo de todo grupo escolar. Repensar a partir de ese hecho la forma de armar el currículum y de organizar la escolaridad, así como el sentido del sistema de exámenes anuales universales.

AP: Es muy interesante lo que plantea Elsie. Lo que veo a partir de distintos informes de la región es que, en los países en los que los sistemas educativos fueron consistentes durante las últimas décadas, las reacciones y los problemas durante la pandemia han sido bastante semejantes. No me quedan dudas sobre lo primero que dijo Elsie, que existe una distancia entre las discusiones que se desarrollan en el ámbito de los decisores gubernamentales o en el mundo académico, y el docente que tiene que resolver un problema y que no sabe qué hacer primero, si buscar el bolso de comida para alcanzarles a los chicos o hablar de valores, enseñar química o historia o resolver qué hacer con treinta chicos en vez de cuarenta, o veinticinco en vez de treinta, por los reagrupamientos que se dieron a raíz de la pandemia. Esa distancia es muy importante. Lo que veo ahora son esfuerzos por encontrar categorías nuevas para entender esto y formas diferentes de abordar la situación. Me gusta porque en una época ocurría que los alumnos venían a dar examen en Historia de la Educación y lo que hacían era repetir ciertas categorías con las que nosotros trabajábamos. Llegó un momento en que dije: “El que repita esas categorías conmigo no aprueba”. Ahora veo una lucecita de un avance en materia de investigación y por lo tanto de intentos de comprensión. También quisiera destacar algunas cuestiones que me parecen muy importantes en la política educativa argentina y que se pueden ver en algunos otros países de América Latina. Una es el vaivén, el carácter pendular de la política educativa de los países de la región. Esto no es un reproche sino una descripción. Creo que hay experiencias en América

Latina de gobiernos que han avanzado y han logrado cambios. Podemos hacer muchísimas críticas al gobierno de Lula, pero no podemos negar que durante su gestión hubo millones de brasileños que se alfabetizaron, que alcanzaron unos niveles educativos que les dieron la posibilidad de actuar social y políticamente, es decir que les otorgaron la palabra, y así puedo seguir con muchos ejemplos. En el caso de la Argentina, el comportamiento pendular es muy serio. Y es también muy serio algo que ocurrió durante toda la pandemia en varios países latinoamericanos: no se sostuvo una política educativa adecuada a la situación que se vivía. Es fuerte de mi parte reclamar que se pudiera prever una pandemia, pero lo que estoy señalando es la falta de un pensamiento prospectivo, de hipótesis consistentes, como para poder plantear alguna planificación. Si uno revisa la política educativa del gobierno argentino encuentra que se tomaron medidas que fueron cambiando y en las que la opinión pública fue un elemento determinante. No lo fue el Consejo Federal de Educación, porque los ministros de Educación provinciales firmaron acuerdos, pero después en cada provincia sucedieron cosas distintas. En la Argentina hay un problema de fondo, que es que el federalismo fue pensado en el siglo XIX por los unitarios, los agroexportadores dueños del país concentrados en la pampa húmeda. La Constitución argentina es federal, pero pensada por los unitarios. El sistema educativo tiene desde entonces un gran problema que es la falta de unidad y la indecisión, sobre todo porque la Constitución de 1853 establece que las escuelas primarias son responsabilidad de las provincias, pero no habla del resto del sistema. Las universidades recién llegaron a ser reconocidas constitucionalmente como autónomas con la reforma de 1994. La escuela secundaria estuvo sin legislación propia, es decir, sin integrarse a un sistema, hasta la Ley Federal de Educación, en 1993. Recién en ese año hubo un sistema integrado de educación. Todo esto no es poco cuando se trata de enfrentar una situación como la pandemia, en la que conducir una política educativa nacional requiere de un

pensamiento consistente: hacia dónde va el país, qué es lo que se quiere hacer.

ER: En nuestros países, la cuestión de la política educativa se vincula con lo que el historiador español Antonio Viñao llama la “amnesia histórica”, el borrón y cuenta nueva en cada período presidencial. Cada régimen que entra desconoce lo hecho por el anterior. El caso de México es el ejemplo de una extrema centralización del sistema educativo que se llevó a cabo como el gran proyecto educativo de la revolución y se concretó sobre todo durante la presidencia de Lázaro Cárdenas, con la construcción corporativa de un partido, el PRI, que incluyó a los maestros y también a sus jefes en un sindicato estatal que ha tenido un sentido, una función totalmente diferente a la que tiene Ctera, por ejemplo, en la Argentina. Siempre hubo un discurso de que esta centralización estaba destinada a beneficiar a los menos favorecidos, a los pobres, a redistribuir los recursos del país hacia el ámbito rural, el de los excluidos y los marginados. Pero los historiadores hemos mostrado hasta el cansancio que eso no fue cierto, que los recursos se destinaron siempre y se siguen destinando hacia los más favorecidos y a las empresas que extraen recursos públicos vendiendo cursos y capacitación, libros, programas, soluciones rápidas, y que aprovechan cualquier palabra nueva que entra a las leyes para entrar al mercado. Hay una dinámica de cambio: desechamos estos libros de textos y estos otros recursos, desechamos cada plan y programa sexenal para hacer algo nuevo, “modernizar”, “revolucionar”, etc. También pasa que, como es necesario negociar con muchos intereses, siempre se le agrega algo más a las leyes y los planes, así el currículum se sobrecarga y en la práctica se van reduciendo los tiempos para enseñar cada contenido. Esto pasa, por cierto, en muchos países del mundo.

Karina Batthyáni (KB): Creemos que el lugar que tienen que tener los educadores en esta reflexión es fundamental, por-

que son quienes primero ponen el cuerpo y le hacen frente a esas desigualdades. Ustedes tienen no solo una cercanía sino un compromiso muy grande con las maestras, con los maestros, con los roles pedagógicos y sociales que desempeñan. Nos gustaría proponerles reflexionar sobre el vínculo entre la enseñanza y el cuidado. ¿Qué implicancias creen ustedes que tiene pensar el trabajo docente desde una concepción política de los cuidados y cómo puede eso ayudarnos a repensar el vínculo entre la afectividad docente y la responsabilidad política que tiene un educador o educadora?

ER: En México no se habla tanto del “cuidado”, no lo escuchamos con esa palabra, pero sí se menciona mucho lo socioemocional y lo sanitario. Los consejos técnicos, que son las reuniones mensuales de maestros y directivos de cada escuela estipuladas en el calendario desde las autoridades federales, están cada vez más normados desde arriba, con un programa muy rígido a seguir, que no permite una autonomía real de diálogo entre los docentes en las escuelas. A mediados de 2021 se centraron en eso que llaman “resiliencia” y “empatía”, y muchos maestros estaban furiosos. “¿Cómo que resiliencia y empatía? No nos han tenido a nosotros empatía, hemos sido maestros 24/7 durante la pandemia”, decían. Hay maestros que han hecho maravillas estos últimos años, sobre todo en las comunidades rurales donde no hay conectividad ni señal de televisión pública, a lo que apostaron las medidas oficiales de “Aprender en casa”. Muchos maestros han hecho todo tipo de malabares para llevar tareas a los niños, para citar a los padres, para inventar cosas que puedan hacer en las casas o por celulares, inventar cuadernillos y valorar sobre todo la lectura de literatura infantil. Por supuesto que no son todos, pero sí son muchos. Sin embargo, yo no concibo la posible integración del aprendizaje cognitivo, físico, social y emocional, como lo planteaba por ejemplo Vygotsky, sin un trabajo intenso presencial. No creo que el “cuidado” o lo socioemocional deba convertirse en una materia más, porque

eso termina generando otro nicho curricular de media hora, y mucho papeleo administrativo; esto último, por cierto, en México es una queja constante, porque roba tiempo de relación directa entre maestros y estudiantes.

AP: Creo que hay que tener cuidado con la palabra “cuidado”, porque se puso de moda y sirve para todo. Los maestros tienen razón: “¿Acaso yo no cuido? ¿Qué creen que hago?”. A eso se suman las tareas administrativas. Hay tareas de cuidado que los docentes necesariamente tienen que hacer y otras que no; hay tareas de cuidado que tienen que ver con cuestiones sociales muy graves y que caen sobre los hombros de los docentes. Estos necesitarían un bagaje conceptual que les ayudara a comprender situaciones complejas, a lo que no ayuda la simplificación contenida en la “educación emocional”, o en la categoría “resiliencia”, que han usado muchos colegas sin entenderlas bien. “Resiliencia” se vincula con la idea de la “meritocracia”. Me parece bien que se estimulen los talentos, pero no a costa de la inversión que supone tener en el centro de la política educativa la educación de los grandes sectores sociales y de los pobres. “Empatía” también me parece una categoría con una carga idealista, como si hubiera una esencia en el vínculo pedagógico en donde se produce el encuentro. No es así. El vínculo pedagógico tiene afecto y desafecto como todo vínculo social. Por otra parte, me parece que hay muchas cosas de las cuales hay que descargar al docente. En la provincia de Buenos Aires, por ejemplo, hay cuarenta y seis acciones administrativas de las que se tiene que encargar el docente, formularios que tiene que llenar. ¿Por qué no vuelve la vieja bitácora? A lo mejor soy antigua. Llenar formularios y contestar preguntas por sí o por no, ser aplicadores de pruebas estandarizadas para modificar el proceso de enseñanza, como las pruebas PISA (que no han impactado en ningún lugar concreto del proceso educativo), es de una pobreza pedagógica infinita al lado del antiguo diario del maestro. Respecto del tema del modelo híbrido de políti-

ca educativa, creo que en general la responsabilidad principal es del Estado y que la educación privada solo puede tener un rol complementario. En una reciente investigación de la Internacional de la Educación América Latina (IEAL) sobre los efectos de la pandemia en los sistemas educativos de la región, encontramos un avance muy importante de la educación privada en todos los países. ¿Qué hacemos con eso? Tenemos que detenernos y analizar qué hay de nuevo en la educación privada. Por un lado, están las viejas escuelas, la escuela tradicional subsidiada, en el caso de la Argentina, por el Estado. ¿Ese modelo es público o privado? Desde 1949 en esas escuelas predominan las que dependen de la Iglesia católica, pero también de otras redes de escuelas, de otras confesiones, algunas escuelas vinculadas a colectividades. Este es un tipo de escuela que actualmente está siendo invadida por las corporaciones, por lo que Elsie llamó “los sectores empresariales de la industria educativa”, que son grandes corporaciones, pero también son empresas medianas nacionales e internacionales. En la Argentina está el Grupo Clarín, con sus subsidiarias productoras de tecnología educativa y editoriales. El peligro es que ese enorme sector privado se transforme en... ya no puedo decir la palabra “escuela”, en espacios híbridos compuestos por objetos comprados en el supermercado de la educación. Elsie mencionaba la venta de cursos para docentes; también ofrecen recursos para la administración de las escuelas, contenidos “enlatados”, muchos “productos”. Por supuesto que el mercado quiere que el Estado se siga haciendo cargo de la educación pública, es decir, de aquellas acciones que no producen réditos. Están interesadísimos en que exista la educación pública, con la condición de penetrarla, por eso el papel del Estado es importantísimo. Los gobiernos tienen la obligación de invertir en educación pública, de agrandar el espacio de la educación pública. En el caso de la Argentina, en el congreso que hubo en 1985, que fue muy importante, todos los sectores sociales y casi todos los partidos políticos que estaban ahí, con ausencia de los docentes, que no fueron,

decidieron que la educación pública puede ser privada o estatal. Afortunadamente la ley de educación que se dictó en el 2006, la Ley 26 206 que es la actual ley de educación nacional, no habla de educación pública privada y estatal sino de educación pública, educación estatal y también social y cooperativa. La confusión entre lo privado y lo estatal es un espacio peligrosísimo de avance del mercado. No creo que tenga que haber un monopolio de la educación por parte del Estado, sí creo que el Estado debe ser el principal responsable del conjunto de la educación y que debe invertir en educación estatal y que la mayor parte de la educación tiene que volver a ser estatal.

ER: Retomo lo que mencionó Adriana sobre la evaluación. Los metaanálisis que se han hecho muestran que no hay ninguna relación entre evaluación y mejoría educativa, en ninguna parte del mundo. También está muy comprobado estadísticamente que usar una evaluación docente para premiar a buenos maestros y castigar a los otros no ayuda ni a unos ni a otros. Lo mismo sucede con los estudiantes: separar a “los talentosos” de “los que no saben” no ayuda ni a unos ni a otros. Las mejores propuestas pedagógicas actuales insisten justamente en juntar a los estudiantes en grupos y equipos heterogéneos, y en juntar maestros de experiencia con otros que apenas empiezan, porque es un oficio de aprendizaje en la práctica. No hay dudas de que la evaluación no es la solución y, como dice Adriana, solo sirve para “rankear” escuelas y beneficiar al negocio privado. Sobre la educación pública y privada, en México lo laico siempre se respetó y durante un tiempo ni siquiera había escuelas religiosas, salvo clandestinas, pero luego se toleraron, aunque sin esa participación de recursos estatales como en Francia y la Argentina. Cuando me lanzo contra esta cuestión de la privatización, otros colegas responden: “siempre ha habido un sector privado”, “siempre los padres, la familia, han contribuido a la educación”. Yo hago una distinción fuerte entre lo que las escuelas privadas

tradicionales hacían, que era contribuir con recursos para cubrir la demanda educativa de ciertos sectores (religiosos, extranjeros) o contribuir con saberes específicos, como las escuelas con propuestas pedagógicas distintas (Montessori o Freinet), y por otra parte lo que hacen ahora las empresas privadas en lo que ellas mismas denominan la “industria educativa”. Por una parte, manejan redes de escuelas privadas de calidad mediocre; muchas de estas escuelas cobran por escolarizar alumnos de sectores populares que cuentan con becas públicas, pero que no pasan los exámenes de ingreso a las preparatorias (escuelas secundarias en la Argentina) y universidades públicas. Por otra parte, hay empresas que extraen recursos públicos al lograr contratos a escala para vender sobre todo tecnologías informáticas al sistema educativo del Estado, pero también paquetes de material didáctico o digital, con capacitación incluida, a un alto costo y un valor a menudo dudoso. Hemos visto por ejemplo que el gobierno da dinero público a ciertas escuelas, las “bien evaluadas”, para que contraten servicios solo de proveedores inscriptos en un padrón, o para que compren material didáctico por medio de licitación en tiendas autorizadas para proveerlo. Se compran cosas absurdas que terminan embodegadas en las escuelas porque no tienen uso, pero las escuelas tienen que gastar los recursos y además comprobarlo con facturas legales de proveedores autorizados. Entonces, en lugar de comprar unos rompecabezas artesanales o juegos de dados en cualquier mercado, compran “paquetes” con lo mismo, pero de mayor costo y menor calidad. Esto es lo que considero un sistema absurdo de extracción de dinero público. Lo que interesa a este sector es venderle al Estado, no comprar o reemplazar un servicio público que no es redituable en sí mismo, como dice Adriana. Es poco lo que aportan con sus propios recursos, vía fundaciones, por ejemplo, para complementar el gasto estatal en la educación. Por otra parte, los problemas curriculares y de evaluación que propicia el propio gobierno generan un mercado paralelo de cursos “remediales” para poder acreditar a

los alumnos, entrenarlos para pasar los exámenes de certificación o ingreso, sin que necesariamente logren aprendizajes duraderos y significativos. Los libros de texto gratuitos son un recurso de mucho arraigo en México, uno de los pocos países con un programa desde 1960 para dotar a cada niño de preescolar y primaria con un juego de libros de su grado, de buena calidad y elaborados por equipos de primera, financiados por presupuestos públicos cuantiosos. A la par, las editoriales producen muchos libros de textos, que deben ser autorizados por la SEP (Secretaría de Educación Pública), y se venden bastante a maestros y familias, y sobre todo a las secundarias; sin embargo, las editoriales no pueden destinar los recursos equivalentes a los que dedica la SEP para garantizar la misma calidad. Lo que han hecho los gobiernos en este siglo es ceder hacia el sector privado, en el sentido de producir libros de texto oficiales con poco tiempo y menores recursos, con resultados más pobres, para no competir de manera “desleal” con las condiciones de producción de las editoriales privadas. Entonces todos estos procesos son otro tipo de privatización, que no tiene que ver con el sector tradicional de escuelas privadas confesionales o experimentales tradicionales, y creo que hay que hacer esa distinción. Tiene relación también con lo que está pasando en otros países, como los Estados Unidos, con las escuelas llamadas *charter*, que son propiedad de organizaciones o empresas privadas pero que funcionan por contrato con los gobiernos locales para recibir una subvención pública por alumnos atendidos, y ofrecen así un servicio gratuito, a veces con cuotas adicionales para ciertos componentes o cursos, a los padres que lo deseen, siempre y cuando sus hijos sean aceptados. Aunque no fue esa la intención original, este sector ha sido cada vez más cooptado por grandes cadenas empresariales, en general operadas con fines de lucro, ya que bajan sus costos de operación y contratación y suben cuotas complementarias. En Los Ángeles, por ejemplo, las autoridades decidieron dar la mitad de las escuelas públicas para ser operadas por una sola compañía como

escuelas *charter* y a alguien se le ocurrió decir: “Pues, ¿por qué no se llevan todo de una vez?”. Y la respuesta fue que no era posible, porque se necesitaba tener lugares donde colocar a los alumnos no aceptados o rechazados por las *charter*, ya sea por indisciplina, sobreedad, discapacidad, estatus legal o simples criterios subjetivos. Está ocurriendo una segregación mayor así; la privatización está causando no solo desigualdad, sino una polarización abismal entre pobres y ricos, una desatención relativa del Estado hacia la gratuidad y la equidad.

NA: Elsie, te hemos escuchado afirmar que “la pantalla no es escuela ni verdadera reunión” y que es necesario sostener la centralidad de la escuela como un espacio donde se producen relaciones que no solo tienen que ver con lo formativo o con la enseñanza. ¿Qué resuelve o qué produce la escuela presencial que sin ella queda sin resolver o sin tener lugar?

ER: Para mí la escuela es presencial o no es escuela. En el aula el docente siempre está frente a situaciones imprevistas y, como dijo el antropólogo norteamericano Fred Erickson, tiene que improvisar en el buen sentido (el sentido de los buenos músicos), siempre tiene que estar listo para responder sacando de su morral lo que pueda para enfrentar esas situaciones que rompen con su planificación. ¿Cómo sustituir eso, cómo pensar que los padres pueden hacerse cargo de eso en las casas? Muchos niños se desconectan en el aula, pero ahí hay formas de improvisar y volver a tratar de conectarlos. De otra manera se pierde la escuela, simplemente. Es esta complejidad de la dinámica social y afectiva, en esencia pedagógica, que encontramos en las aulas, sobre todo con los docentes más experimentados, que no he visto reproducida en las pantallas.

NA: Adriana planteó que el rol activo del Estado es central como organizador de una trama social; nosotros le agregamos que es una premisa para pensar una nueva soberanía pedagó-

gica. ¿Cómo conectar la idea de principalidad del Estado con la de soberanía pedagógica? Nos queda claro que no alcanza solo con reivindicar el papel del Estado o plantear la centralidad de las políticas públicas sin una concepción diferente de lo público o de lo común.

AP: Es complejo. Creo que existen planos distintos que es difícil conectar, pero en los cuales hay que trabajar. Uno es el plano político, la responsabilidad del Estado, la sociedad y la legislación. Cuando digo responsabilidad del Estado, estoy hablando también de una responsabilidad social y en ese sentido me parece necesario lograr acuerdos en cuestiones básicas sobre cómo queremos educar, y que los gobiernos sepan cómo piensa la mayoría de la sociedad sobre esto. Si, por ejemplo, quiere vincular educación con trabajo, un tema importantísimo, y de qué manera pretende hacerlo. Digo “trabajo” como un valor y no solo como una actividad laboral. Si la sociedad se pone de acuerdo en eso, entonces los gobiernos no tendrán otro remedio que implementar algunas políticas que trasciendan los períodos gubernamentales, acuerdos de diez años, por ejemplo. Otro es el plano de los cambios que hay que hacer en la vida escolar, lo que lleva a pensar quién tiene que hacerlos. Y ahí no me cabe duda de la importancia del protagonismo de los docentes y los estudiantes. Yo creo mucho en la necesidad de darles palabra. Ya pasó el siglo de los niños, que fue el siglo pasado, y todavía no tienen palabra, todavía no se avanzó hacia formas participativas de gobierno de las instituciones educativas. Hay experiencias, pero entre la experiencia localizada y la política de Estado existen diferencias. Sobre los cambios necesarios hemos mencionado muchas cuestiones pero, para tomar un ejemplo, es evidente que la escuela secundaria no puede seguir siendo una bolsa de materias distintas con profesores que recorren tres, cinco o seis escuelas en una semana, que no conocen a los alumnos. Y ahí está el papel organizador y planificador del Estado. Hay tres o cuatro dispositivos que cambiar, que

cuando uno los modifica se mueve el conjunto. Uno de ellos es la contratación de los docentes por cargo y no por materia, lo que quiere decir que el docente esté cinco o seis horas en la escuela, que puede tomar café en la sala de profesores y conversar con sus colegas acerca de lo que ocurre con alguno de los alumnos o una dificultad que tiene y aprender de la experiencia de los otros. Más aún: que se pueda avanzar en la famosa y tan mentada “transdisciplina”, “interdisciplina” o como la quieran abordar. Porque si el profesor de física o el de biología y el de sociología comparten un café y además de eso hay capacitación docente en servicio y obligatoria como dice la ley de educación nacional en la Argentina, es decir, si hay tiempo considerado para que puedan sentarse y planificar su clase, cambia por completo la situación, los docentes empiezan a conocer a sus alumnos. En síntesis, diría que los dos planos de los que hablo no se conectan automáticamente, pero las políticas deben conectarlos y la práctica educativa debe adecuarse a los acuerdos políticos y a las leyes. En ese sentido me parece que hay un atraso en la legislación, sobre todo en materia de las nuevas formas de educación privada. Tiene que estar claro desde el punto de vista legal qué espacio pueden tener las corporaciones en educación.

NA: A veces se construye una mirada esquemática que pone al Estado de un lado y a la sociedad civil del otro, y eso ha impedido muchas veces a los educadores ver la multiplicidad de dinámicas, de procesos y de iniciativas que se gestan a nivel de las comunidades, en especial el impacto que tienen esas iniciativas comunitarias a nivel de la cotidianidad escolar. ¿Qué papel creés, Elsie, que tienen las comunidades y cómo se las puede fortalecer sin que eso implique una retirada por parte del Estado de las responsabilidades que tiene que asumir?

ER: Hay que empezar por cuestionar la dicotomía sociedad civil-Estado. Me remito primero a Gramsci, que planteaba que el Estado era sociedad civil más sociedad política. El pro-

blema es: ¿quién se atribuye la voz de la sociedad civil? En México han sido decididamente la Iglesia católica o las corporaciones empresariales o las ONG. Los antropólogos trabajamos la noción de los márgenes del Estado, que es una perspectiva para mostrar que los intersticios reales de negociación entre las autoridades y muy diversos sectores sociales están dentro del aparato gubernamental y también dentro de la sociedad, y que estas interfases de negociación constante desbaratan cualquier noción monolítica de Estado o de sociedad civil. Estoy totalmente de acuerdo con Adriana en defender la educación pública, en defender esa tradición que nos une en América Latina y que tuvo un gran impacto en el siglo XIX en muchos países, esa responsabilidad estatal de educar por igual a todos. Sin embargo, yo no me imagino que en México se pueda llegar a un acuerdo nacional como el que mencionó Adriana. Es necesario evitar hablar de sociedad civil como un todo porque no sabemos cuál es el sujeto enunciador. Sí es importante hablar de lo común, la comunalidad o lo comunitario, de la escuela como un centro de lo que puede ser comunidad. Pero esto es distinto a las que pueden ser vistas como iniciativas o acuerdos de la sociedad civil como una entidad monolítica. Si miramos lo que ocurre en los Estados Unidos, y que apenas empieza de manera menos abierta en mi país, una de las consecuencias del sistema de las escuelas *charter* que mencioné antes es que se rompe totalmente la relación escuela-comunidad y muchas familias se están quejando en ese sentido, piden regresar su escuela a su colonia y que por lo menos a nivel de esa colonia se tengan acuerdos. Lo que he visto en mi trabajo en zonas semiurbanas o conurbanas en México, en cambio, es la fuerte influencia de las familias al evaluar las escuelas públicas. Si se quiere saber cuál es “una buena escuela”, un indicador es ver qué pasa con la matrícula. Las familias tienen cierto margen para elegir, así que las escuelas consideradas malas tienen menos alumnos. Luego llega una nueva directora y de pronto sube la matrícula. Hay un consenso de algún tipo entre los que co-

nocen las escuelas por la experiencia de sus hijos, saben qué es lo que quieren o qué es lo que consideran que debe dar la escuela. Para empezar valoran la estabilidad, en el sentido de que los maestros permanezcan, de que los hijos logren ciertos aprendizajes valorados, también. Hay padres enojados porque sus hijos terminaron el nivel primario pero no han aprendido a leer y a escribir, y llegan a la secundaria y tienen dificultades. Es muy complejo pensar qué directriz del Estado pueda hacer que se logre este tipo de consensos más locales. Estoy completamente de acuerdo con dar mayor autonomía a las escuelas. Pero con cuidado: aquí en México se legisló una “autonomía de gestión” que significó algo terrible, que los directores en lugar de ser líderes pedagógicos se convirtieran en gerentes de la escuela. Entonces tenían que manejar todo el dinero, negociar con proveedores que no podían escoger, y desatender por completo a los niños y a los aspectos pedagógicos de la escuela. Esa “gerencialidad”, como se llamó, fue un intento de sacar del medio a la burocracia y que las empresas tuvieran posibilidad de hacer acuerdo con las escuelas. Entonces para mí las autoridades tienen la obligación de garantizar las condiciones materiales de escolaridad y del trabajo docente, es decir que haya maestros, que haya escuelas, que haya agua, que haya en todo momento todo lo que se necesite, que lleguen los materiales, los libros y que no se interfiera con el tiempo que los maestros deben dedicar a sus grupos. Hay directores que lo asumen muy bien, yo los llamo “directores atajadores”, que defienden a sus maestros de todo lo que viene de afuera, les respetan su tiempo de docencia. Otra cosa fundamental es cambiar la estructura curricular, sobre todo en secundaria, porque solo así se podrá lograr lo que propone Adriana, una contratación de docentes por cargo y no por materia, y que dejen de existir grupos enormes en la secundaria, como hay en México, de cincuenta o sesenta estudiantes. Así no puede haber cambio pedagógico, por más que lo dicte la ley.

NA: Si tuviéramos que imaginar el futuro, ¿hacia dónde creen que migra la educación en la región?

AP: Es distinto decir hacia dónde quiere uno que vaya la educación en América Latina y hacia dónde uno cree que va. Me parece que es imposible formular algo más que hipótesis, porque las posibilidades son muchas y sabemos que existen las peores en materia de educación. Las peores posibilidades consisten en que se siga extendiendo este panorama que recién describía Elsie, donde cada vez hay más escuelas *charter*, donde el *homeschooling* es algo aceptado e incorporado, donde se extiende el sistema de *vouchers* como el que existió en Chile, donde hay préstamos bancarios a familias para financiar la educación de sus hijos, que aumentan la deuda privada y la deuda pública y donde el aporte del Estado al sistema educativo estatal es cada vez menor. Sobre eso, el informe que acaba de realizar la IEAL muestra que una cantidad de países de la región redujeron el presupuesto educativo durante la pandemia. La mayoría lo sostuvo y fue excepcional. Y están Colombia y la Argentina que lo aumentaron, pero hay que ver de qué manera lo usaron porque a los sectores más pobres de la sociedad no llegó. Ese es un futuro posible, pero hay otros, por supuesto. Yo creo que es cierto que lograr grandes acuerdos es muy difícil, también en la Argentina, pero lo que yo querría en un futuro es que por lo menos hubiera algunos acuerdos, a veces no son acuerdos formales pero sí implícitos, acuerdos que tengan un nivel de profundidad en la sociedad respecto de que le tenemos confianza a la educación, les tenemos confianza a los docentes, queremos que los chicos estudien, les tenemos confianza a los chicos y los escuchamos, acuerdos respecto de la escuela. La escuela es la plataforma, no la que nos ofrece Google y nos la regala para que después quedemos enganchados en su lógica publicitaria y de paso se lleven nuestros datos. La escuela es además la plataforma de la patria. Yo insisto en esa noción: la escuela es la plataforma de la patria y la tecnología es un soporte de esta época que

se agregó. ¿O acaso la pizarra y la tiza no son soportes? O los libros: ¿no fueron, son y deben seguir siendo soportes? En definitiva, yo querría que realmente hubiera estados responsables, constituidos, con perspectiva al menos de mediano plazo, que hubiera gobiernos que respetaran al Estado, que contribuyeran a la fortaleza del Estado. América Latina necesita estados mucho más fuertes y muchas asociaciones de la sociedad civil. A mí el término “sociedad civil” mucho no me gusta, pero me sirve ahora. Me refiero a agrupaciones de familiares, agrupaciones estudiantiles más fuertes, que hoy son muy débiles y a veces inexistentes en algunos lugares de la región. Que se fortalezcan acuerdos que vayan un poco más allá del intercambio de docentes y becarios estudiantiles, acuerdos más profundos respecto sobre todo del sostenimiento de la educación pública de un país. Y a este papel que mencionaba muy bien Elsie, el de gobiernos comprometidos a garantizar las condiciones de escolaridad. Entonces sí vamos a poder trabajar en transformar la escolaridad con el conjunto de las comunidades educativas.

ER: Yo hice trabajos sobre la educación durante la Revolución Mexicana de 1910 a 1920 y los años que siguieron, y en los archivos educativos de ese tiempo es muy notoria la continuidad del procedimiento administrativo educativo mientras estaba sucediendo un movimiento revolucionario armado. No había mención en los documentos educativos en los archivos de que había una guerra alrededor. Existe esta tendencia de pensar que la educación va por un carril autónomo, o que tiene autonomía relativa, que funciona sin conectarse realmente con lo que pasa en el entorno. Ahora en México sucede lo mismo. Algunos colegas proyectan y hablan como si fuera posible planear sin tomar en cuenta que México está en guerra, en una guerra fuerte, con armas de alto impacto, con más muertes y desaparecidos de los que hubo en la Argentina durante la dictadura y de los que hay en Irak o Afganistán. Es una guerra que atraviesa desde Sonora hasta Chiapas. En

Chiapas se acaba de levantar una comunidad armada con autodefensas porque todo estaba regido por un pleito entre carteles y en complicidad con las autoridades municipales. Eso ha pasado en muchos otros lugares, con la consecuencia de miles de desplazados, de despojados de sus tierras y forzados a migrar. Entonces es muy difícil pensar cómo se va a resolver y garantizar la escolaridad de esos cientos de miles de niños y jóvenes. Es una situación imprevisible, con una polarización política espantosa sin indicios de posibilidad de acuerdo. Es muy difícil contestar esta pregunta, pero quiero decir algo en términos utópicos. En México la legislación hizo obligatoria la educación para toda la vida, pero nunca dice que es obligatoriedad del Estado, y así siempre recae en los padres. ¿Cómo es posible decir eso? Comparto con Adriana la fe y la convicción en la educación pública, pero creo que este tipo de leyes se está volviendo un arma estatal que usa la privatización, porque si es obligatorio para los padres pero no para el Estado lo que se hace es avalar el crecimiento de la oferta educativa del mercado y la necesidad de tener certificados cada vez más costosos en tiempo y recursos para obtener algún empleo rentable. Hay varias investigaciones que muestran que además de la escuela los jóvenes tienen otras opciones de formación, a través de grupos culturales, políticos o artísticos, y me pregunto si en el futuro no habrá que repensar la autonomía de la educación en un sentido mucho más amplio que lo escolar. Se hizo una tesis sobre el caso de una escuela rural en la que el director estaba muy preocupado porque los padres no mandaban a los niños, los hacían ir al campo para aprender lo que tenían que saber para los que iban a ser sus trabajos, porque casi todos de ese pueblo migraban a los campos agrícolas de los Estados Unidos. No era un trabajo en la milpa (chacra) tradicional, sino en campos organizados para la producción de exportación, con tiempos medidos, selección de la cosecha, maquinaria y empaques modernos, etc. La gente busca también una educación con un “valor de uso”, con un vínculo con su posible empleo y con alternativas de vida que

no pasan por la escolaridad y el “valor de cambio” de su certificación. El desafío es cómo lograr algo que se siga llamando escuela, que sea pública, que sea plataforma de la Patria, como dice Adriana, pero que también permita el vínculo con una vida posible y deseable, y creo que eso pasa por romper con el formato escolar y construir algo distinto.

6. ¿De qué hablamos cuando hablamos de cuidados? (y por qué su invisibilización es fuente de desigualdades)

Karina Batthyány, Nadya Araujo Guimarães

“Uno de los propósitos de una política de cuidado es modificar la división sexual del trabajo que asigna a las mujeres el rol de cuidadoras.”

Karina Batthyány

“Hemos avanzado con los estudios de cuidado, pero estamos muy lejos de traducir dichos avances en las normas de derechos en nuestros países.”

Nadya Araujo Guimarães

Nicolás Arata (NA): En los últimos años, el término *cuidado* ha comenzado a aparecer en primer plano en las políticas públicas y se ha convertido en una dimensión clave del análisis y la investigación sobre las políticas sociales, en particular las de protección social. En el marco de la pandemia, sin lugar a dudas, se intensificó la apelación al cuidado para designar las enormes dificultades que recaían sobre los trabajadores esenciales y, en especial, sobre las mujeres. Por otro lado, se observan –con más lentitud que la deseada– avances normativos que apuntan al reconocimiento de este como un asunto público y no privado. Comencemos entonces por preguntarnos: ¿de qué hablamos cuando hablamos del cuidado?

Karina Batthyány (KB): Me gustaría comenzar por dos ideas. La primera es que efectivamente el cuidado es, desde mi punto de vista, uno de los nudos centrales de las desigualdades, en particular de las desigualdades de género, pero no solo de ellas. La segunda es que este es un concepto en construcción, quizás ahora más construido que a inicios de este siglo, cuando empezó a darse el debate alrededor del concepto en América Latina. En estos años se han hecho grandes avances, y la vitalidad del campo académico y de investigación en América Latina y el Caribe en torno a este tema es sorprendente, sobre todo desde 2015.

Son muchas las definiciones posibles del cuidado porque, como decía, es un concepto que está en construcción. Hay

algunas definiciones muy abarcativas, que entienden el cuidado prácticamente como un concepto que atraviesa todas las dimensiones de la vida en general. A mí me gusta esa perspectiva, y lo que he hecho en estos últimos veinte años ha sido trabajar con una definición más acotada, en dos sentidos. En primer lugar, más acotada para poder abordar empíricamente el cuidado en clave de investigación y, en segundo lugar, y lo más importante para mí, más acotada para poder construir insumos para políticas públicas a partir de ella. Entonces, entiendo el cuidado como la acción de ayudar a una persona, a un niño, una niña o una persona dependiente en todas aquellas tareas que tienen que ver con el desarrollo y el bienestar de su vida cotidiana.

Digo siempre que esta definición amplia tiene por lo menos tres grandes dimensiones. La primera es una dimensión material, que yo asocio a los trabajos de cuidado, es decir, a las actividades concretas que realizamos cuando cuidamos a alguien. La segunda dimensión, más de corte económico, es que el cuidado implica un costo, algo que creo que sabemos todos y todas quienes hemos cuidado en nuestra vida. Y una tercera dimensión, más de corte psicológico, que implica el vínculo que se establece en la actividad del cuidado, que es un vínculo obviamente marcado por afecto, emociones y sentimientos. Esta es quizás la dimensión menos desarrollada desde el punto de vista de la investigación.

Además de estas tres dimensiones hay que establecer dos formas diferentes de realizar el cuidado. Para decirlo de forma sencilla: de manera paga o no paga. O más abstracta, de manera honoraria o remunerada.

A las tres dimensiones y dos formas hay que sumar a su vez dos ámbitos en los que se realizan estas actividades de cuidado, que son, en el lenguaje de nuestra querida María Ángeles Durán, puertas adentro o puertas afuera, es decir, dentro del ámbito familiar, de los hogares o por fuera de ese ámbito. Un elemento central para sumar es que no es posible hablar de cuidado sin hacer referencia a su aspecto relacional.

La definición que acabo de compartir es una síntesis de distintos planteos teóricos de autores y autoras que han trabajado este tema y está muy vinculada a lo que Carol Thomas llama “las dimensiones del cuidado”.¹⁷ Ella dice que tenemos que tener en cuenta la identidad social de quien cuida; la identidad social de quien es cuidado; la relación que se establece entre estas personas; la naturaleza del cuidado; el ámbito social donde se ubica esta situación de cuidado; el carácter económico y el contexto institucional en el que se ejerce. Creo que esta forma de aproximación también tiene ciertas particularidades en América Latina y el Caribe.

Nadya Araujo Guimarães (NAG): Karina presentó muy bien los contornos de lo que entendemos en el presente como *cuidado*. Para avanzar en un aspecto adicional podemos explorar otra vía de razonamiento. Una vía desafiante puesto que, si por una parte nos pone frente a un problema, por otra desvela una ventaja analítica del concepto de *cuidado*. Me refiero a considerarlo como una categoría de enlace. Dicha capacidad de enlazar distintas dimensiones intelectuales y de la vida social se fue cimentando a lo largo de la historia intelectual del concepto. Una historia, además, relativamente reciente, de la que resulta, como muy bien lo planteó Karina, un concepto todavía en construcción. Para entenderlo mejor, retorno a tu pregunta: “¿de qué hablamos cuando hablamos del cuidado?”, pero formulándola de manera algo distinta, y así tratando de dar curso a nuestro diálogo, a saber: ¿cuál ha sido la trayectoria intelectual que nos permitió de a poco desvelar, visibilizar –nombrando– el fenómeno del cuidado?

En su argumento Karina nos propuso que *cuidado* es un concepto reciente. Y que lo es no solo en América Latina sino

17 C. Thomas, “Deconstruyendo los conceptos de cuidados”, en *El trabajo de cuidados. Historia, teoría y políticas*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2011.

internacionalmente. Para seguir reflexionando sugiero que en la construcción del concepto de cuidado se puede reconocer una trayectoria de sucesivas refundiciones, que han producido una extensión progresiva de su contenido, hasta llegar a la definición presentada por Karina. De hecho, volviendo en el tiempo, advertimos el rol de una “madre fundadora”, Carol Gilligan, quien en 1982 sentó las bases para circunscribir el tema. Gilligan teorizó acerca de la dimensión ética del cuidado. A partir de su interés por explorar la psicología que sostenía la vida cotidiana de hombres y mujeres, observó la existencia de una forma diferente de resolver dilemas morales basada en lo que nombró como una “ética del *care*”. Dicha “voz diferente”, título de su libro,¹⁸ sería más recurrente entre las mujeres y estaría asentada en la experiencia de lo singular, en los sentimientos, en lo concreto y en lo relacional. Su contrapuesto, más común entre los hombres de acuerdo con los hallazgos de Gilligan, sería una “ética de la justicia”, fundada en principios racionales, abstractos y universales. Tras algunas críticas, Gilligan, en un prólogo a la segunda edición de su libro,¹⁹ trató de aclarar que la voz diferente que describió no se caracterizaba por el género, sino por el tema. Su asociación con las mujeres, lejos de configurar un esencialismo, sería un hallazgo empírico; a juicio de la autora eran las voces de las mujeres las que le permitían seguir las huellas del desarrollo de dicha ética. Así, en el campo de las ciencias sociales y de las humanidades, el primer movimiento teórico aprehende la categoría *cuidado* valorizando su dimensión ética. Es una forma de resolver dilemas morales.

18 C. Gilligan, *In a Different Voice, Psychological Theory and Women's Development*. Cambridge, MA, Harvard University Press, 1982 [ed. cast.: *La moral y la teoría: psicología del desarrollo femenino*, México, FCE, 1994].

19 C. Gilligan, “Letter to Readers”, en C. Gilligan, *In a Different Voice, Psychological Theory and Women's Development*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 2ª ed., 1993, pp. IX-XXVII.

Sin embargo, estos dilemas se plantean en un campo de sujetos desiguales: mujeres y hombres. En un famoso texto de 1989, Susan Okin promueve una nueva refundición del concepto al incluir la agenda del cuidado en los debates de teoría política.²⁰ Con las herramientas de una ciencia política de corte feminista cuestionó el vínculo biunívoco que uniría dos dimensiones, la de lo “público versus lo privado” y la de la “vida doméstica versus vida no-doméstica”, por su efecto de generar una falsa división entre una ética del cuidado y una ética de la justicia. Así, se produjo otro desplazamiento.

Unos años más tarde, la noción se acercó aún más a sus contornos actuales, cuando Joan Tronto, en 1993, sugirió que se debería concebir el cuidado como una actividad, distribuida de manera desigual y muy infravalorada.²¹ La “voz diferente” a la que había aludido Gilligan sería, en este sentido, la voz de aquellas personas cuya experiencia moral se construyó en torno a un trabajo, las tareas domésticas y sus cuidados específicos. Las diferencias y desigualdades de género, raza y clase, asociadas en una dimensión política, pasan a estar presentes en el corazón de la reflexión (en su origen) moral.

Pero el enfoque en el cuidado como actividad se amplió aún más con los avances simultáneos de Folbre y Ferber y Nelson en el campo de la llamada economía feminista.²² Quedaba claro que el trabajo no pagado de cuidado representaba una

20 S. M. Okin, *Justice, Gender and the Family*, Nueva York, Basic Books, 1989.

21 J. Tronto, *Moral Boundaries. A Political Argument for an Ethic of Care*, Nueva York - Londres, Routledge, 1993. Un poco antes la autora ya había formulado el argumento en B. Fisher y J. Tronto, “Toward a feminist theory of caring”, en E. Abel y M. Nelson (eds.), *Circles of Care: Work and Identity in Women's Lives*, Albany, State University of New York Press, 1990.

22 N. Folbre, *Who Pays for the Kids? Gender and the Structures of Constraint*, Londres, Routledge, 1994; M. A. Ferber y J. A. Nelson (eds.) (1993), *Feminist Economics Today: Beyond Economic Man*, Chicago, The University of Chicago Press.

economía no remunerada próspera, ejercida por mujeres en los dominios invisibles de sus hogares. Así, el concepto de cuidado se amplía una vez más y pasa a presentarse también como una forma de economía, en la cual florecía, además, un segmento del cuidado remunerado, capaz de generar empleo para las mujeres, aunque a menudo con salarios bajos y alta rotación.

Las refundiciones y ampliaciones no se detuvieron ahí. Esto se debe a que el cuidado también se convertiría en un campo de gran interés para una sociología del trabajo y el género. En efecto, a medida que el concepto de trabajo doméstico dio paso al de cuidado, cobraron importancia no solo las dimensiones económicas y morales, sino también las emocionales y simbólicas que allí estaban involucradas. Hoy el cuidado está en el centro del debate sobre el trabajo, si pensamos las formas de producción del vivir, de producir o recomponer el bienestar de los individuos. Además de una cuestión moral y política, es también una cuestión material porque involucra una economía basada en formas particulares de relaciones sociales de trabajo. Por eso, las sociólogas encontramos que el campo de los estudios del cuidado se volvió, tras su progresiva ampliación, especialmente relevante para entender las múltiples formas del trabajo de las mujeres. Además, las sociólogas reflexionan, retomando a Gilligan, sobre las formas de hacer oír estas “voces subalternas”, explorando las causas de la paradójica invisibilidad de un tipo de trabajo que, al mismo tiempo, es tan cercano a cada una de nosotras.

Vemos, entonces, la cuestión de que el ámbito privado está marcado por la inequidad es central en la discusión del cuidado desde su comienzo. Por eso aportar a la discusión del tema de inequidades en la vida social a través del prisma del cuidado es encarar el asunto de las desigualdades en primer término y esto, como lo vimos, ha sucedido en la historia del campo desde siempre. Además, con la pandemia, el dilema autonomía vs. dependencia (que estaría en la base de los debates sobre la definición de cuidado) daría paso a la prima-

cía de la vulnerabilidad: todos estamos involucrados en las tramas de cuidado y dependemos de él, convergiendo con lo que condujo a Tronto, en un trabajo más reciente (2013),²³ a conceptualizar el cuidado como un valor tan central para la democracia que nos haría apuntar a una “*caring democracy*”.

Ya ves cómo el concepto se desplaza poco a poco en el campo académico, y se enriquece mientras más vínculos teje entre diferentes cuestiones teóricas y campos disciplinarios. Al nombrar sus múltiples dimensiones, le conferimos al cuidado su visibilidad en el mundo intelectual, en tanto que fenómeno central a la vida social. Lo interesante es que la vigencia de la noción de cuidado, en el sentido contemporáneo al que describió Karina, es igualmente reciente en la vida social, y no solo en el mundo académico. En ese sentido, la pandemia, al operar como un dispositivo de visibilidad, sacó al fenómeno del cuidado de su anterior invisibilidad social. Al nombrarlo de manera recurrente, lo asociamos a un tipo de trabajo muchas veces invisible incluso para sus agentes, desvelando sus efectos esenciales de reproducción de la vida, del bienestar, del buen vivir. Así, si el cuidado es una categoría de enlace de distintos campos de la existencia social y de distintas dimensiones intelectuales, se mantuvo sorprendentemente invisible. Tan invisible que la pandemia nos asusta con la visibilidad que provocó.

NA: Nadya, en tus últimos trabajos incorporaste una noción desafiante en torno a esta cuestión: los circuitos de cuidados. ¿A qué problemas apela esta categoría y por qué es importante identificar esos circuitos? ¿Cómo se vieron afectados en el contexto de la pandemia, en especial en Brasil?

23 J. Tronto, *Caring Democracy: Markets, Equality and Justice*, Nueva York, New York University Press, 2013.

NAG: Lo tomo desde el punto en que dejé el comentario anterior. En las sociedades modernas, son diversas las formas de proveer el bienestar del otro en la producción del buen vivir. El desafío es cómo lo sistematizamos teóricamente. Tenemos varias formas de hacerlo, que Karina ya enunció en cierta medida. Podemos pensarlo desde el punto de vista de quiénes proveen o quiénes reciben el cuidado. Podemos pensarlo desde el punto de vista de la retribución: si es pagado, si no es pagado, cómo se paga. Podemos pensarlo desde el punto de vista del contexto: si se hace “puertas adentro” en los hogares, si se hace “puertas afuera” y si se especializa en situaciones. Antes dije que el concepto de cuidado funcionaría como un “concepto-enlace”, ahora digo que es importante separar situaciones. ¿Por qué es interesante hacerlo? Para sistematizar analíticamente y ver que bajo una misma actividad concreta hay múltiples juegos de significados y múltiples etiquetas sociales. Por ejemplo, es muy distinto que un papá o una mamá cambie los pañales de su hijo, a que le paguen a una niñera para hacerlo en su casa, o a que alguien lo haga en una guardería, o que lo haga la abuela que viene a ayudar y se queda con el bebé porque los padres tienen que salir a trabajar. Todos están cambiando los pañales, pero lo están haciendo bajo relaciones sociales diversas, que confieren un significado distinto a ese trabajo.

¿Por qué la idea de circuitos? Porque empiezo pensando la relación de cuidado como una relación de trabajo que está socialmente construida. Es un trabajo relacional y no solo porque supone la existencia de relaciones. Lo nombro como un trabajo relacional en el sentido preciso que le confirió Viviana Zelizer y lo sistematizó de manera muy clara en su último libro.²⁴ A saber, es relacional porque involucra el trabajo de producir fronteras, de diferenciar relaciones sociales significativas. Vale decir, según cómo actores o actrices den

sentido a un trabajo concreto de cuidado se define quién lo hace, bajo qué condiciones o relaciones de trabajo se hace y cómo ese trabajo se retribuye. Diferenciar analíticamente permite sistematizar y también visibilizar las formas variables de la relación social de cuidado. Y eso es en especial importante para el avance del conocimiento de la realidad en los países del Sur. En el Norte, la tradición en este campo de estudios ha estado muy volcada a entender el “cuidado como una profesión”, como en el caso-tipo del trabajo del personal de enfermería. Pero esa no es la única relación social de cuidado. En mis trabajos recientes, por ejemplo, identifiqué por lo menos otras dos: la relación social en la que se significa el “cuidado como obligación” y la relación social en la que se significa el “cuidado como ayuda”, de las que traté más detalladamente en dos libros recientes.²⁵

En el circuito del “cuidado como obligación”, si bien las actividades son auto y heterorreconocidas como “cuidado”, no se les confiere el carácter de “un trabajo”. Así, por ejemplo, en situaciones de entrevista cuando le preguntamos a una ama de casa si está trabajando (en el sentido de saber si tiene empleo regular), la respuesta suele ser “no, no trabajo; cuido de la casa” o “cuido de la familia”. Incluso porque aun cuando las mujeres comenzaron a ingresar de manera masiva al mercado laboral, han seguido acumulando tareas de cuidado doméstico no pagado, con el apoyo ocasional de otras mujeres de la familia (abuelas, suegras, tías, hermanas, hijas, etc.), en una relación que es también caracterizada en términos émicos como una “obligación” que se deriva del vínculo familiar. En este caso, “amor” y “responsabilidad familiar” son los significados que dan sentido a la relación social de cuidado y

25 N. Araujo Guimarães, *Care and Care Workers. A Latin American Perspective*, Champ Springer International Publishing, 2021; *O gênero do cuidado: desigualdades, significações e identidades*, San Pablo, Ateliê, 2020.

que estructuran el reconocimiento social y la identidad subjetiva de quienes lo realizan. Así entendido, estas actividades tampoco se recompensan mediante pagos en base monetaria.

En mis estudios empíricos recientes identifiqué además un tercer circuito, del “cuidado como ayuda”. Tampoco en este caso se entiende a las actividades realizadas como “trabajo”. Pero, a diferencia del anterior, las personas no se identifican como cumpliendo una “obligación” de cuidar. Las acciones adquieren el significado nativo de “ayuda”, y se sostienen (y se reproducen) a partir de relaciones sociales basadas en la reciprocidad, de vecindad o comunitaria. En virtud del significado conferido, tampoco es necesario establecer relaciones monetarias, aunque puedan existir. Es decir, no se espera que el dinero circule como forma de retribución a un trabajo de “ayuda” aunque, una vez que aparece, sea siempre bienvenido para quienes cuidan, dada la privación social que caracteriza tanto a proveedores como a los beneficiarios del “cuidado como ayuda”.

Esto nos permite vislumbrar otra dimensión relevante. Las desigualdades, en particular las de clase, informan tanto las posibilidades de acceder a la atención profesional como la forma en que los circuitos de atención se combinan como “profesión” y como “obligación”; pero, sobre todo, el vigor del circuito de “ayuda” como promotor de alternativas de cuidado (bajo diferentes y nuevos tipos de actividades) entre quienes viven en extrema pobreza y bajo escasa (o poco efectiva) protección de la política social.

Esos tres circuitos son, por decirlo de algún modo, ejercicios de sistematización analítica. Sin embargo, la compleja y variable forma de construcción social del cuidado en lo concreto hace que, aun cuando fijemos la atención en un único “circuito”, sean múltiples las configuraciones que se manifiestan, las formas que cobra la relación social de cuidado, de un país a otro. Así, por ejemplo, en el circuito de “cuidado como profesión”, además del trabajo de cuidado proporcionado por el personal de enfermería, otras configuraciones

son especialmente importantes en el Sur. Por ejemplo, en el caso de Brasil y de otros países de América Latina, el trabajo de las empleadas domésticas. ¿Qué es lo que hacen? ¿Cuál es su trabajo concreto? Sin ninguna duda, un trabajo de proveer cuidado, ya sea directo o indirecto. Sin embargo, socialmente no se las reconoce como “cuidadoras”, ni tampoco ellas se nombran así. En el caso de Brasil ni siquiera la nueva clasificación de ocupaciones, reformada en 2002, las ubica como trabajadoras del cuidado, aunque eso es lo que hacen. Más interesante todavía es observar que desde la década de 1990 cobra importancia creciente en Brasil un grupo de trabajadoras que se reconocen y a quienes reconocemos como “cuidadoras” (incluso confirmando a esa palabra un sentido que no tenía antes en el idioma portugués de Brasil). Además, desde 2002 la nueva clasificación ocupacional las reconoce como proveedoras de cuidado ya en los domicilios, ya sea en instituciones de salud y asistencia. Sin embargo, su reconocimiento profesional ha sido muy cuestionado por los organismos que representan los intereses del personal de enfermería, y por fin negado por el gobierno brasileño.

Una última observación. En el caso de Brasil, dos estudios empíricos realizados durante la pandemia para entender la gestión de los cuidados han apuntado que las cargas de trabajo no pagado, ya sea como “obligación” o como “ayuda”, se incrementaron muchísimo. Me refiero a los estudios de la SOF (Sempreviva Organização Feminista), resultantes de la encuesta “Sem Parar” divulgados a mediados de 2020, y de la Fiocruz (Fundação Oswaldo Cruz), cuyos resultados de la encuesta “Cuida Covid” se conocieron a fines de 2021. Observamos que la pandemia cambió el modo en que se estructuraban las relaciones de cuidado porque retuvo a las madres en sus casas, en muchos domicilios de clase media expulsó a las empleadas domésticas por temor de sus empleadores al contagio, en otros domicilios retuvo a las cuidadoras domiciliarias que se quedaron a vivir con las personas mayores a quienes cuidaban. Vale decir, se trastocaron las relacio-

nes ordinarias, no reguladas pero recurrentes, del trabajo del cuidado. La pandemia evidenció la interpenetración de los circuitos: la “profesión” puede mezclarse con rasgos que serían característicos de la “obligación”, o la “ayuda” mezclarse con la “obligación”.

NA: Karina, de un tiempo a esta parte has tenido un rol importante con relación al impulso y la promoción de las políticas de cuidado a nivel regional, en particular en la experiencia de Uruguay, el hasta ahora único Sistema Nacional Integral de Cuidados. ¿Qué discusiones se dieron en el marco de la elaboración de ese proyecto que pueden ser útiles para pensar su proyección al resto de la región y por qué crees que la pandemia deja instalado el tema para un tratamiento inmediato?

KB: En primer lugar, diría que en los últimos años el sistema de cuidados en el Uruguay ha sido desmantelado a pasos agigantados. Justamente a partir de esa evidencia lamentable creo que es posible pensar algunos aprendizajes de esta experiencia de Uruguay para el resto de la región. Pero empecemos por el principio. Así como definimos el cuidado digamos también qué son las políticas de cuidado, o mejor dicho qué entiendo yo que son las políticas de cuidado porque la definición puede ser discutible. Desde el punto de vista de la política pública, las políticas de cuidado son el conjunto de acciones públicas que abordan la organización social y económica de los trabajos destinados a garantizar el bienestar físico y emocional de las personas, en particular de aquellas que tienen algún nivel de dependencia, sea por su ciclo vital de niños o niñas, o por distintas circunstancias de la vida que hacen que no puedan autocuidarse. ¿Qué nos dejó la experiencia de Uruguay, pero también de otros países que están activando este tema? El primer aprendizaje remite a la primera pregunta, es decir, a la necesidad de establecer un discurso consensuado en torno a las cuestiones del cuidado para poder construir luego sistemas de cuidado. Si no sabemos de

qué estamos hablando, es difícil que podamos avanzar en la construcción de un sistema. Acá no estoy hablando del discurso consensuado entre las académicas y los académicos que trabajamos en el campo, sino un discurso consensuado entre los actores y los agentes convocados en cualquier política pública. Tenemos que consensuar qué entendemos por cuidado y por lo tanto qué va a ser objeto de una política de cuidado y qué no, y allí aparecen las fronteras, en otro sentido del que decía Nadya en su intervención anterior, las fronteras temáticas que siempre están cuando definimos una política pública. Ese fue un punto en el que la experiencia uruguaya trabajó y mucho, quizás incluso demasiado en términos temporales, porque se tomó un tiempo largo para esta etapa de consensuar entre distintos actores que venían de la política social, la educación, la salud, la economía, por supuesto las cuestiones de género. La definición que se tomó en Uruguay es la que yo compartí con matices en la primera pregunta.

Un segundo aprendizaje tiene que ver con entender que cuando formulamos una política de cuidado o un sistema integral de cuidados –mejor aún porque es una etapa superior a decir simplemente una política de cuidados– tenemos que proponernos de manera explícita equilibrar lo que llamamos la organización social del cuidado. Es decir, la distribución que tenemos hoy en nuestros países de los famosos cuatro agentes: la familia, el mercado, el Estado y la comunidad. Hoy tenemos un desequilibrio total hacia el campo de las mujeres de las familias, que son las que se hacen cargo en más de un 80% del trabajo de cuidado en América Latina y el Caribe. Equilibrar esa organización social del cuidado implica dos cosas. Por un lado, modificar la división social del trabajo y eso tiene que estar dicho, no puede ser una consecuencia no buscada de la política. Es uno de los propósitos de la política de cuidado: modificar la división sexual del trabajo que asigna a las mujeres el rol de cuidadoras. Por otro lado, de los cuatro agentes que nombré, no todos tienen la misma responsabilidad. La responsabilidad del Estado, en términos de política

pública, no es igual que la del mercado. Es necesario equilibrar esa organización del cuidado.

Redistribuir por supuesto también implica reformular, revalorizar, reconocer, y podemos jugar con todas las r que queramos, pero para una política pública de cuidado, creo yo, la clave está en la redistribución. Si no redistribuimos, poco vamos a avanzar en este campo.

En cuarto lugar, entender que una política de cuidado es intersectorial desde el vamos. No es un campo específico, como pueden ser las políticas económicas o las educativas, sino que convoca a distintos sectores de la política pública que se tienen que poner de acuerdo con el desafío primero que mencioné, que es el discurso consensuado, y en muchos otros.

Luego, y lo dejo casi para el final aunque habría que ponerlo al principio, entender que la perspectiva de género, la mirada feminista, tiene que estar desde el vamos en la construcción de la política pública, tiene que ser una dimensión incorporada de manera significativa. El tema del cuidado llegó al campo de las políticas públicas de la mano de la agenda feminista y esa mirada tiene que estar desde el punto cero porque de otra manera corremos el riesgo de que suceda lo que ha pasado en otros campos. El ejemplo más claro es el de la violencia, que llega a la agenda pública de la mano del género pero la cuestión de género desaparece en la implementación de las políticas.

Otro punto, que sí surge específicamente de la experiencia de Uruguay, es prestar mucha atención también, desde el momento cero de una política, a una tensión que se va a presentar en nuestros países, que están atravesando crisis económicas, que no tienen crecimientos desbordantes, que tienen problemas de recursos económicos, y es la tensión entre universalidad y focalización. Nosotras hemos definido el cuidado como un derecho que, en tanto universal, no es recortado. No es a mí me toca, a vos no te toca, a ti si porque sos más viejo, más joven, tenés más plata, menos plata, más hijos, menos hijos, más dependencia, menos dependen-

cia. Entonces, tiene que ser una política universal desde el vamos. ¿Y eso por qué está cuestionado? Por razones de recursos. ¿Cómo empezamos si los recursos son pocos? ¿Cómo empezamos la focalización progresiva, tal como se la llama? Pero el problema es que, por los ciclos políticos y electorales de nuestros países, cuando uno comienza por el camino de la focalización corre el riesgo de quedarse en la focalización eterna o indeterminada y nunca llegar a que sea una política universal. Esto no es nuevo, esta tensión también se dio cuando se discutieron las políticas educativas, las de salud, las distintas políticas asociadas a derechos que son por definición universales. Por poner un solo ejemplo, uno de los sectores para mí más críticos en el campo de los cuidados son los sectores medios, que quedan excluidos de las políticas estatales y también de lo que hacen los sectores altos, que es recurrir al mercado. Nunca se llega a esos sectores medios con políticas focalizadas, y para esos sectores por lo tanto la universalidad o el derecho al cuidado sigue siendo un debe. Es una política universal y su comienzo debe ser lo más universal posible. Y si el comienzo es focalizado tiene que tener plazos muy concretos que no son de veinte años, porque en veinte años todos los ciclos electorales nos dan vuelta las prioridades. Tienen que ser plazos mucho más cortos donde efectivamente se avance en esa universalización.

Y el último punto: hay que prestar mucha atención a los trabajos de cuidado y las profesiones asociadas al cuidado. Cuando uno desarrolla una política de cuidado surge una serie de ocupaciones, algunas que ya existían se formalizan y otras son nuevas. El tema es ver cómo profesionalizamos y valorizamos este trabajo de cuidados desde el comienzo, con un horizonte en mente que es no repetir el error de todos nuestros países latinoamericanos con el trabajo doméstico remunerado, que siempre fue el peor pago, el de menor cobertura social o de cobertura social más reciente.

NA: Desde su aparición como preocupación académica hasta hoy, los cuidados en general se han configurado como un campo de estudio dinámico y controvertido en las ciencias sociales contemporáneas. En América Latina y el Caribe los cuidados han sido objeto de conocimiento específico en los últimos veinte años. ¿Cuáles son los hitos y debates que marcaron el desarrollo del concepto en el marco de las ciencias sociales latinoamericanas y caribeñas?

NAG: El primer campo importante, a mi juicio, son los debates acerca de la opresión del trabajo doméstico no remunerado y la división sexual de trabajo. Karina ya habló antes en este sentido. Ha sido un debate histórico en la sociología; el campo del trabajo y los estudios de género han visibilizado la distribución desigual de tareas y la jerarquía en esta distribución. Un aporte más reciente del campo, que me parece muy interesante, es cómo mensurarlo. Porque una cosa es denunciarlo, demandar acciones como parte de una agenda de política feminista, pero lo desafiante es cómo medirlo, cómo dar solidez a lo que denunciamos sobre la base de nuestras consignas políticas. Una serie de encuestas llamadas “de uso de tiempo” investigó las cargas de cuidado y su distribución interna en los hogares recientemente en América Latina. Eso ha nutrido un debate importante acerca del alcance de dicha desigualdad entre hombres y mujeres, que es muy distinto entre países y a la vez decisivo ya sea para políticas públicas volcadas a compensar o a retribuir a quienes tienen cargas mayores, ya sea para acciones de concientización respecto de la necesidad de mayor participación de quienes no las encaran de forma cooperativa.

Otro desafío está en ver cómo dimensionamos las necesidades de cuidado. No hay política pública sin que se piense cómo son las necesidades de cuidado desde las familias. Las preguntas son múltiples y urgentes: ¿cuáles son las necesidades? ¿Cómo cambia su volumen en el tiempo y el espacio? ¿Cómo están distribuidas entre los varios tipos de familias?

¿Cómo son nuestras estadísticas y cómo las podemos armonizar para hacer dialogar las distintas fuentes de datos que tenemos en América Latina al respecto?

Otra cuestión que ha sido históricamente importante pero que es cada vez más relevante a partir de los estudios de cuidado es el empleo doméstico, del trabajo remunerado en los hogares. Frente a un continente de mujeres tan importante que se ocupa en esa actividad, es ineludible el reto de pensar la conexión entre desigualdades de clase, de raza, de etnia y de género. Y eso nos pone delante de una temática conexa muy interesante respecto de los nexos entre migración y cuidado. Muchos estudios se han producido en los países del Norte acerca de las llamadas “cadenas de cuidados”. Sin embargo, la investigación en América Latina ha aportado información relevante para evidenciar la pluralidad de estas cadenas. Lejos de reducirse al caso reiteradamente descrito en la literatura de los países del Norte como un flujo de migración de mujeres pobres latinas que se van al Norte para trabajar en las casas de las mujeres ricas y dejan sus hijitos con otras mujeres en el Sur, los estudios del cuidado en nuestro continente han evidenciado que el fenómeno es muchísimo más complejo entre nosotros, y han iluminado la discusión acerca de la movilidad de la fuerza de trabajo, las políticas de migración, el cuidado y las dimensiones de género.

Otro aspecto se refiere a la nueva profesionalización y sus derechos. Mientras más se consolida un campo de cuidado como mercantil, de trabajo remunerado, se multiplican las formas profesionales de proveerlo. ¿Cómo reconocerlas? ¿Cómo asociarles derechos? ¿Cómo contabilizarlas en las estadísticas públicas? Hemos avanzado con los estudios de cuidado, pero estamos muy lejos de traducir dichos avances en las estadísticas, en las políticas, en las normas de derechos en nuestros países.

Esto me lleva a un penúltimo punto, a una discusión que es crucial acerca del cuidado como derecho universal. El problema del cuidado no se resuelve con una suma de derechos

parciales que resultan de atributos de proveedoras o de beneficiarios. Así, no basta con dar unas horitas de descanso a una mamá obrera para que pueda alimentar a su hijo. Es más complejo. Y la pandemia, otra vez, puso el asunto en el centro de la mesa. De alguna manera todos nosotros somos dependientes de cuidado en algún momento de la vida. Y todos nosotros proveemos cuidado en algún momento de la vida para algunas personas. El cuidado como necesidad y el cuidado como provisión son dos dimensiones universales que nos tocan a todos. Los derechos que se asocian al cuidado también deben serlo. No se pueden fragmentar en tanto que dimensiones particulares del modo de ser del individuo en la sociedad, cobrando la forma de “Tengo derechos porque soy mujer trabajadora”, o “Tengo derechos porque soy viejito”, o “Tengo derechos porque soy bebé”.

Por último, la violencia, que no se restringe a la violencia doméstica, aunque esa sea muy importante y se haya incrementado en la pandemia. En América Latina hay que confrontar además el tema de la violencia política, que está haciendo aumentar las necesidades de cuidado y frente a la cual son las mujeres las que están bajo riesgos muy graves (como lo han demostrado estudios en Colombia). Lo que en Brasil llamamos “la guerra urbana”, por ejemplo, está produciendo un abanico de necesidades de cuidados demandadas por poblaciones que no serían tan dependientes, como es el caso de los jóvenes negros heridos, inmovilizados por la violencia de la policía. La violencia afecta tanto el lado de los proveedores como el lado de las necesidades de cuidado, sin hablar de la violencia doméstica, que como he dicho se incrementó muchísimo en la pandemia.

KB: Coincido con lo que plantea Nadya. Si tuviera que responder a tu pregunta seleccionando algunas palabras o algunos conceptos clave que puedan marcar algo así como hitos en América Latina en este tema, diría como primera palabra trabajo, como segunda bienestar, la tercera sería derecho,

la cuarta sería organización social del cuidado y la última sería interseccionalidad.

Empiezo por el trabajo porque creo firmemente que la discusión sobre los cuidados en América Latina está marcada, en primer lugar en el año 2000, en torno a la noción de trabajo, donde hubo una fuerte energía creativa. Yo en esos momentos estaba haciendo mi tesis de doctorado y la dediqué a esa discusión, con la intención de hacer una ruptura epistemológica con la noción clásica del trabajo. Romper con la idea de que el trabajo es casi lo mismo que el empleo. Todo lo que quedaba abajo del trabajo remunerado no se veía, parecía que no era trabajo. Ese es un primer hito: esa ruptura con la noción de trabajo y la incorporación del trabajo no remunerado como una dimensión más del trabajo. El trabajo es la suma de lo remunerado y no remunerado, al menos, es mucho más que eso, pero al menos es esa suma. Las encuestas del uso del tiempo empezaron a verse como la herramienta metodológica para dar cuenta de esta ruptura más conceptual o epistemológica. Eso marcó mucho la discusión latinoamericana, después el campo evolucionó y aparecieron otras dimensiones, pero yo identifico a esta ruptura con la noción de trabajo como el primer hito fundante.

Eso me lleva al segundo término, que es el del bienestar. La discusión en América Latina está muy marcada también por las distintas concepciones del bienestar social y los modelos truncos, en la mayoría de los casos, de desarrollo de estados de bienestar en la región, que sigue siendo un tema pendiente en términos globales. La idea es colocar la cuestión del cuidado, efectivamente, como uno de los ámbitos de provisión del bienestar. Eso también lo permitieron las encuestas de uso del tiempo, para marcar que el ámbito de las familias había sido despreciado históricamente, incluso en los primeros escritos de Giddens, que es el autor de referencia en las teorías de bienestar. Las encuestas de uso del tiempo nos permitieron rescatar dos dimensiones olvidadas para el

bienestar: el papel de las familias y el de la división sexual del trabajo dentro de ellas.

El tercer concepto que es propio de la región, que no quiere decir exclusivo, es la integración del derecho, de la cuestión del cuidado como un derecho. Laura Pautassi, en la Argentina, es una de las autoras que más ha trabajado sobre este punto de incorporar el cuidado a la cuarta ola de derechos, con todo lo que eso implica.

Mencioné también la noción de la organización social del cuidado, a la que muchas autoras han contribuido, como Eleonor Faur, nosotras mismas en el equipo de Uruguay, por supuesto Nadya, para entender cuál es la particularidad social del cuidado que se da en América Latina, donde por supuesto priman las familias pero también hay toda una cuestión comunitaria, particularmente en los territorios rurales o en los pequeños territorios, y en los asociados más a las poblaciones indígenas o distintas formas de cuidado comunitario. Eso también marca una diferencia en la conceptualización del cuidado en América Latina.

Y eso me lleva a la última noción, que es la de interseccionalidad, que es una cuestión que viene del campo de la teoría de género y hace referencia a la necesidad de incorporar esta mirada interseccional también en las cuestiones del cuidado. Por lo que decía recién de lo comunitario y por las particularidades que tenemos en nuestra región, es clave la necesidad de trabajar siempre en conjunto género, raza, clase, en fin, distintas intersecciones de las desigualdades para tratar de comprender este tema.

NA: La crisis desatada por la pandemia del coronavirus desquició las dinámicas laborales, domésticas y de cuidado, y profundizó las desigualdades y la crisis de los cuidados. El cuidado se volvió un tema central en lo cotidiano, y estuvo presente en numerosos debates públicos, académicos y políticos. Si proyectamos hacia el futuro, ¿qué prospectiva de la categoría cuidados pueden hacer?

NAG: Como bien dijiste, hay algunas cuestiones que han surgido con la experiencia de la pandemia. Son posibilidades de acción que han empezado a estar abiertas y en el horizonte. Yo diría, por lo menos, que hay tres caminos que aparecen como urgentes.

Uno es la cuestión del reconocimiento profesional de los derechos de las trabajadoras del cuidado. Este es un tema crucial porque en la pandemia hubo una vuelta atrás en el respeto de estos derechos, iniciativas patronales que permitieron privar de derechos incluso ahí donde estaban otorgados. Tomo el caso de las trabajadoras domésticas en Brasil. En 1988 se promulgó en el país nuestra última Constitución a la que llamamos con orgullo nuestra “Constitución ciudadana”. Sin embargo, en el artículo que fija los derechos de los trabajadores se incluye un párrafo que dice: “Para las trabajadoras a domicilio no se aplican los derechos que están en los ítems a, b, c, d, etc. etc.”; o sea, ellas fueron incorporadas en la Constitución más democrática de Brasil como trabajadoras de segunda clase, con derechos “a medias”. Recién con la revisión constitucional aprobada en el Parlamento en 2012, las trabajadoras domésticas se volvieron trabajadoras igualmente explotadas, pero no más infradimensionadas en sus derechos por una definición y exclusión constitucional. La victoria ha sido resultado de una intensa movilización colectiva. Sin embargo, la promulgación presidencial de revisión constitucional, en 2015, contradictoriamente bajo un gobierno de izquierda, produjo un retroceso en las conquistas de 2012: estableció una diferencia por la cual se seguía negando derechos a las trabajadoras a domicilio (domésticas y cuidadoras) con jornadas menores a tres días semanales. ¿Qué pasó con la pandemia? Se ha observado un movimiento de los empleadores en el sentido de migrar contratos laborales y transformar trabajadoras contratadas con derechos plenos en trabajadoras sin derechos por una reducción arbitraria de sus jornadas laborales. Así, hay que dar cuerpo, forma y consecuencia a la

idea de que en cuanto trabajadoras de cuidado ellas necesitan reconocimiento y derechos. Su vulnerabilidad permitió que, en una situación de crisis extremada, la fragilidad constitucional fuese utilizada no solo como reglamento para nuevos contratos laborales, sino para modificar contratos existentes, y así privar a las trabajadoras de sus derechos.

El segundo punto que es un desafío para la pospandemia se refiere a la gestión de la infraestructura social del cuidado. Ese es un tema alrededor del cual hemos reflexionado poco. Es muy interesante porque desde el Norte se volvió un concepto hermoso, atrayente, en especial cuando entró en el discurso inaugural del presidente norteamericano Joe Biden, tratando al cuidado como parte de la infraestructura social que es un derecho de la ciudadanía. Ese es un asunto muy importante y la pandemia lo dejó clarísimo. Aun allí donde construimos con mucha dificultad sistemas públicos universales de salud y de asistencia, y ese es el caso de Brasil, ese sistema se evidenció muy débil durante la pandemia. Por su debilidad pudo ser objeto de manejos impulsados por intereses políticos, evidentes en el caso del negacionismo brasileño frente a la pandemia. La cuestión que se plantea ahora es ¿cómo pensar la infraestructura social del cuidado en tanto que responsabilidad pública, política del Estado, más allá de la obligación familiar?

Eso me lleva al tercer punto, respecto del cual Karina anticipó importantes consideraciones. Tenemos que aceptar el desafío de actuar sobre las representaciones sociales acerca del cuidado. ¿Quién debe hacerlo? ¿Por qué a las mujeres les toca la obligación de cuidar? Necesitamos defender un reparto distinto del cuidado, incluso el derecho a no cuidar. Eso requiere intervenir en el plan simbólico de las representaciones acerca de las responsabilidades y de la injusta distribución de las cargas del cuidado, confrontando el modo en que dichas representaciones están internalizadas en las personas en nuestras sociedades. Si no actuamos respecto de este punto, es difícil que las políticas públicas sean du-

raderas y que los derechos sean socialmente reconocidos y estén garantizados.

KB: En términos prospectivos, creo que el desafío principal es tratar de construir eso que hoy se empieza a mencionar, que es la “sociedad de cuidado” o las “sociedades del cuidado”. Que entre paréntesis me alegra mucho que se nombre de esta manera porque hace muchos años que venimos planteando el tema, en particular desde las ciencias sociales, y personalmente tenía una especie de frustración cuando veía que todo se reducía a denominar esto como la “economía del cuidado”. Y que estábamos cayendo, una vez más, en la supremacía de la dimensión económica en este tema.

Y ahora, ayudados por la pandemia sin dudas, por ejemplo, la Cepal ha incorporado la terminología de “la sociedad de cuidado”. Menciono a la Cepal como un organismo que influye y que crea agenda. Hace quince años ellos tomaban la expresión economía del cuidado y yo decía: “Estamos cometiendo un error, tenemos que tener una mirada más amplia, tenemos que hablar de sociedades de cuidado, que incorpora lo económico, pero también todas las otras dimensiones, porque si no estamos yendo en contra de lo que hemos planteado”. Creo que esta discusión remite a una cuestión más amplia, que la pandemia también impulsó, y es que hay una necesidad de volver a discutir en todos los países de América Latina la ecuación sociedad/Estado. Durante los períodos más críticos de la pandemia quedó clara la necesidad de la presencia de un Estado que pudiera dar respuestas en situaciones de crisis como la sanitaria. Esta ecuación sociedad/Estado trasciende la cuestión de los cuidados, pero está presente. Y esto implica desplazar el eje de lo mercantil, que es el eje rector en la mayoría de nuestras sociedades. Hoy todo está definido por el eje del mercado y del acceso a ese mercado. O sea, el mercado está en el centro en vez de estar la vida y el cuidado de la vida.

Decimos que el mercado está en el centro incluso en nociones muy importantes como las de ciudadanía y democracia.

Es decir, yo hoy soy ciudadana en tanto soy consumidora, en tanto tengo posibilidad de consumo, y si esa posibilidad de consumo está restringida, se restringe también mi agencia ciudadana. Es una discusión más compleja, que no pretendo introducir en tu pregunta, pero creo que da el marco de interpretación para lo que estás planteando. Entonces, ese desplazar el eje del mercado y colocar en el centro la vida, que tanto se ha dicho durante la pandemia, nos lleva a la discusión de nuevos pactos o nuevos contratos, que creo que tienen que tener una mirada feminista, recuperar una vieja categoría del feminismo, que es la dimensión política de la vida cotidiana. Es decir, colocar en la discusión de esos pactos sociales la dimensión política de la vida cotidiana, que remite a discusiones de la ciudadanía, de la democracia, pero también a resaltar algunos elementos que creo van a ser centrales en esa prospectiva.

También hay que incluir la idea de interdependencia, por si a alguien no le quedó claro que somos todos interdependientes a nivel micro en nuestra vida cotidiana. Pensemos en el encierro durante la pandemia. Pero también pensemos a nivel macro: las vacunas, como un ejemplo en términos de esa interdependencia. La noción de interdependencia me lleva a la de corresponsabilidad, donde el cuidado es central.

Si me preguntaras si tengo una mirada optimista o pesimista sobre cómo va a continuar esta discusión del cuidado, yo creo que es un mix de las dos. El cuidado va a continuar en un lugar importante de discusión por todo lo que ya analizamos que provocó esta situación de pandemia, pero tenemos que “aprovechar” esa externalidad positiva de la pandemia para dar ahora las discusiones a las que yo remitía de esa nueva ecuación sociedad/Estado, de ese desplazar el eje del mercado a colocar la vida en el centro y a colocar la corresponsabilidad, la interdependencia, lo colectivo y en definitiva, la dimensión política de la vida cotidiana como un elemento central. Yo creo que allí van a estar los debates. En términos de las políticas que puedan acompañar esto, creo que hay in-

terresantes esfuerzos en América Latina, que ojalá se plasmen en los próximos años, aunque allí también tengo quizás una mirada un poquito más pesimista en cuanto a los tiempos necesarios para que todo eso se concrete. Creo que todavía estamos algo lejos de llegar a esa centralidad del cuidado o a esa dimensión de la sociedad del cuidado.

7. Juventudes en un tiempo desquiciado (y por qué debemos repensar que entendemos por la igualdad, la diferencia y lo diverso)

Darío Sztajnszrajber, Pablo Vommaro

“La pandemia es el efecto del colapso, no su inicio.”

Darío Sztajnszrajber

“El desafío es cómo volver a pensar la construcción de una igualdad basada en la diversidad. Una igualdad producida desde la diferencia, una igualdad diversa.”

Pablo Vommaro

Nicolás Arata (NA): En primer lugar, queremos situar este diálogo en el contexto de la pandemia pensada como una experiencia total que trastocó nuestras vidas cotidianas, que desarticuló buena parte de nuestros esquemas interpretativos y que, al tiempo que nos paralizó en nuestras casas, nos arrojó a nuevas formas de pensarnos y de situarnos ante la sociedad y les otros. ¿Qué ideas los han ayudado a ustedes a atravesar este tiempo excepcional? ¿Qué conceptos, de los que han surgido en el contexto de la pandemia u otros resignificados en el marco de este acontecimiento, pueden ofrecernos claves para ayudarnos a pensar e interpretar esta época?

Darío Sztajnszrajber (DS): Lejos quedó el primer mes de cuarentena, aquel tiempo en el que todos los medios hacían circular el debate de si finalmente la pandemia se iba a llevar puesto al capitalismo o no. Qué inocencia, qué ingenuidad, visto un tiempo después, pero qué fascinante que es el mundo de la teoría. Qué fantástico, en el doble sentido, que se permitían esos riesgos de pensar más allá de lo posible. Después, la realidad siempre nos acomoda un poco. Creo que podemos avizorar a lo largo de este tiempo, claramente, un proceso de normalización de todo lo que sucedió, que muestra cómo un suceso extraordinario, o sea algo que nos saca fuera del orden instituido, sin embargo logra una vez más acomodarse, volverse parte de la normalidad cotidiana. Es espeluznante pensar en el número de los muertos y los enfermos que aparecían al lado del clima de cada día, ese proceso de normali-

zación en el sentido más puro del término, cómo algo se nos fue volviendo normal. Pero creo que en aquellos primeros meses surgieron los análisis más disruptivos, porque después también la teoría terminó encajetada en esas formas que se fueron normalizando. Para mí, las lecturas más importantes fueron las de los primeros meses. Me acuerdo de un artículo de Paul Preciado, por ejemplo, a fin de marzo de 2020 en *El País*,²⁶ y todos los artículos de Agamben, que después dieron origen a un libro que se llama *La epidemia como política*.²⁷ Entre ellos, por ejemplo, uno en el que Agamben dice contra viento y marea que no es lo mismo el distanciamiento físico que el distanciamiento social. Algo que recién al año siguiente pudimos terminar de comprender: que no hacía falta promover una idea de aislamiento social cuando lo que se necesitaba era que los cuerpos no se contagiaran. Y esto lo entrelazo con el texto de Preciado, en el que para mí la idea más impactante fue que todo lo que sucedía estaba de algún modo preconfigurado. Entra en el debate de si realmente la pandemia fue un suceso extraordinario como parece o como se presenta, o si de alguna manera los dispositivos ya estaban preconfigurándola. En otras palabras, hasta qué punto este confinamiento no reconoce antes un confinamiento más bien simbólico en nuestro yo, en una sociedad atomizada, que también puede entenderse en términos de “acuarentenamiento” en uno mismo. En todo caso, esa nulidad del otro aparece en modo inmediato en los procesos de encierro. Y del mismo modo, en todo lo que fue sucediendo en la pandemia, uno puede encontrar esas predisposiciones. Me gusta ese análisis de Preciado, que lo que hace es desromantizar la previa. Porque parecería que antes de febrero de 2020 el

26 P. B. Preciado, “Aprendiendo del virus”, *El País*, 27/3/2020, disponible en <www.elpais.com>.

27 G. Agamben, *La epidemia como política*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2020.

mundo era fascinante y de repente todo colapsó. De alguna manera, la pandemia es el efecto del colapso, no su inicio. La necesidad de querer romper amarras entre lo que acaece en la pandemia y sus causas, como si no hubiese algún tipo de responsabilidad. Me interesa mucho el desquiciamiento del tiempo y del espacio, me parecen dos categorías claves, volviendo a la remanida frase de Shakespeare de que el tiempo está fuera de quicio. Yo creo que se desquició posta, se desacomodaron los ejes que nos acostumbraban a un tiempo lineal y productivo en términos tradicionales. El colapso del tiempo ha sido también el colapso de la productividad, porque son dos conceptos que están ligados, y también del espacio. La difuminación de la frontera, algo que también venía desconfigurándose, en este caso entre el afuera y el adentro. O sea, tiempo desquiciado, espacio desquiciado y, sin embargo, las subjetividades que siempre encuentran la manera farmacológica de volver a efectuar lo que parece ser en esa lucha de fuerzas la forma más conservadora del ser humano, que es acomodarse a lo que hay.

Pablo Vommaro (PV): Coincido con la mayor parte, por no decir con todo. Coincido en que, si esta charla se hubiese dado en junio o julio de 2020, por un lado, habríamos pensado que un año después íbamos a estar en la pospandemia y, por otro lado, todavía habríamos sido optimistas y habríamos pensado que la pandemia podía generar cambios por sí sola, o más bien que los dislocamientos generados a partir de la pandemia o de las políticas implementadas para contenerla podían generar rupturas o transformaciones mucho más profundas. Sin dudas, creo que ya no existe ese optimismo un poco ingenuo, un poco inocente, de que la pandemia por sí misma, o que los cambios generados a partir de la gestión de la pandemia, van a provocar transformaciones mucho más abruptas. De todos modos, creo que la pandemia generó en ese desquicio cierta tensión o cierta ventana de “oportunidad” para dar, al menos, algunos debates que antes de ella no

eran tan posibles, o eran más minoritarios. Creo que todas las discusiones sobre las desigualdades, sobre lo público, la distribución, sobre la fiscalidad, sobre la economía popular, sobre los cuidados y sobre las desigualdades de género que se visibilizaron con la pandemia, que aparecieron mucho más a flor de piel, no son nuevas; sin dudas preexistían. Creo que sigue estando esa suerte de tensión que la pandemia abrió, que está después en cada uno y en los colectivos, poder de cierta manera potenciar, intensificar. Una cuestión importante es la idea de que la pandemia profundizó, visibilizó, aceleró, digamos amplificó dinámicas sociales previas. Configuró algunas nuevas, hay algunas emergencias, pero creo que sobre todo hubo una reconfiguración de lo que estaba, a nivel de desigualdades y de cómo contrarrestarlas o de cómo construir igualdad, en el adentro y el afuera, lo público y lo privado, que también se han redimensionado, desde la vida pública que se retrajo o la vida social que sucedía adentro de los hogares, con lo cual los mundos privados se tornaron públicos, hasta dinámicas vinculadas con el teletrabajo o con la educación virtual. Por lo tanto, creo que lo público y lo privado son dimensiones que se reconfiguraron y sin dudas con efectos mucho más duraderos de lo que hoy podemos pensar. Trabajando con jóvenes, veo que hay efectos de la pandemia que para un joven que se está socializando, o sea alguien de 15 o 16 años, son muy fuertes. Piensen que esa persona entró a la pandemia con 13 o 14 años y salió con 15 o 16; es mucho. Hay algunos cambios que llegaron para quedarse, o al menos van a tener muchos más ecos de lo que pensamos, hablo de la vida cotidiana y la vida subjetiva de las personas; ahí el tiempo dirá cómo esos cambios se van acomodando, se van sedimentando. Sin dudas que hay una normalización, de hecho, se hablaba de la “nueva normalidad”, y a uno le salía de forma más o menos epidérmica decir: “¿Pero de qué nueva normalidad hablamos, si el mundo no es normal, más bien está desquiciado?”, como decía Darío. Si hay tiempos y hay espacios desquiciados, ¿cuál es la normalidad que vamos

a recuperar? Creo que ahí también hay todo un debate sobre la normalización, la capacidad que tiene el sistema para absorber este tipo de crisis o de dislocamientos, pero también cómo uno va generando discursos que tienen que ver con las nuevas normalidades, con adaptaciones. O si somos capaces de soportar y ampliar los intersticios de disrupción.

Hay un debate que se dio mucho durante 2020 y luego se fue dejando de lado, que es la oposición entre economía y vida. Economía o salud. Qué venía primero y qué después. Creo que es un debate muy interesante que sería bueno recuperar porque ¿hay una economía de la muerte y una economía de la vida? Por supuesto que no vamos a ser los primeros en decir que para que la economía capitalista funcione necesita de muerte, pero este debate puso eso en evidencia. Se decía “basta de cuidados, volvamos a la productividad”, “abramos, hagamos aperturas inteligentes”. Inteligentes en general para las grandes corporaciones y para el poder económico concentrado. Es un debate que también sirve para abordar la cuestión del vínculo con la naturaleza, con el ambiente, para poder pensar qué economía para qué sociedad, o qué sociedad para qué economía. Y lo último, sin dudas hubo una reconfiguración fuerte de la espacialización y la temporalidad. Hay un filósofo alemán, Hartmut Rosa, que analiza la temporalidad en el capitalismo contemporáneo y muestra cómo, durante la pandemia, la multitarea y la simultaneidad hicieron que los tiempos fueran mucho más acelerados que antes. Por lo tanto, esta temporalidad dislocada, pero acelerada y simultánea, superpuesta y discontinua, que la virtualidad amplificó o magnificó, se sumó a una espacialidad en la que las fronteras se reconfiguraron, con flujos y retracciones moduladas a través de lógicas un poco distintas a las de antes de la pandemia. En los territorios populares, donde la pandemia pegó mucho más, esas dificultades, que fueron también de circulación o de reconfiguración de la circulación, hicieron que las vidas se vieran mucho más dislocadas y mucho más afectadas que en otros espacios.

Karina Batthyány (KB): Leímos algunas entrevistas, Darío, en las que sostenías que una de las funciones de la filosofía era precisamente enseñar a desviar la mirada de lo establecido, de lo ordinario en nuestras vidas cotidianas, y agregabas que al final del día lo que la filosofía se propone es agitar una práctica de la pregunta. ¿Qué preguntas imaginás que va a dejar sobrevolando en el ambiente este acontecimiento? ¿Son preguntas nuevas o lo nuevo se combina con asuntos, deudas, dudas sobre los que la humanidad suele volver una y otra vez frente a cada crisis histórica?

DS: Creo que obviamente todo este acontecimiento, y no es casual, lo que ha disparado es mucha indagación filosófica, porque es un acontecimiento que nos lleva a los límites de la construcción de sentido de lo real. Tomando categorías de un pensador olvidado, lamentablemente, pero que más que nunca habría que retomar en este tiempo, que es Thomas Kuhn, los paradigmas se visualizan cuando el sentido común entra en crisis, de lo contrario no visualizás los contornos, los confines desde los cuales se constituye sentido. Hay un texto de Agamben que se llama “Qué es lo contemporáneo”, en el que dice que los problemas de la contemporaneidad, en general, suelen enceguernos porque está tan iluminado el presente que no podemos vislumbrar sus penumbras. Entonces, dice, ser contemporáneo es fijar la vista en lo oscuro, en lo que queda afuera, ser intempestivo. Me parece que la filosofía en esa lógica de ir hacia los confines se encontró, casi sin querer, con la crudeza; me hizo acordar a esa escena de *Matrix* en la que Morpheo le presenta a Neo la realidad, y le dice: “Bienvenidos al desierto de lo real”. El desierto de lo real se manifestó en toda su crudeza. El tema es hasta qué punto nos dejamos llevar puestos, y eso para mí, el dejarse llevar puesto, el dejar que otro arrije y desquebraje los cimientos de nuestros lugares seguros, es lo que muchos entendemos como la única posibilidad de movimiento. Porque del otro lado está

esa especie de adulación del voluntarismo, que cree que el ser humano puede por sí solo decidir y construir la realidad que desea, una idea que cuestiona justamente la propia idea del deseo, porque si algo no tiene el deseo es control o capacidad de decisión o de dominio. Me parece que la pandemia nos llevó puestos. Por eso en el campo empírico encontramos tanta crisis: crisis desde los vínculos, crisis laboral, crisis vocacional; o sea, quedamos patas para arriba. Y ahí bienvenido el desquiciamiento, porque trasluce una normalización de la que hay que potenciar su segundo sentido, que es la adecuación a la norma, o sea, normalización como enajenación. Entonces, que el tiempo se haya desquiciado significa no solo que no podemos controlar o que nos desacostumbramos a la forma de nuestra experiencia del tiempo, sino que la experiencia del tiempo de la que proveníamos era una experiencia del tiempo que nos abducía y nos nominalizaba en la necesidad de la “maquinilla productiva”. Subrayo esto porque Derrida, un filósofo que a mí me gusta mucho, todo el tiempo pone el acento en la llegada de lo otro, lo que te resquebraja y te zamarrea, no lo que uno espera que suceda, porque si no sigue siendo ahí la subjetividad la que construye los contornos. La pandemia generó dos reacciones adversas. Una más filosófica, que es me dejo llevar y que sea lo que sea, como la canción. Que siempre va a ser más genuino que lo que era. O, y creo que esta segunda forma de reacción fue la más común, una vez más reacciono desde la productividad, la seguridad, la farmacología, los lugares consabidos, una vez más rehúso a la filosofía de vida, a la posibilidad de una indagación existencial radicalizada, que me mueva de mis lugares seguros. Ha sido una gran oportunidad, el tema es si me subí o no me subí, porque seguramente será esta única vez en la vida en que la oportunidad se nos dé de este modo. Una oportunidad como correlato de una tragedia histórica y mundial, pero que no deja de ser una oportunidad. Etimología de la palabra oportunidad: es puerto. La “o” es el prefijo de lo que está en frente, tenés en frente el puerto. Eso es la oportunidad. Te

subís al barco o no te subís al barco. Y si no te subís al barco es porque desechás la oportunidad, porque te creés que la cosa pasa por tierra firme. Los que creemos que es al revés, que la existencia básicamente es un viaje y que los puertos son ilusiones que nos creamos para sosegar un poco el vértigo de estar siempre andando, por supuesto visualizamos toda esta situación en ese otro aspecto que tiene de oportunidad para movernos un poco del lugar en el que estábamos.

NA: Pablo, los números de la pandemia de alguna manera densificaron una imagen que es la cruz de nuestro continente. Esta idea, también consabida, de que América Latina es la región más desigual del planeta. Parecería que el fenómeno de la desigualdad desde los tiempos de la conquista hasta nuestros días ha soportado estoicamente las transformaciones históricas a lo largo y a lo ancho de la región para ser aquello que permanece. En otras palabras, pase lo que pase, gobierne quien gobierne, desigualdad va a haber. La pregunta es: ¿nos caracteriza a los latinoamericanos la desigualdad? ¿La desigualdad ha impacto en los grupos sociales y en las franjas etarias de la misma manera?

PV: Por un lado, creo que medida de diferentes maneras y con diferentes pruebas o bases empíricas, América Latina sin dudas es la región más desigual del mundo. También es la más diversa. Creo que esas son dos características importantes en la región. En muchos aspectos, América Latina aparece como una suerte de “laboratorio” de experiencias sociales, políticas, culturales signadas, atravesadas, por esta cuestión de la diversidad. Y, sin duda, como vos decías, hay una persistencia de las desigualdades, inclusive es una de las claves interpretativas para analizar los límites de los llamados gobiernos progresistas o populares de las últimas décadas y también para entender muchas de las rebeliones y de las protestas o las movilizaciones de los últimos años. Muchos caracterizan lo que sucedió recientemente en Chile, Colombia y Ecuador

como las protestas de la desigualdad. Entre 2000 y 2015 aproximadamente, en diferentes países hubo experiencias de gobiernos de signo progresista que trabajaron en la distribución del ingreso y en políticas sociales, económicas, en ampliación de derechos, en la incorporación de las diversidades sociales a los marcos normativos, de diferentes minorías vinculadas a sexualidades, disidencias, géneros, y hasta consumos como la marihuana. Es decir, hubo una incorporación paulatina de poblaciones (como las indígenas en los estados plurinacionales), derechos, reconocimientos fuertes, hubo una redistribución del ingreso bastante importante con bajas en indicadores negativos como el de la pobreza, es decir, con mejoras relativas de muchos indicadores. Pero las desigualdades persistieron. Uno podría adoptar la posición de un marxista clásico y decir que el capitalismo es inherentemente desigual, que cualquier administración, cualquier gestión del capitalismo no va a poder perforar ciertas lógicas, ciertas dinámicas de producción y reproducción social de las desigualdades. Sin embargo, al ver experiencias de otros países o regiones, también podemos constatar que algunas mejoras políticas, económicas y sociales que se dieron a lo largo de quince o veinte años se pudieron traducir con más facilidad o de manera más transparente en mejoras de los indicadores vinculados con desigualdades sociales. Eso pasó mucho menos en América Latina, donde hubo indicadores que mejoraron, nuevos derechos que se fueron ampliando, poblaciones que se reconocieron, pero desigualdades que persisten. También creo que hemos avanzado mucho en la región en reconocer lo que llamamos desigualdades multidimensionales o interseccionales, es decir, no solo pensar en desigualdades por ingreso, por renta o por distribución de la riqueza, sino desigualdades interseccionalizadas o multidimensionalizadas en diferentes esferas, en diferentes planos. François Dubet habla de la experiencia de la desigualdad, es decir, no solo hay que entender la desigualdad como una posición o como algo estructural, sino también como algo que las personas experimentan y mu-

chas veces reproducen. Tiene un libro que se llama *Por qué preferimos la desigualdad*,²⁸ es decir, por qué realizamos acciones cotidianas que producen y reproducen los dispositivos sociales que justamente producen desigualdades. Quiero decir que no todos los grupos sociales experimentan de igual manera las desigualdades. En esta concepción multidimensional o interseccional, en esta trama de las desigualdades, aparecen mujeres, mujeres jóvenes, mujeres jóvenes campesinas, mujeres jóvenes negras, jóvenes urbanos de barrios periféricos o populares, pueblos indígenas: son diferentes dimensiones que se van entramando y entrelazando, por eso la cuestión es tan difícil de abordar y es tan complicado desatar estos nudos y perforar ciertas lógicas. Aunque los indicadores mejoren, las lógicas son persistentes, y lo interesante de abordar desigualdades tiene que ver con pensar en una lógica relacional, en el “entre”. La pobreza suele aparecer como un estado fijo; se habla de “sacar a la gente de la pobreza”, se dice que alguien “cayó en la pobreza”. Con inclusión y exclusión sucede lo mismo. “Incluyamos”, “quedaron incluidos”. Parecen estados fijos con bastante rigidez. Casi siempre, además, escrutamos cómo viven los pobres, pero vemos poco cómo viven los super ricos. En cambio, con respecto a las desigualdades, siempre estamos hablando de una perspectiva relacional, ese “entre” en el que están las claves para contrarrestar estas lógicas. Retornando a las desigualdades y a las diversidades como características de la región, creo que el desafío es cómo volver a pensar la construcción de una igualdad basada en la diversidad. Una igualdad producida desde la diferencia, una igualdad diversa. La igualdad se suele ver como homogeneizadora, como aplanadora de la diferencia. Somos todos iguales ante la ley, borramos cualquier diferencia, la ficción ciudadana es “un hombre, un voto”, todo vale igual. El sistema educativo

28 François Dubet, *¿Por qué preferimos la desigualdad? (aunque digamos lo contrario)*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2015.

busca homogeneizar, todos con el mismo uniforme, a la misma hora, con los mismos tiempos, con las mismas espacialidades. Lo opuesto a eso es una suerte de individualismo de mercado neoliberal o de políticas focalizadas, que atienden a algunas poblaciones y abandonan a otras. Hay un desafío de recuperar una aspiración de lo común, “universalizante”, y una aspiración igualadora. El tema es cómo esa igualdad no borra la diferencia, no invisibiliza las diversidades, por lo tanto, cómo pensamos en desigualdades y diversidades o en igualdad y diferencia, como desafíos, sin duda, filosóficos, políticos, históricos, académicos, científicos, pero también como desafíos de la práctica política concreta cotidiana, de cada política pública, de cada militancia y de cada acción social que uno emprende.

KB: Una tradición del pensamiento político latinoamericano descansa en la idea de que la mejor forma de enfrentar esas desigualdades es apelando a la justicia social como herramienta de transformación. ¿Cómo podemos pensar y procesar la desigualdad desde esa mirada?

DS: Quiero retomar lo último que decía Pablo sobre la igualdad y la diferencia. Traigo una frase de Levinas, a partir de la cual Derrida escribe toda su última etapa filosófica. Levinas dice: “La justicia, o sea el otro”. No hay ninguna otra intención de la justicia que no sea que la justicia siempre es del otro. Si la justicia siempre es del otro, el proceso es por un lado inalcanzable en términos prácticos. Al revés diríamos que las prácticas institucionales no tienen otra intención que aspirar a alcanzar lo máximo posible esa justicia imposible, que sin embargo casi espectralmente alerta a cada sistema de derecho o a cada propuesta política que se totaliza a sí misma, y se presenta unívoca y dogmáticamente como propuesta, como única salida. La distinción entre justicia y derecho es clave; el derecho siempre es deconstruible, siempre es falible, por eso siempre estamos deconstruyendo en la medida en que

seguimos, usando términos argentinos, ampliando derechos. Necesitamos seguir ampliando derechos. ¿Cuándo termina la ampliación de derechos? Nunca. Algún día discutiremos los derechos de los clones, porque la transformación material de la realidad exige que las instituciones no descansen. Por eso, la justicia es del otro, y la democracia está siempre por venir, como dice Derrida. Porque nunca está terminada o realizada. Siempre nuestra exigencia ética-política es preguntarnos en cada época quiénes son hoy los excluidos, quiénes son hoy los que quedan afuera, porque siempre alguien queda afuera, porque la naturaleza de la otredad es que los sistemas se autoerigen soberanos poniendo a disposición un otro que siempre queda afuera.

Entonces, esa ampliación de derechos sin dudas va por diferentes lugares. El otro es primordialmente el carente desde la variable económica y social. La pobreza, la indigencia es el gran indicador de esa otredad. También la otredad tiene que ver con sistemas de derecho que arrojan a la anomalía diferentes formas de la identidad. El otro es la mujer y las disidencias sexuales, pero también lo animal. Esa gran otredad a partir de la cual desplegamos nuestra identidad humana dando por supuesto que tenemos a disposición al resto de los seres vivientes para nuestra supervivencia. El otro siempre en tanto otro es la justificación de su disolución en función de nuestra necesidad. Hay un otro en la medida que suponemos que el otro nos pertenece, nos corresponde -su muerte, en términos simbólicos- para nuestra supervivencia. En la medida que pensamos que para sobrevivir se justifica la muerte de un otro, ahí hay un otro. Y la justicia es la emancipación de ese otro. Por lo menos desde la narrativa filosófica, la justicia social es una militancia abierta, no es un punto de llegada, es un punto de partida permanente. Qué fuerte cuando lo que nos pega es la sensación de que hemos alcanzado un estadio, que hemos ampliado derechos. Cada vez que logramos la ampliación de derechos ya estamos viendo hacia dónde tenemos que seguir esa ampliación. No dormimos, no sosegarnos.

Ampliar es un verbo, estamos ampliando, y desde ahí discutimos la idea de libertad. La libertad no es un punto de llegada. Libertad es liberarse, no llegar a una sociedad libre, sino estar liberándose permanentemente de las distintas formas de sujeción en las que caímos o nos toca vivir.

Retomo una cosa que dijo Pablo. En filosofía primera, la que llamamos ontología, que es el estudio del ente en tanto ente, eso que nadie estudia ya, se diferencia igualdad de identidad, porque para que haya igualdad tiene que haber diferencia. Lo que se iguala son dos entidades diferentes, si se tratase de la misma entidad no habría igualdad. La identidad, al revés, es la prevalencia de lo mismo. Entonces la identidad subsume a la diferencia, en algún punto la niega. Las búsquedas identitarias suelen desalojar lo diferente, en cambio la igualdad como criterio es mucho más abierta a la diferencia, porque necesita la postulación de lo diferente para plantear entonces la necesidad de la igualdad.

NA: Si algún fantasma recorre el campo progresista es que un sector muy importante y significativo de las juventudes ha pasado de un compromiso fuerte con la militancia política hacia ciertas posiciones que, si bien no podemos calificar de indiferentes, dan cuenta de ciertas dosis de apatía. Al mismo tiempo, son movimientos juveniles los que se han vuelto el rostro más visible de algunas de las grandes batallas de nuestro tiempo: la campaña por la despenalización del aborto y las luchas contra el cambio climático, por citar dos. ¿Cómo está para ustedes mutando, si es que lo está, la participación de los jóvenes? ¿Perciben que se están gestando nuevas formas de participación que pueden ser leídas en claves generacionales?

PV: Creo que, sin dudas, hay una búsqueda generacional de otras formas de compromiso con lo público, de involucramiento y participación política. Creo que hay una búsqueda, que no es nueva pero que sí es de los últimos años o de las últimas décadas, que tiene que ver con percibir que hay un

agotamiento de formas existentes. Hay un límite de la política entendida solo como representación, de la política como la gestión de lo dado, de lo establecido y de la política vinculada o circunscripta solo con el sistema político. Esto no quiere decir que esas búsquedas vayan siempre por el lado de la transformación progresiva de la sociedad, de transformaciones por más igualdad, por más derechos, por más reconocimientos, porque también hay búsquedas que van para un lado regresivo, conservador o de desandar algunos caminos y conquistas. Pero sí creo que esta búsqueda se relaciona con una percepción, que en muchos casos es una verificación contrastable o constatable, del agotamiento de formas políticas dadas. Hay una noción que varios autores utilizan y discuten, que es la de politización, que justamente tiene que ver con tornar políticas dimensiones que a priori no lo son. Es decir, hay una ampliación de lo público. La frase feminista de los años cincuenta que dice que “lo personal es político” sin dudas hace referencia a esferas de la vida cotidiana, afinidades, estilos, gustos, éticas y estéticas que se van politizando, es decir, se van haciendo públicas, conflictivas, colectivas, organizadas, concenciosas, en fin. Eso está relacionado con una redefinición de la política. Creo por otra parte que hay cierto protagonismo juvenil de las últimas décadas, no solo en la política. Uno podría hablar rápidamente de la noción de juvenilización, que junto con la noción de feminización son dos procesos que signan de cierta manera al mundo contemporáneo. Esto no quiere decir que haya más jóvenes, sino que rasgos atribuidos a las juventudes se han difundido por muchas esferas sociales y son concebidos como positivos. Hay muchos autores que hablan del imperio de las juventudes en los últimos cuarenta o cincuenta años, de la era de las juventudes, que tiene que ver con una juvenilización de la vida, de los consumos, de la producción. Es un mundo más juvenilizado pero más adultocéntrico. Algo parecido sucede con el género y las disidencias; hay ampliación de derechos y conquistas, pero el mundo patriarcal está ahí. Hay cierta ambivalencia entre

un mundo juvenilizado y un mundo adultocéntrico, que hace justamente que las juventudes tengan otras búsquedas y otras formas de compromiso con lo público, otras formas de participación. Por lo tanto, yo no vería descompromiso, apatía, desinterés, sino más bien búsquedas. Búsquedas que aparecen mucho más visibles en algunos momentos y un poco más opacas en otros, y sin dudas, búsquedas que no son lineales, que son discontinuas, que son sinuosas, como las temporalidades juveniles de hoy. Son búsquedas que van en la dirección de lo efímero, de lo simultáneo, de lo superpuesto. Y desde ya que para estas búsquedas la mirada generacional es muy útil porque permite precisamente observar las emergencias, en la línea de lo que Darío decía, de aquello que nos enceguece y revela la necesidad de mirar las zonas oscuras o menos iluminadas. La mirada generacional permite ver estas zonas más oscuras, menos visibilizadas, menos reconocidas, menos escuchadas y esto es lo interesante de estas emergencias de la producción política juvenil.

DS: Coincido ciento por ciento con todos los conceptos que arrojó Pablo. Creo básicamente que hay una repolitización en la medida en que los jóvenes encuentran a lo político en un lugar inmanente. “Lo personal es político” propone entender que el joven vive las relaciones de poder en cada acto cotidiano, es eso: la cotidianización del poder. Es algo que la política tradicional excluye o de lo que no se hace cargo. Por eso, como bien dice Pablo, es transideológico; pueden ser jóvenes conservadores, pueden ser jóvenes progres, no importa. Lo que hay en mucha juventud es esa experiencia del poder en el ejercicio de sus prácticas cotidianas, en subirse a un colectivo, en comprarse una cerveza, en el vuelto que no le dan en un supermercado, en el padre que no le permite hacer un viaje. Hay una reivindicación de que todos esos actos son políticos y una representatividad que se da en la medida en que esas fuerzas de poder se traducen en formas de lo político que no son las tradicionales. Nosotros venimos de décadas

donde pensábamos que la crisis de la política tradicional solo producía como consecuencia colateral la antipolítica o la despolitización, que no es lo mismo. Increíblemente o paradójicamente, toda esta especie de efervescencia de lo político de muchos jóvenes en posturas mucho más conservadoras o libertarias lejos están de la despolitización. Construyen antipolítica frente a la política tradicional, pero hay una erotización de la representatividad muy importante puesta en esa experiencia de que viven, en todo caso, las relaciones de poder en esa microfísica cotidiana. Por ello podemos decir que triunfó la frase “lo personal es político” y fue apropiada en todas estas distintas formas. Me parece que en ese sentido también se cae el mito del retorno de la política en términos de política tradicional, que fue algo que en estas dos décadas del siglo XXI se planteó como una especie de retorno puro de las formas de la política setentista. Me parece que, al revés, esta especie de erotización de lo político tiene mucho más que ver con lo originario de la política que estas formas tradicionales que quedan en un artificio.

KB: Hobsbawm tiene una anécdota de su infancia cuando, durante un paseo al cuidado de su niñera por las calles de Alejandría, se cruzaron con un mendigo que les pidió limosna. La niñera se la negó y el hombre se dirigió al pequeño y le obsequió una maldición. Le dijo: “Ojalá te toque vivir tiempos interesantes”. ¿Creen que los nuestros son tiempos interesantes? ¿Cuáles son las expectativas, los miedos, las esperanzas que moviliza esta época?

PV: Creo que sin dudas son tiempos interesantes, con la ambivalencia que tiene esto. Interesantes como una maldición, pero también como un desafío. Creo que una maldición puede ser también una oportunidad o un desafío para desplazarse de una posición, de una certeza, para sustraerse de una lógica dominante. Por lo tanto, creo que cuán interesantes o para dónde derive este carácter interesante de estos tiempos

va a depender de la contingencia histórica y de las luchas, o de los despliegues políticos subjetivos que seamos capaces de dar. Creo que hay una cuestión fuerte que aparecía en la pregunta respecto al miedo, es decir, hay una productividad política del miedo. Sin dudas que hay estrategias o dispositivos de gobierno y de modulación de las poblaciones a partir de manejar los miedos sociales. Es una sociedad que construye el miedo como una herramienta de subordinación política. Hablo del miedo al otro. El miedo al otro como el miedo al diferente, al distinto, al migrante, al extranjero, pero también al otro que me va a robar. Yo me enrejo en mi casa porque el afuera aparece como una amenaza, como un peligro. En su libro *El declive del hombre público*,²⁹ Sennett habla de las transformaciones de lo público y de cómo lo público pasó de ser un espacio de encuentro, de realización y de mostrarse ante otros a un espacio de peligro, amenaza, de miedo a encontrarme con el otro como un posible peligro hacia mi forma de ser, mis valores, incluso hacia mi existencia física cuando me pueden matar, me pueden agredir, me pueden robar o violentar sexualmente. Ahí hay una transformación de lo público que tiene que ver con la productividad política del miedo. Yo creo que en estos tiempos interesantes hay que movilizar más en clave de expectativas, oportunidades, posibilidades que se abren. Creo que está bueno pensar en ser capaces de ensanchar estos intersticios de los que antes hablábamos. El desafío de conmover certezas y de que esas certezas sean las lógicas dominantes. La mujer cuida: es una certeza que podemos conmover; el joven paga un derecho de piso y tiene que hacer los peores trabajos: también es una certeza que podemos conmover. Digo certezas que tienen que ver con estas lógicas cotidianas, más allá de las grandes certezas capitalistas. Estas lógicas cotidianas son las que creo que

29 R. Sennett, *El declive del hombre público*, Barcelona, Anagrama, 2011.

tenemos que ser capaces de conmové, de ensanchar esas brechas que se fueron abriendo con la pandemia y justamente de habitar estas tensiones. También venimos de una lógica que tendía a cerrar tensiones, y creo que hay que avanzar hacia una lógica, como decía Darío, de la ambigüedad, de la ambivalencia. En septiembre de 2021 celebramos los cien años del nacimiento de Paulo Freire, una pedagogía de la pregunta y una filosofía, como decía Darío, de la pregunta. Si uno avanza hacia las preguntas, avanza hacia las ambigüedades, avanza hacia las ambivalencias y hacia los intersticios, sabe que más que cerrar la tensión o cerrar la brecha el desafío es mantenerlas abiertas para ensancharlas y para poder lograr a partir de ahí transformaciones. No querer volver rápido hacia la certeza, sino habitar esta incertidumbre en tanto brecha de posibilidad o condición de posibilidad que permite generar los cambios que creo que la mayoría buscamos.

NA: Atisbar el futuro es algo que se nos ha vuelto especialmente difícil en estos tiempos. Sin embargo, sabemos que no podemos ceder al ejercicio de imaginar el futuro y plantearnos ciertas prospectivas o van a ser otros quienes hagan la prospectiva por nosotros. ¿Cómo imaginan el porvenir?

DS: Lo que pasa es que imaginar el porvenir es anular el porvenir. Cada vez que el futuro llega ya no es el futuro. La gran paradoja del futuro es que está siempre en estado de posibilidad. Cuando el futuro llega pasa a ser el presente. Estamos condenados al presente e incluso toda elucubración sobre el futuro está hecha desde una proyección del presente. Incluso diría desde el deseo que en el presente nos atraviesa en función de ese futuro. Creo que cuanto más nos deconstruyamos, más el futuro puede llegar con todo su carácter de novedad, de otredad, incluso de utopía, porque me parece que la domesticación de la utopía tiene que ver con creer que la utopía es algo planificable, calculable, negociable. Y todo lo que proyectemos desde el presente sobre esa utopía por venir

está totalmente infectado por las tensiones y contradicciones de un presente, que si se imagina un futuro otro es porque se es consciente de estar viviendo el famoso valle de lágrimas. La conciencia de este valle de lágrimas no puede sino concebir un futuro o bien distópico o bien utópico, pero siempre como espejo de lo que nos pasa hoy. Creo que hay que poner menos la mirada en el futuro y más en la desarticulación del presente hegemónico. Por eso, a mí me cuadra más una filosofía de la deconstrucción, porque para que el futuro realmente pueda ser otro, lo primero que hay que hacer es salirse de uno mismo, escaparle a un presente que de algún modo nos conforma en lo que somos y nos estratifica con fronteras fijas. Es la disolución de esas fronteras lo que puede posibilitar una diferencia. A mí me seduce, me cautiva a partir de todas estas experiencias de las últimas décadas, pensar en un futuro ambiguo. O sea, creo en una filosofía de la ambigüedad, en la que la ambigüedad se vuelva un parámetro que haga posible la difuminación sobre todo del pensamiento binario, que es un pensamiento no solo asimétrico sino reduccionista, totalizante y jerárquico. Pero disolver el binario no implica que triunfe el polo sometido, sino que se disuelva la relación entre estos polos y que se entienda también la coesencialidad entre ambos. En ese sentido, una filosofía de lo ambiguo es una filosofía de la multiplicidad. Por retomar algo que decía Pablo, de la diversidad. Sigue siendo un lema, no la diversidad de mercado, sí la diversidad que comienza en la conciencia de que los límites que construye nuestra subjetividad dan lugar a la presencia de un otro. Para mí el gran tema de la filosofía es el otro. Y ni hablar el tema de la política. Creo que en la medida en que sigamos pensando la política hacia el futuro desde la hipóstasis del yo seguiremos enmarañados en los mismos lugares. Mucho se habla de que pasó de moda la discusión izquierda o derecha; yo creo que pasó de moda la discusión entre individualismo y colectivismo, que incluso los sectores libertarios, cuando tienen que construir un enemigo, construyen al enemigo del colectivismo. Y el colectivis-

mo, por lo menos para mí, no es más que un yo potenciado porque ese colectivo sigue siendo excluyente. Para los que hacemos deconstrucción, el problema es que siempre hay un otro y el otro es el propósito de la política o de la justicia. Pero eso es asumir que hay diferentes formas del yo, y que también cuando uno queda totalmente subsumido a un ideal, que por colectivo deja afuera a un otro, sigue reproduciendo lo mismo que pretende cuestionar.

PV: Darío decía algo que me hizo acordar a la frase “el futuro llegó hace rato” de Los Redondos, que tiene que ver con que el futuro es el presente proyectado. El futuro llegó hace rato, es decir hoy estamos ya viviendo y construyendo ese futuro, hay una permanente transformación por esto del futuro como un presente proyectado. Ahora, creo que la pandemia también nos colocó en una suerte de futurismo un poco anómico y distópico, y que hizo revivir algunos temores. Muchas veces decíamos que la pandemia era como un episodio de *Black Mirror* pero amplificado por veinte. Eso tuvo que ver con las transformaciones, con los desquicios y con los desplazamientos que provocó.

Yo creería que pensar el futuro es pensar lo que hacemos hoy para que el futuro sea de alguna manera, sin caer en un voluntarismo histórico, pero siendo sujetos, agentes de un presente que podemos transformar. Entonces, yo terminaría con unas ideas breves. Por un lado, un pensamiento que no sea dicotómico y que no sea binario, que vaya más por las ambigüedades, por las ambivalencias, que recupere pluralidades, multiplicidades, diversidades. Creo que las búsquedas políticas de las juventudes actuales tienen que ver en parte con romper cierta cuestión de binarismo o de dicotomía o de bipolaridad en las ideas políticas. La idea sería poder ir hacia otras búsquedas que no anulen las transformaciones progresivas de la sociedad, que se relacionen con desandar algunas certezas y conmover algunas lógicas dominantes de un pensamiento y de una sociedad que suelen ser dicotómicas, binarias

y que no soportan mucho la ambigüedad o la ambivalencia. Cuando se habla de lo sexo-genérico cuesta mucho romper el binarismo; entonces es una sociedad que suele pensar de manera binaria: varón/mujer, izquierda/derecha, adentro/afuera, excluido/incluido. Creo que se relaciona con otras lógicas que están empezando, que están vislumbrándose, están en un borde y el tema es cómo las ampliamos. Otra cuestión tiene que ver con romper ciertas inercias y poder habitar la incertidumbre. Vamos hacia una sociedad con más incertidumbres, tenemos que pensar cómo habitarlas para que no se transformen en una angustia o en una movida de piso permanente. Para poder construir ciertas bases que no van a formarse con las certezas anteriores sino con la incertidumbre que hoy habitamos. Vuelvo a decir: creo que la cuestión de lo incierto llegó para quedarse y que es una de las cuestiones que rompe las inercias que teníamos en las seguridades anteriores a la pandemia. Es una de las cosas que, me parece, se vislumbró y se amplificó con la pandemia, y que será una lógica que se va a ir desplegando o se va a ir ensanchando en las próximas décadas. Y, por último, lo que tiene que ver con la discusión sobre lo público en tanto lo común, que también se relaciona con lo que Darío planteaba del individuo y el colectivo: cómo construimos lo público como un común que no niegue al individuo en el sentido de no negar la diferencia. Si la diferencia pasa por el otro, cómo construir un común que sin dudas interpela a un colectivo o habla de una composición social, es decir, no habla de un sujeto aislado o único. Cómo se recupera esta cuestión del individuo en tanto una apuesta hacia la producción de la diferencia. Creo que desigualdad e igualdad, producción de lo público o producción de lo común son otras de las dimensiones fuertes para poder pensar el porvenir.

8. ¿Democracias en bancarrota? (y por qué los progresismos deben colocar en el centro de sus preocupaciones la defensa de la democracia)

Nicolás Lynch, Marcio Pochmann

“Se está reconfigurando el mapa político en América Latina, en el marco de una disputa entre democraduras y democracias mayoritarias, y esto abre un nuevo ciclo en la región.”

Nicolás Lynch

“Las derechas no son tan nuevas. Tienen una renovada conciencia de sus intereses y una fuerza política para reagrupar filas en defensa de un orden establecido.”

Marcio Pochmann

Karina Batthyány (KB): En este diálogo vamos a abordar los desafíos de las democracias en nuestra región. Queremos empezar preguntándoles cómo caracterizarían la situación de las democracias en América Latina y el Caribe cuando repasan el escenario que dejó la pandemia. ¿Cuáles son los indicadores que tendríamos que considerar para establecer un diagnóstico respecto de dónde nos encontramos hoy y cuáles son los desafíos que debemos enfrentar en torno a este tema?

Nicolás Lynch (NL): Yo creo que el tema de la pandemia muestra revelaciones estructurales. En el Perú hemos tenido cerca de 200 000 muertos, hemos sido en dos oportunidades el país que más muertos ha tenido en relación con su población. Hemos estado en el pico de las curvas mundiales. Y esto ha revelado graves problemas que, en fin, los que estudiamos los temas sociales conocíamos pero que se han abierto para el conjunto de la población.

Para empezar, el tema sanitario. El Perú tiene uno de los más bajos gastos históricos en cuestiones sociales. Específicamente en salud, en los últimos veinticinco a treinta años, del fujimorismo en adelante, se ha implementado un conjunto de seguros: un seguro básico para los más pobres, que solo atiende una lista de enfermedades, el seguro social para los trabajadores registrados y diversos seguros privados. Pero la tasa de personas que pagan seguro social ronda solo el

25%, es decir, es un número limitado. La pandemia provocó, por lo tanto, una crisis sanitaria atroz, con gente muriéndose en las calles y en las guardias de los hospitales, sobre todo en los primeros meses.

Esto enseguida rebotó en el sistema educativo, cuya realidad no es muy distinta. En el Perú el 50% de los establecimientos educativos no tiene servicios básicos de agua y cloacas, o sea es una crisis histórica de infraestructura. Esto ha explotado con la pandemia, lógicamente. Se suspendieron las clases de inmediato, pero el Ministerio de Educación no contó con ningún sistema de enseñanza a distancia, y los que implementó de emergencia, se calcula, han llegado a quizás un 60% de las personas en el sistema educativo. En la Universidad también ha sido terrible, con un 20-25% de deserción. También en este caso han sido “soluciones de ambulancia”, como las han llamado algunos, soluciones de emergencia. Entonces, la pandemia y la informalidad preexistente han causado una crisis de hambre, de mayor desocupación también, pero sobre todo de hambre, porque el 75% de la población trabaja en condiciones de informalidad. Se supone que esto ha aumentado casi diez puntos con la pandemia, hasta el 85% de nuestra población económicamente activa en los últimos veinte meses. Entonces, la situación fue muy dura, y la respuesta, diría yo, fue una agudización de la desconfianza de la población en las autoridades. La elección de Pedro Castillo en julio de 2021 se explica fuertemente por estas revelaciones que dejó la pandemia, que además se montaron en una crisis anterior, la crisis del régimen democrático de gobierno que tuvo el Perú desde la destitución de Pedro Pablo Kuczynski en 2018. El latigazo de la pandemia ha sido bárbaro en el caso peruano.

Marcio Pochmann (MP): La pandemia reveló la existencia de un nuevo régimen climático. Y fue diferente, por tanto, de la experiencia de hace más de cien años, cuando la región y el mundo pasaron por la gripe española, un acontecimiento

gravísimo que dejó muchos muertos y provocó una gran transformación en los países. La gripe española en 1918 en Brasil provocó cerca de 450 000 muertos, cuando el país no tenía, por ejemplo, Ministerio de Salud, que se fue construyendo a partir de los años treinta. En octubre de 2021 nos estamos aproximando a los 600 000 muertos debido a la pandemia de coronavirus. Digo esto porque hoy existe un nuevo régimen climático, en el que el problema sanitario es central y que va a subvertir la trayectoria de la globalización y la forma de organización de las cadenas globales de valor. Todo esto que está hoy tensionado a raíz de la pandemia coloca a la región frente a otras posibilidades interesantes y distintas de las que estábamos considerando, en una especie de retorno a una sociedad dependiente de productos para exportaciones, productos primarios, una especie de neoextractivismo. Pienso que la pandemia nos abre una oportunidad que no teníamos por el contexto de la situación internacional. Obviamente que depende de las articulaciones internas nacionales dar curso a algo distinto de lo que estamos viendo. En ese sentido, me parece importante la posibilidad de un nuevo reposicionamiento de la región en términos de la división internacional de trabajo a partir de la cuestión climática, porque tenemos una gran parte de la vegetación del mundo. La selva amazónica, por ejemplo, representa más de un tercio de toda la cobertura de selva del planeta, así como una gran oferta de superficie de agua dulce, y una biodiversidad fantástica que nos permitiría un camino con una fuerte impronta en el avance tecnológico relacionado con la sostenibilidad ambiental.

También me parece importante destacar que la transición hacia la era digital ha avanzado muy rápidamente. La situación de aislamiento durante la pandemia mostró realidades que no conocíamos de forma tan intensa, como lo que tiene que ver con el trabajo en las casas y el comercio electrónico, que son apenas manifestaciones de algo más fuerte que está en curso. Son oportunidades que lamentablemente se abrieron con la crisis sanitaria, pero necesitamos una visión que

las incluya. Brasil fue el país de las oportunidades tristemente perdidas. Esperamos que no se pierdan de nuevo.

KB: Pensando en la realidad de Brasil, que durante la pandemia apareció hundido en los peores indicadores a nivel global, ¿cómo se desactiva el discurso de odio que sembró Bolsonaro?

MP: Cuando se mira la trayectoria histórica de Brasil se percibe que hay momentos de gran polarización, de expansión del odio. Y esos momentos coinciden con una especie de ruptura en la sociedad. Son períodos en los que se altera el curso del pasado. Ruptura es una palabra muy fuerte; no significa que el pasado no tiene continuidad, sino que se abre la oportunidad de algo nuevo. Entonces, definiría este período histórico como un tercer cambio de época en Brasil. El primero se dio en la década de 1880, cuando se rompió con la esclavitud y el capitalismo se expandió. Es un período de mucho odio, porque los señores propietarios de tierras, de esclavos, fueron de cierta forma derrotados en su estrategia de mantener la esclavitud por más tiempo. Un segundo cambio de época se produjo en la década de 1930, que es un período fantástico de alteración de la sociedad agraria hacia un proyecto de sociedad urbana e industrial. Hay una especie de revolución en Brasil, guerra civil, golpe de Estado, una polarización muy fuerte. En 1935, por ejemplo, el principal partido popular, la Acción Integralista Brasileña, era un partido de derecha, fascista, que tenía cuatro millones de afiliados, cerca de cien periódicos, más de tres mil doscientos núcleos de organizaciones en el país. Era una fuerza muy grande, que tenía también una oposición muy grande, los liberales, los comunistas. El momento de odio, de polarización es, para mí, expresión de que algo está cambiando de forma profunda. En esos períodos de cambios hay avances y retrocesos. Imagino que los gobiernos del PT impulsaron avances importantes en el país, pero estamos viviendo ahora un retroceso, una reacción de los propietarios, de los ricos, de los millonarios, que de

cierta forma estimula la relación de oposición. Entonces, en este *impasse* que estamos atravesando, la derecha en Brasil ha sido más hábil en utilizar las técnicas digitales para ejecutar mentiras y reflejar en la perspectiva electoral a una mayoría, pero el desafío para los progresistas, para la democracia, para la izquierda es reconocer la insatisfacción individual, que se puede convertir en un proyecto común, en una perspectiva más colectiva. Hoy lamentablemente la polarización y el odio se manifiestan con mucha fuerza.

KB: Nicolás, en tu libro *Para una crítica de la democracia en América Latina*,³⁰ planteas cierto antagonismo entre la interpretación neoliberal de la democracia y otra interpretación que va más a las raíces del pensamiento crítico latinoamericano. Desde esta tradición, ¿cómo podemos leer e interpretar la configuración actual del mapa político en América Latina? ¿Cómo son los puntos de contacto de los gobiernos progresistas en nuestra región?

NL: La tesis básica que planteo es que la contradicción ya no se da como hace cuarenta años, cuando América Latina salía de las dictaduras militares, entre democracia y dictadura. Luego del fracaso de las transiciones a la democracia de carácter básicamente liberal, lo que hoy se plantea es un antagonismo entre dos versiones de la democracia. La versión neoliberal de la democracia, que en realidad es una contradicción en los términos, y las democracias que buscan un contenido más social, una base mayoritaria. Creo que fue decisivo el giro a la izquierda, el giro progresista que se dio entre 1998 y 2016 para afirmar una nueva realidad política en América Latina. Quizás podríamos cambiar la expresión “democracia neoli-

30 N. Lynch, *Para una crítica de la democracia en América Latina*, Buenos Aires-Lima, Clacso y Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2020.

beral” por algo que decía François Bourricaud décadas atrás sobre las democracias oligárquicas: son “democraduras”.³¹

¿Cómo leo las democracias latinoamericanas hoy? Yo creo que hay una tendencia todavía en muchos autores de querer ver este giro a la izquierda, o haberlo querido ver, como algo irreversible. Álvaro García Linera dijo que el giro progresista no se iba a parecer a la Revolución Cubana, con la toma del poder y una aspiración de irreversibilidad, sino más bien a las olas del mar sobre la playa, que entran y salen. Poco a poco se iba a ir ganando espacio, justamente porque los sistemas de partidos únicos dan paso en todo el planeta a democracias competitivas con perspectiva de transformación social. Unas desde el punto liberal o neoliberal, otras desde el punto de vista social. Y se van produciendo en este proceso de competencia, en períodos medianos y largos, avances y retrocesos; depende de las fuerzas políticas que los avances se consoliden. En ese sentido hubo un empujón importante, yo creo que el más importante, si miramos hacia atrás en los doscientos años de esta nuestra América Latina, en el período del ciclo progresista, pero lógicamente ha habido una contraofensiva de la derecha y de nuevo algunos triunfos desde el lado izquierdista. Creo que existe una nueva dinámica en América Latina, y una dinámica positiva, digamos, si le quitamos la idea de la irreversibilidad, porque van quedando avances muy significativos. Y pienso no solo en los países que pronto tuvieron el triunfo de gobiernos progresistas, sino también en algunos como el mío, que siempre han estado un poco en la cola de esta historia latinoamericana, en lo que se refiere a los gobier-

31 F. Bourricaud, *Poder y sociedad en el Perú contemporáneo*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos e Instituto Francés de Estudios Andinos, 1985.

nos nacional populares y al propio giro a la izquierda, en el que la influencia del clima político regional es importante.

Pienso en el discurso de Pedro Castillo, simplemente inimaginable en un mandatario peruano hace cuatro años. En el Perú vivimos un ambiente bien conservador, bien de derecha, y yo creo que en ese sentido el clima regional nos ha ayudado. O, por ejemplo, el discurso de López Obrador en referencia a Cuba: él decía que, más allá de la opinión que podamos tener sobre el proceso cubano, es indudable que la defensa de la soberanía nacional por parte del gobierno y el pueblo de Cuba en los últimos sesenta años es un ejemplo. Frente a la democracia que nos quieren vender desde el Norte, el elemento de la soberanía nacional para poder construir democracia es fundamental. Y lo digo desde un país donde el saqueo ha sido naturalizado en los últimos treinta años.

Me parece, en síntesis, que se está reconfigurando el mapa político en América Latina, en el marco de una disputa entre democraduras y democracias mayoritarias, sociales, y esto abre un nuevo ciclo en la región. Los logros no son irreversibles, pero se va avanzando. Y yo confío en que en el futuro vamos a tener una América Latina mucho más soberana, para empezar. A mí me parece que el tema soberanía, que es antiguo en nuestra América, es clave para construir democracias mayoritarias, sociales, inclusivas. Sí, las derechas reaccionan.

KB: Decías recién, Nicolás, que las derechas salen a decir lo suyo sin pudor, con cierta naturalidad, y encuentran cada vez más un público que se reconoce en esas afirmaciones, en esos postulados. Es justamente por eso que nos preguntamos: ¿se están reinventando las derechas de una manera más ágil que los progresismos? ¿Están leyendo mejor el descontento social que los partidos y los movimientos de izquierda?

NL: Leí un artículo de Waldo Ansaldi³² en el que dice que no es que haya nuevas derechas, como se repite. Lo que hay es quizás una renovada conciencia por parte de esos sectores de sus intereses frente al reto de estos gobiernos de izquierda, progresistas, de América Latina. O sea, sienten sus intereses amenazados. ¿Cuál es el primer fenómeno político producto de esto? Que el centro ha desaparecido. Antes teníamos varios partidos de centro o centroderecha, como las democracias cristianas, que fueron muy importantes durante medio siglo en América Latina. Las derechas defienden clara y activamente sus intereses. En el caso peruano, con el triunfo de Pedro Castillo, esto ha sido clarísimo. Han entrado a la caverna para encontrar material para su contraataque. Primero han acusado a Castillo de comunista y cuando esto se agotó y no funcionó, han revivido a Sendero Luminoso, una organización derrotada militar y políticamente, pero en la primera fila del debate de la derecha. Y si multiplican adeptos no es tanto porque se han comido al centro, sino porque tocan esa vena de temor social que existe en la gente ante lo nuevo, ante lo distinto. Yo creo que la estrategia del anticomunismo en la última campaña electoral no sirvió en un país como el Perú, en el que esa derecha, que surge de las élites de ancestro europeo, tiene muy poca llegada frente a la gran mayoría nacional. Entonces, repito, no creo que las derechas sean tan nuevas. Tienen una renovada conciencia de sus intereses y una fuerza política para reagrupar filas en defensa de un orden establecido, que ven amenazado a pesar de que el Perú está entrando tarde al ciclo progresista.

MP: Estoy de acuerdo con Nicolás acerca de una nueva derecha. Parece que la derecha, que en general no trabaja con utopías, ni con el futuro, sino que tiene más bien una po-

32 W. Ansaldi, "Arregladitas para ir de boda. Nuevo ropaje para las viejas derechas", *Theomai*, 2017.

sición conservadora, de reaccionar a cualquier impulso de cambios, permite en este momento una postura diferente de la que tienen el progresismo o la izquierda: una perspectiva de utopía, de imaginar que el futuro puede ser mejor que el presente.

La dificultad, me parece, está por un lado en tener un buen diagnóstico de la situación en que nos encontramos. En general, hay buenos diagnósticos de la realidad. El desafío es conectarlos con la disputa del sentido del cambio que está ocurriendo. Y muchas veces después del diagnóstico, la salida presentada es la defensa del retorno a una experiencia del pasado. Entiendo que la izquierda tiene una dificultad, porque parece que también muestra hoy una posición de defensa del pasado. Obviamente que esta dificultad resulta de que el desplazamiento del centro dinámico de Occidente hacia Oriente es cada vez más fuerte. La izquierda de la región es producto de la perspectiva eurocentrista, por eso su visión de la democracia, de la economía y de los valores en general es producto de la perspectiva occidental. Es posible que el principal acontecimiento de los últimos doscientos cincuenta años sea el retorno al centro dinámico de Eurasia. Nosotros no conocíamos su auge porque somos producto de las grandes navegaciones del siglo XVI, que buscaron llegar a Eurasia a través del Atlántico pero se encontraron con el nuevo continente.

Entonces, somos producto de esa perspectiva eurocentrista que básicamente construyó una historia universal en la que todo tuvo origen en Europa, y no es verdad. Hoy tenemos dificultades para comprender el actual desplazamiento de la riqueza y la innovación tecnológica hacia Oriente porque nuestros valores nos parecen distantes de la perspectiva asiática. Creo que esta es una dificultad cognitiva en el contexto de cierto agotamiento del dinamismo del capitalismo occidental, cuando se acaba la práctica de la política como gestión de la crisis. En ese sentido, la derecha parece reinventar la política porque practica una política de guerra de clases. Es impresionante constatar, por lo menos donde hay datos más

consistentes, que el aumento de la pobreza y la desigualdad fue correlativo al aumento significativo de los millonarios en nuestras regiones. Entonces, es una demostración de que la política está siendo ejercida por la derecha como una guerra de clases, y nosotros tenemos dificultades para comprender esta época.

KB: Nicolás, hacías referencia al triunfo de Pedro Castillo, que sin dudas fue uno de los acontecimientos políticos de 2021. ¿Qué novedades te parece que trae este triunfo de la izquierda peruana en el escenario regional latinoamericano? ¿Qué desafíos debe enfrentar?

NL: Retomando lo que decía Marcio, creo que el formidable éxito electoral que ha tenido Castillo resume también la incompreensión de la izquierda peruana frente a su propia sociedad y su propia actividad política. Como dijo el sociólogo Sinesio López, es más un fenómeno sociológico que estrictamente político. Castillo es un maestro rural que salió a la luz pública en una gran huelga magisterial en marzo de 2017, cuando se enfrentó primero a la dirigencia de su propio sindicato, controlado por Patria Roja, un antiguo partido maoísta que estaba ya muy cerca de la patronal, y luego a la conducción neoliberal del Ministerio de Educación, y tuvo éxito. La abrumadora mayoría de analistas y comentaristas políticos del Perú, de la izquierda a la derecha, desde un primer momento como Castillo no estaba en el radar decían: está ligado a Sendero Luminoso. ¿Qué expresa Castillo? Con su triunfo mostró haber formado una red, todo un movimiento social en red sobre la base de los maestros, afuera de Lima, básicamente rural y de pueblos pequeños y medianos del interior del país. Y esto se prolongó en su éxito electoral. Fue candidato por un partido regional y nadie lo había visto correr. Verónica Mendoza, que era la candidata de la izquierda -la que conocemos, no sé si llamarla tradicional u oficial, sería injusto con ella, pero de la izquierda-, a quien yo mismo apo-

yé en su campaña electoral, no vio este fenómeno. El triunfo de Castillo, con lo sorpresivo que fue, mostró este otro Perú, que en realidad es la abrumadora mayoría peruana. No es que sea otro Perú perdido, arrinconado. Pero esto también le da al gobierno de Castillo una gran debilidad política para empezar porque ha llegado a la presidencia de un régimen de democracia limitada, que se aloja en un Estado neoliberal, y con poca capacidad inmediata de cambiar esa situación. Castillo levanta, y es su principal bandera, la necesidad de una Asamblea Constituyente. Esto es lo que le permitió ganar en las dos vueltas y hasta ahora ha postergado la bandera pero no la ha dejado de lado. Sería la única posibilidad de darle una salida política a la situación de crisis, como decía, de los últimos cinco años en el Perú. Pero tiene una oposición diaria de la derecha que se ha propuesto como consigna hacerle imposible gobernar o sacarlo de la presidencia. Y esto es algo explícito, no es una ocurrencia mía.

Entonces, en lo inmediato, creo que el gobierno de Castillo conserva una gran simpatía social pero poco sostén organizado. La sociedad peruana es una de las más débiles desde el punto de vista organizativo en América Latina; por ejemplo, tenemos el 5% de la población económicamente activa sindicalizada, un solo dígito frente a otros países que tienen diez veces más en términos porcentuales. Esto hace que los pronósticos sean inciertos en el corto y mediano plazo. Es difícil hacer de adivino en esta situación regional. Ahora, que la política peruana no va a volver a ser como era después de Castillo, definitivamente es así. Para empezar, cambió de personajes, cambió de piel, cambió de idioma. En una oportunidad Castillo se dirigía en quechua a los representantes en el Congreso y la presidenta del Congreso, que es una señora bien hacia la derecha del espectro político, airadamente le reclamaba que tradujera, hasta que Castillo le dijo: “Un momentito que el quechua, incluso en la Constitución de Fujimori, es lengua oficial. Tome usted un traductor, no es mi responsabilidad hablar en español en este momento”. Eso

cala muy profundo en el país. Como decía, la política ya no va a volver a ser como era, pero los prospectos inmediatos, por esta dureza de la derecha de la que hablábamos, son inciertos. Probablemente a Castillo lo ayude el desconcierto latinoamericano de no saber si puede poner al Perú en la disputa que señalaba antes entre una demócradura y una democracia social. Ojalá lo ponga en ese nuevo ambiente político de América Latina. Esa es mi esperanza y ojalá pueda también superar los graves problemas que tiene hoy. La mayor inversión extranjera en el Perú proviene de China. Ahora, como me decía un amigo, si tú te pones el traje de Mao los chinos te tratan de una forma, si te pones un esmoquin te tratan de otra. Aquí se portan con las comunidades aledañas a los puestos de extracción minera como los peores capataces latinoamericanos. No es un socio en el que confiar a ciegas. Esa es la situación, el Perú es hoy en día el gran proveedor de cobre y zinc de China. Creo, su segundo o tercer proveedor en el planeta. Y esa es nuestra principal industria en general y nuestra principal industria extractiva. No sé qué tanto de esto puede darle un espacio al propio Castillo.

Una última cosa sobre las oportunidades de la pandemia. El ministro de Economía, Pedro Francke, que era uno de los intelectuales economistas estrella de la izquierda peruana, llegó y se encontró con un nivel de destrucción del aparato productivo y con una situación de miseria, hambre y desocupación tal que de inmediato lo que tuvo que hacer fue dar bonos para que la gente comiera. Para reconstruir desde allí; sí, yo estoy de acuerdo en que la pandemia abre oportunidades, pero hay que considerar de qué punto de destrucción del aparato productivo estamos partiendo. Destrucción neoliberal primero y destrucción pandémica después.

KB: Marcio, los ojos del mundo están puestos en lo que va a ser el acontecimiento político quizás más importante en nuestra región, que son las elecciones presidenciales de 2022 en Brasil. ¿Qué elementos del programa político que

desarrolló el PT durante los gobiernos de Lula y Dilma crees que tienen que restablecerse con urgencia y cuáles tendrán que ser pensados a la luz de los nuevos desafíos regionales y globales?

MP: Parece importante partir del reconocimiento de que una posible victoria de Lula encontrará una realidad distinta de la que existía al inicio de su primer mandato en 2003. Pasaron veinte años y hoy tenemos aspectos más interesantes incluso. En 2003 no teníamos esta alternativa de posicionamiento internacional por la emergencia de China. Durante el gobierno de Lula la perspectiva internacional tuvo que ver con una especie de construcción de autonomía con respecto a los Estados Unidos, la ampliación del Sur Global, el fortalecimiento de América Latina a través de los Brics. Todo esto nos parece muy importante, precisa ser recuperado y tendrá posiblemente más fuerza frente a la decadencia de los Estados Unidos.

Hay una frase del gobierno de Nixon, en el inicio de los años setenta, que decía que los Estados Unidos no aceptarían un Japón en América, o sea un país que les pudiera hacer sombra. La perspectiva externa puede ser más interesante hoy para el establecimiento de un centro de desarrollo desde América del Sur. Brasil podría perfectamente construir las bases de una nueva forma de articulación con China, un país que avanza mucho en los países con inversiones sin que los gobiernos de los países que las reciben intenten hacer acuerdos políticos. Esto ayuda a la economía de la región, pero la transforma en una especie de gran hacienda de los intereses más concretos de los chinos. Me parece importante reorganizar esta relación con China, desde una perspectiva de expansión más sustentable ambientalmente y ampliando, en especial, el valor agregado en los sistemas productivos, de bases más supranacionales.

En la perspectiva interna estamos un poco mejor. Aunque la destrucción que causaron los gobiernos de Temer y de

Bolsonaro con una serie de modificaciones en la Constitución y el debilitamiento de los sindicatos causan problemas gravísimos, que pueden ser, me parece, resueltos si se tuviera base política para eso. Quiero decir que el primer gobierno de Lula fue una especie de gobierno de construcción de bases para la expansión económica, porque nosotros no teníamos reservas internacionales para permitir algo más osado. En este momento esperamos que se mantenga así, el país tiene una base de reservas internacionales que le permiten apenas algo más de seguridad frente a las turbulencias internacionales, sobre todo porque se podría utilizar una parte de ese recurso para un programa de recuperación económica interna, algo que no teníamos hace veinte años. La gestión más importante es, justamente, la capacidad de construir una mayoría política que sustente las transformaciones más profundas que podríamos hacer.

KB: Vayamos al desafío hoy más complejo, pero también imprescindible, de pensar prospectivamente: ¿podrán las instituciones democráticas procesar las desigualdades de la región? No tenemos dudas de que deben hacerlo, pero la pregunta es cómo.

NL: Creo que este es el punto central en América Latina y depende mucho de la conducción política de cada uno de nuestros países. Cuando se discute el tema de la desigualdad, por lo menos en el caso peruano, pero lo he escuchado también en otros lugares como México, la derecha afirma que la desigualdad es un fenómeno natural y necesario para el desarrollo de nuestros países. Esa es, claramente, la perspectiva neoliberal y veo muy difícil que pueda cambiarla. Me parece, por ello, que es un tema de conducción política. Y, claro, me refiero a la desigualdad en su conjunto: de raza, de clase, de género o de edad, y que tiene sobretonos particulares en cada uno de nuestros países, pero no veo otra forma de enfrentar el problema que no sea desde un gobierno que tenga una

perspectiva sobre la desigualdad, para que pueda ser vencida desde la sociedad organizada y desde la política.

En el Perú tenemos números terribles. Germán Alarco, un economista, refutaba en un libro³³ la medición oficial del coeficiente de Gini, que da aproximadamente 0,49, y él decía que era 0,79, una cifra simplemente aterradora. Creo que esto se proyecta a una región de las más desiguales del planeta, que está en la base del giro progresista que hemos tenido y que nos hace ver las insuficiencias de los propios gobiernos progresistas para combatir esta desigualdad. Tenía un profesor que decía que es mentira que las democracias sean regímenes de iguales, son regímenes de desiguales, pero la desigualdad no puede ser tan grande como para que la gente quiera matarse una a la otra, tiene que ser tolerable. Entonces, creo que ese es el gran objetivo de nuestras democracias, su reto mayor. Es la prueba de que pueden ser exitosas de acá en más.

MP: Nuestra región es conocida mundialmente por tener los más altos indicadores de desigualdad. La política ha fracasado en reducir esa herencia, que nos viene de la sociedad agraria. Es tan poca la experiencia de sociedad urbana e industrial. Empezamos el siglo pasado con más o menos cerca del 90% de la población residente en el campo, y hoy tenemos más del 80% de la población residente en la ciudad. Un cambio fantástico. Lamentablemente, la desigualdad ha sido transportada de la experiencia agraria a la experiencia urbana con más sofisticación. Entonces, me parece necesario considerar este fracaso de la experiencia política en las instituciones democráticas.

Los primeros estudios acerca de la nueva sociedad del conocimiento, de servicios y digital apuntan a una desigualdad más alta. En Brasil, por ejemplo, los estudios sobre los tra-

33 G. Alarco, C. Castillo y F. Leiva, *Riqueza y desigualdad en el Perú*, Lima, Oxfam, 2019.

bajadores de plataformas digitales muestran que son trabajadores blancos, con más escolaridad y mejores ingresos, aun cuando a veces trabajen en condiciones precarias. Me parece que necesitamos hacer una especie de balance acerca de las razones del fracaso político para enfrentar la desigualdad y pensar cómo combatir la nueva desigualdad que viene con la sociedad digital. Eso coloca en cuestión las instituciones tradicionales, que pertenecen a una sociedad pasada. Los sindicatos, los partidos, las asociaciones estudiantiles y las barriales se constituyeron, en general, en sociedades urbanas e industriales. En Brasil, por ejemplo, las instituciones que más crecen en términos de participación y representación son las vinculadas a las iglesias pentecostales y también al crimen organizado, en un escenario que se parece al del período en el que el país ingresó en el capitalismo, que es la llamada República Vieja de 1889 hasta 1930, cuando existía un sector enorme de la población sobrante, que no estaba incorporado en actividades económicas para la exportación, las que eran el centro dinámico del capitalismo brasileño. En ese contexto, el fanatismo religioso y el vandalismo social, las iglesias y el crimen, trabajaban para construir horizontes de subsistencia en la economía. Digo esto porque me parece que en Brasil estamos viviendo una situación similar. Una investigación acerca del PCC, el Primer Comando de la Capital, que es uno de los principales organismos del crimen organizado en Brasil, mostró que cuenta con 12 000 personas organizadas, que están trabajando en las periferias de las ciudades. Así como las milicias, que son parte de un aparato del Estado que también funciona en la periferia.

Hay un sector creciente y sobrante de la población brasileña, que está completamente al margen de las formas tradicionales de capitalismo y que no encuentra en las discusiones tradicionales de la democracia formas de representación. ¿Por qué? Porque es un sector que no se identifica con representaciones parcializadas. Esto es: un trabajador registrado tiene sindicato; un estudiante puede pertenecer a una asocia-

ción estudiantil; un habitante de un barrio, a una asociación barrial; un elector puede pertenecer a un partido. Ahora, en esta situación de declinación del capitalismo en Brasil, esta masa sobrante no se identifica según para quién trabaja, dónde estudia, dónde vive, a quién elige. En una situación de inestabilidad se identifica, por tanto, con instituciones que representan a una totalidad, que tienen respuestas más amplias. El pastor que vive hace veinte años en la región conoce los problemas de educación, de salud, de trabajo y de seguridad. Tiene más respuestas y construye espacios de sociabilidad, espacios de integración y de fraternidad que las instituciones tradicionales de la democracia hoy no consiguen ofrecer.

Me parece que ese es el desafío importante: pensar qué se entiende por representación en la era digital. En la sociedad urbana y agraria la representación era una especie de intermediación; una comunidad, un colectivo se reúne, establece una dirección, representantes que van a hablar y defender sus intereses, intermedia intereses con otros grupos. Ocurre que, con la presencia de internet, de las redes sociales, yo no preciso más de intermediarios, puedo entrar en contacto con un presidente, con los que mandan. Entonces, me parece una cuestión interesante para trabajar mejor. ¿Qué es esa representación y cómo se desarrolla? ¿Funciona como las formas pasadas, como una intermediación de intereses? ¿O es una representación más directa? Son más dudas que certezas.

Autores y autoras

Nicolás Arata es doctor en Educación por la Universidad de Buenos Aires (UBA) (Argentina) y el Departamento de Investigaciones Educativas del Centro de Investigación y de Estudios Avanzados (México). Se desempeña como director de Formación y Movilización del Conocimiento de Clacso y como profesor de Historia de la Educación en la Universidad Pedagógica Nacional y la UBA. Entre sus últimas publicaciones, coordinó el libro *200 voces –y una carta– para Paulo Freire* (Clacso y Secretaría de Educación de Bogotá, 2021).

Nadya Araujo Guimarães es doctora en Sociología por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y tiene estudios post doctorales en el programa SPURS/Massachusetts Institute of Technology (Estados Unidos). Es profesora titular senior del Departamento de Sociología de la Universidad de San Pablo (Brasil) e investigadora asociada al Centro Brasileiro de Análise e Planejamento, además de miembro titular de la Academia Brasileña de Ciencias. Es coautora de *Care and Care Workers. A Latin American Perspective* (Springer, 2021), *El Cuidado en América Latina* (Fundación Medifé Edita, 2020) y *O Gênero do Cuidado* (Ateliê, 2020).

Karina Batthyány es doctora en Sociología por la Universidad de Versailles Saint Quentin (Francia). Es la secretaria ejecutiva de Clacso y profesora titular de la Facultad de Ciencias Sociales de la Udelar (Uruguay). Integra la junta

de gobierno del Consejo Internacional de la Ciencia. Es autora de numerosas publicaciones en torno a la temática de los cuidados, entre los que se destacan *Miradas Latinoamericanas a los cuidados* (Siglo XXI y Clacso, 2020) y *Políticas del cuidado* (Clacso y UAM Cuajimalpa, 2021).

Camila Barretto Maia es licenciada en Relaciones Internacionales por la Universidad de Brasilia, con una maestría en Gestión y Políticas Públicas por la Fundación Getulio Vargas de San Pablo (Brasil). Desde 2010 es integrante del Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS) de Argentina, donde actualmente coordina el área internacional. Participó, a lo largo de los años, en distintos procesos de incidencia para impulsar estándares y políticas migratorias con perspectiva de derechos, tanto a nivel global como en Sudamérica.

Boaventura de Sousa Santos es profesor de la Facultad de Economía de la Universidad de Coimbra, Académico Jurídico Distinguido de la Facultad de Derecho de la Universidad de Wisconsin-Madison y Académico Jurídico Global de la Universidad de Warwick. Es director emérito del Centro de Estudios Sociales de la Universidad de Coimbra y coordina la Especialización en Epistemologías del Sur de Clacso. Sus obras han sido traducidas a numerosos idiomas.

Gioconda Herrera es profesora titular en el Departamento de Sociología y Estudios de Género de Flacso (Ecuador). Sus investigaciones giran en torno a la relación entre globalización, desigualdades sociales y agencialidad migrante. Integra el grupo de investigación comparativa Caminar sobre Migraciones intra regionales en América Latina. Entre sus publicaciones más recientes, se destacan *Transnational Families and Return in the Age of Deportation: The Case of Indigenous Ecuadorian Migrants*, junto con Ulla Berg (Global Network, 2022); *The Sociology of Gender in Latin America:*

from Social Mothers to Sexual Rights (Liliana Rivera y Xotchil Balda, eds.) *The Oxford Handbook of the Sociology of Latin America* (Oxford University Press, 2021).

LASTESIS es un colectivo interdisciplinario de mujeres de Valparaíso, Chile, que surge con el objetivo de manifestarse en contra de las violaciones a los derechos de las mujeres en el contexto de las protestas en ese país en 2019. Está formado por Lea Cáceres, Paula Cometa, Sibila Sotomayor y Dafne Valdés. Son autoras de *Quemar el miedo. Un manifiesto* (Planeta, 2021) y de *Antología feminista* (Debate, 2021).

Enrique Leff es sociólogo y filósofo, científico social y humanista pionero y uno de los principales autores de la teoría y la praxis del ambientalismo crítico en México y a nivel internacional. Doctor en Economía del Desarrollo por la Université Paris1-Sorbonne (Francia) y doctor en Filosofía de la Ciencia de la UNAM (México). Investigador titular del Instituto de Investigaciones Sociales y profesor de la División de Postgrado de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Fue coordinador de la Red de Formación Ambiental para América Latina y el Caribe del Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente –Pnuma– (1986-2008), y coordinador de la Oficina del Pnuma en México (2007-2008).

Nicolás Lynch es doctor en Sociología en el New School for Social Research (Estados Unidos). Profesor principal de Sociología en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos e Investigador Renacyt. Sus últimos libros son *Para una crítica de la democracia en América Latina* (Clacso y UNMSM, 2020) y *La razón política. ¿Por qué una Nueva Constitución para el Perú?* (Horizonte, 2022). Es actualmente vicedecano de Investigación y Posgrado de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de San Marcos. Se ha desempe-

ñado como ministro de Educación y embajador del Perú en la República Argentina.

Marcio Pochmann es doctor en Ciencia Económica por la Universidad Estadual de Campinas (Brasil). Se desempeña como profesor de Economía en la Universidad Federal de ABC y en la Universidad Estadual de Campinas (Brasil). Actualmente es el presidente del Instituto Lula.

Adriana Puiggrós es doctora en Educación por la Universidad Nacional Autónoma de México. Se desempeñó como ministra de Educación de la provincia de Buenos Aires y como secretaria de Educación de la Argentina, entre otros cargos. Sus últimos libros son *La escuela, plataforma de la patria* (Unipe y Clacso) y *Adiós Sarmiento* (Colihue).

Elsie Rockwell es doctora en Investigación Educativa por el Centro de Investigación y de Estudios Avanzados (México), donde actualmente se desempeña como profesora emérita. Ha recibido un doctorado honoris causa de la Universidad Nacional de Córdoba, entre otras distinciones. Entre sus publicaciones se destacan la antología *Vivir entre escuelas* (Clacso, 2016), y *La experiencia etnográfica* (Paidós, 2009).

Bruno Rodríguez y **Tomás Rolandi** integran Jóvenes por el Clima Argentina, un movimiento social y político que lucha por revertir los efectos de la crisis climática. Su misión es introducir la cuestión climática en la agenda pública de manera permanente, e instalar la problemática como un eje central de las políticas públicas tomadas por los gobiernos.

Rita Segato es doctora por el Departamento de Antropología Social de la Queen's University of Belfast (Irlanda del Norte). Es profesora emérita de la Universidad de Brasilia. Es investigadora sénior del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas de Brasil. Ha recibido numerosas

distinciones internacionales, entre los cuales se destacan el doctorado honoris causa del Colegio de México y de la Universidad de Salamanca. Su último libro publicado es *Santos y Daimones. El politeísmo afrobrasileño y la tradición arquetipal* (Prometeo, 2021).

Darío Sztajnszrajber es licenciado en Filosofía, docente, escritor y divulga la filosofía en medios masivos de comunicación. Es docente en Flacso y en la Unahur. Es autor de *¿Para qué sirve la filosofía?*, *Filosofía en 11 frases* y *Filosofía a martillazos* (dos tomos). Conduce el programa *Mentira la verdad* por Canal Encuentro, los programas de radio *Demasiado Humano* por Futuröck y *Lo intempestivo* por Nacional Rock. Divulga la filosofía en diferentes formatos: en teatro con los shows de filosofía y música *Desencajados* y *Salir de la Caverna*; junto a Felipe Pigna, con “Mitos de la Historia y la Filosofía”; junto a Luciana Peker, hace “Deconstruir el amor”; y con Soledad Barruti, presenta “Pensar la comida”.

Pablo Vommaro es doctor en Ciencias Sociales por la UBA (Argentina) y posdoctor en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud por el Cinde-Universidad de Manizales (Colombia), el Colef (México), la PUCSP (Brasil) y la UNLa (Argentina). Se desempeña como director de Investigación de Clacso y como profesor en las Carreras de Historia y Sociología de la UBA. Dirige la colección “Las juventudes Argentinas hoy”. Su último libro es *Las adolescencias en la Argentina. Un desafío necesario* (Grupo Editor Universitario, 2021).

Hablemos de desigualdad (sin acostumbrarnos a ella)

¿Qué hacer para evitar que la desigualdad, que hoy es diagnóstico, se transforme en destino ineludible para millones de personas en América Latina? Mientras muchas banderas tradicionales de la izquierda pasan a manos de la derecha radical, se consolidan inequidades estructurales y los ciudadanos desconfían cada vez más de sus dirigentes, la salida ya no está en repetir consignas. Es urgente pensar distinto, volver a incomodar con las ideas y poner a prueba las utopías.

Este libro aspira a dar herramientas concretas para pensar un nuevo tipo de contrato social y ambiental entre el Estado, las ciudadanías y la naturaleza. Uno en el que la mirada neoliberal se reemplace por modelos que pongan en el centro la inclusión, la diversidad, la redistribución igualitaria de los bienes, la fraternidad y el cuidado. En otras palabras, que aspiren a reparar un tejido social lastimado en una crisis que es histórica pero que, en el siglo XXI, tiene también rasgos inéditos.

En estas páginas, referentes del mundo académico, las políticas públicas y los movimientos sociales, de geografías, edades, áreas del conocimiento y experiencias militantes bien distintas, dialogan para armar, en conjunto, una reflexión colectiva original y desafiante. Al discutir el género, la democracia, el ambiente, la educación, las juventudes y sus formas de militancia, las políticas de cuidado y las migraciones, buscan interpelar a todos aquellos que desde distintos ámbitos pueden influir con sus ideas y sus acciones en el futuro político del continente.

Sus propuestas se niegan a documentar el pesimismo. Se trata, por el contrario, de despertar al pensamiento progresista de la región, para poner todos sus recursos intelectuales y su potencia política al servicio de construir horizontes donde hoy tantas personas solo pueden ver abismos.

ISBN 978-987-813-466-6



 **siglo veintiuno**
editores



OXFAM